



UN AMOR FATAL

NOVELA.



o me reuniría contigo aun cuando fuese al fin del mundo! gritó Clemente con acento mezclado de cólera y de ternura. ¡Sí! yo me reuniría contigo y te traería nuevamente á mi lado. Tú eres mi mujer, y nunca renunciaré á tí, Angélica! No, nunca... nunca!

—Sí, dijo ella riendo, tú llamarías á los gendarmes para que fuesen en mi busca, y ellos me traerían aquí, ¿no es verdad? Pero ¿crees tú que los gendarmes podrán obligarme á que continúe en esta casa?... ¿Crees tú que podrán obligarme á que yo te perdone, ni á que yo siga queriéndote?... ¡No, no! añadió con aire de triunfo, ¡yo los desafío desde luego! y acuérdate de lo que te digo: ya sabes que yo soy capaz de aborrecer muy de véras!

Él la miraba, y su corazón sufría de un modo violento. ¿Era aquélla la esposa buena y cariñosa que media hora ántes le había recibido con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios?

—Entonces, exclamó él con afligido acento, si he de conservar el cariño de mi mujer, es preciso que me convierta en

un ladrón. ¡Vamos, Angélica, yo no puedo creer que sea eso lo que tú quieres decir!

—¿No te advertí oportunamente que seguiría siendo la misma de siempre, y que tú tendrías que seguirme por el camino de la perdición? ¿No te lo dije así con toda franqueza y con toda lealtad? Pues hoy tienes que sufrir las consecuencias de tu obstinación.

—Angélica, no me exijas que cometa una infamia.

Ella lanzó una carcajada, y movió irónicamente la cabeza. Clemente comprendió que sus fuerzas le abandonaban.

—No insistas en eso; yo te lo suplico, la dijo.

Angélica movió nuevamente la cabeza, y continuó riéndose de un modo estrepitoso.

De pronto, antes de que ella tuviese tiempo de retroceder, dió él un salto, y agarrándola á brazo partido, se apoderó de la cartera.

—¿Crees tú que de ese modo vas á salirte con la tuya? gritó ella desasiéndose de sus brazos y precipitándose hácia la puerta. ¿Crees tú que yo voy á consentir que ese infame recupere su dinero para que se lo gaste con su Genoveva?

—¿Y tú crees que yo he de permitirte disponer del dinero de German? exclamó Clemente dirigiéndola una terrible mirada; mejor quisiera verte sin vida que adornada con un pañuelo de algodón comprado con este dinero.

Y al pronunciar estas palabras estrujó violentamente entre sus manos los billetes que contenía la cartera.

Parecía haber tocado por fin la cuerda sensible del corazón de su mujer.

—Pues bien, dijo ella tranquilizándose repentinamente. No hablemos más del asunto. Arrojemos al fuego la cartera. De este modo no será de nadie ese dinero. ¿Crees tú que á mí me importan algo las riquezas?

—No; yo no debo hacer semejante cosa.

—Pues entónces, adios. Ya veremos lo que consigues con tu terquedad.

Ella estaba junto á la puerta con la mano sobre el picaporte, y parecía firmemente decidida á marcharse en aquel mismo momento, abandonando para siempre el techo conyugal. Cle-

mente la dirigió una mirada llena de angustia, pero ella permaneció impasible. El pobre muchacho no tenía más remedio que apoderarse del dinero de German ó renunciar al amor de su mujer! Ésta, con las mejillas encendidas y la mirada fija en él, sonriéndose de un modo provocativo y más bella que nunca, parecía la imagen del ángel tentador.

—German es rico y no necesita este dinero, pero yo sí necesito mi mujer, exclamó para sí el desdichado Clemente... Yo no puedo vivir sin ella, que es el único consuelo que tengo en este mundo... yo no quiero verme separado de mi mujer.

—Angélica, voy á complacerte, dijo en voz alta, y sin pensar más en ello, arrojó al fuego la cartera.

Fijó sus ojos en la chimenea y no los apartó de allí hasta que las llamas redujeron á cenizas aquel desdichado hallazgo. Parecía comprender de un modo confuso que su honor y la felicidad de su vida desaparecían con él.

Al día siguiente por la mañana temprano, el tío Bautista, guarda campestre, recorría las calles de Manneville á són de caja y seguido de una caterva de chiquillos; parábase de trecho en trecho y pregonaba con su débil y cascada voz que maese German Grandsire había perdido, en la noche del día anterior, una cartera, y prometía gratificar dignamente á la persona que la hubiera hallado y se la entregase con los quinientos francos que en ella se contenían; y, como si el tío Bautista se propusiera completar la venganza de Angélica, lanzó enfrente de su casa el primer pregon.

Hacía una magnífica mañana, y Angélica asomada á la puerta de la calle parecía tan radiante como el sol que comenzaba á fulgurar. Dibujóse en sus sonrosados labios una maliciosa sonrisa, y volvió nuevamente á su habitación, en donde se encontró frente á frente con su marido, que, pálido como un muerto, permanecía de pié, escuchando la desapacible voz del pregonero.

Ella le miró de un modo desdeñoso y se puso á cantar alegremente, en tanto que él volvía á sentarse enfrente de su telar, que había abandonado un momento para percibir mejor la voz del tío Bautista.

«Creo que no trabaja,» dijo para sí Angélica al dejar de

oir entre gorgorito y gorgorito el monótono triquitraque del telar.

No. Clemente no trabajaba; su conciencia le obligaba á recordar que había cometido una mala accion, y que una mala accion es cosa irreparable.

—Es como la muerte, decía para sí en voz baja. Lo que yo he hecho es imposible que yo lo deshaga. Aun cuando trabajase años y más años, no podría economizar quinientos francos; ¡esa cantidad no llegaría yo á reunir la nunca... nunca! Y tendré que verme obligado á vivir con ese pecado sobre mi conciencia. Yo no podré espiar nunca esa falta... ¡Yo seré siempre un criminal!

Sí, el hombre puede arrepentirse de una falta; Dios puede perdonársela y el mundo la ignora siempre; pero repararla es difícil, es imposible la mayor parte de las veces. Este era el pensamiento que torturaba el corazon de Clemente. Angélica supo leerlo en su rostro cuando él salió á medio dia, y lo leyó tambien en la mirada que dirigió á la lumbre de la chimenea, en el momento de sentarse á comer; mirada que parecía preguntar á las despiadadas llamas por qué se habían mostrado tan dóciles á sus ruegos! Angélica hubiera querido que él la hablase, que él la dijese algo, que él la reprochase su conducta. Ella hubiera podido soportar todo mejor que aquella triste y elocuente mirada, mejor que aquel terrible silencio. Pero Clemente no había sido nunca comunicativo, y en aquel momento no dirigió ninguna expresion á su mujer, ni se atrevió á abrirle su corazon. Ella adivinó sus pensamientos, y la atricion de su marido la produjo una especie de rabia; pero hasta el domingo siguiente no llegó á comprender la amargura que había en sus remordimientos y el dolor que destruía su alma.

Angélica era una mujer de su casa en toda la extension de la palabra, y aquel domingo colocó, como de costumbre, encima de la cama la ropa limpia y la corbata de seda negra de su marido; porque aun cuando ella no le acompañaba á misa, quería que se presentase tan decente como el que más en la iglesia de Manneville. Sacó del armario su levita para cepillarla, y él la dijo:

—No te molestes, Angélica; hoy no pienso ir á misa.

—Pues ¿qué es eso, estás malo? preguntó ella volviéndose vivamente hácia él.

—No, pero no pienso ir á misa.

—¿Por qué?

—Porque ya no conduce á nada el que yo vaya á la iglesia, dijo con aire sombrío.

Al pronunciar estas palabras salió de la habitación y bajó al jardinillo situado á espaldas de la casa. Su mujer le siguió con los ojos á través de la ventana, y le vió pasearse de un lado para otro, triste y abatido, en tanto que las campanas de la iglesia tocaban á vuelo.

—¡Bien lo sabía yo! exclamó ella dejándose caer sobre la cama y dando rienda suelta á sus lágrimas; ¡ya se lo dije!... ¡Se ha perdido, y sólo por culpa mia!

Ella no se sentía avergonzada ni presa de ninguna clase de remordimiento. Ella no hubiera tenido inconveniente en confesar su conducta en presencia de todo Manneville, y se hubiera reído de German con la mayor frescura; pero el dolor de Clemente la desgarraba el corazón.

Una semana despues de aquel tristísimo dia estalló una espantosa tormenta en Manneville. Nadie recordaba haber visto en toda su vida una cosa semejante. Tronaba de un modo horrible, el rayo surcaba en todas direcciones el ennegrecido cielo, y el huracan, cada vez más violento, se estrellaba contra las rocas produciendo un formidable estrépito.

Clemente había terminado su cotidiana tarea y acababa de cenar, triste y silencioso, en compañía de su mujer, cuando de pronto se levantó diciendo:

—Voy á ver lo que pasa por ahí. ¡Vaya una tempestad!

Y salió á la calle sin rechazar, y tal vez sin oír, esta proposición de Angélica:

—Espérame, Clemente; iré contigo...

«Ya ni siquiera se digna oírme,» añadió para sí, vivamente contrariada, y no quiso seguirle.

Sin embargo, poco tiempo despues vió pasar una porción de gente con dirección á la playa, y se decidió á salir. Despues

de todo, ¿qué necesidad tenía ella de quedarse sola y encerrada en casa?

Echó la llave á la puerta y se lanzó á la calle.

Hacía un tiempo horroroso; pero Angélica no había conocido nunca el miedo, y á pesar del furor del viento llegó al poco rato á la playa, en donde se había reunido un inmenso gentío para gozar del admirable espectáculo de la tempestad, que en aquel momento llegaba á todo su apogeo. ¡Qué noche! ¡El cielo negro, el espumante mar estrellándose contra las rocas, el rayo iluminando la lóbrega oscuridad, y al mismo tiempo el estampido de los truenos, el incesante rugido de las gigantescas olas! ¿Qué es un hombre en medio de tan enfurecidos elementos?

Angélica, por la primera vez de su vida, sintió su alma llena de verdadero espanto. En aquel momento hubiera querido hallarse en compañía de su marido; pero le buscó inútilmente.

—Pues, señor, no deja de tener gracia el que yo esté aquí aguardando á Clemente, cuando él hace tan poquísimo caso de mí! exclamó llena de cólera. Y tomó seguidamente el camino de su casa.

Al pasar cerca de un grupo, oyó algunas frases que despertaron su atención y la obligaron á detenerse. ¿Qué estaban diciendo aquellas gentes?... ¿Qué cuento insensato estaban forjando?

«Un viajero que acababa de llegar á la posada de Manneville había dado á un hombre el encargo de llevar un telegrama á Saint-Dizier. En esto comenzó la tempestad, y el mensajero se negó á partir. ¿Cómo quereis que yo me aventure por entre esas rocas en una noche como ésta? le dijo. Eso es pedir un imposible.

El forastero amenazó, suplicó y acabó por ofrecer una buena gratificación; todo fué inútil. Yo os aseguro, exclamaba, que se trata de un asunto que es para mí de vida ó muerte.

—«Sí, respondió el hombre, eso mismo os digo yo.

Entonces el forastero se presentó en la playa, y buscó entre la gente que allí había un mozo que quisiera encargarse de aquella comisión mediante una crecida recompensa.

—¿Cuánto dais? gritó Juan.

—No fué Juan quien hizo esa pregunta, dijeron algunas de las personas que formaban el grupo.

—No fué Juan; fué Mateo, añadieron en coro varias voces.

—¿Cuánto quereis?

—Quinientos francos.

El forastero comenzó por desechar la proposicion; luégo regateó; prestóse por fin á lo que el hombre quería, y éste se puso en marcha acto continuo.

—Y ni Clemente llegará á Saint-Dizier, ni entregará el telegrama, ni volverá nunca á Manneville, dijo uno de los que escuchaban en el grupo, porque estabais todos muy equivocados; era Clemente y no Mateo.

—¡Nunca!.. ¡Nunca!.. exclamó Angélica mesándose los cabellos. ¡Nunca! ¡Nunca!

Y cayó sin conocimiento sobre la arena de la playa.

.....
¡Ah! la profecía llegó á cumplirse, y fué inútil que Clemente diera su vida para ganar el dinero destinado á redimir su falta. Los acontecimientos de aquella noche fatal no se conocieron nunca exactamente. Sólo pudieron hacerse conjeturas más ó ménos probables.

Al rayar el dia Angélica encontró á su desdichado marido en el fondo de unas rocas, en el cual le había precipitado la violencia del huracan cuando ya se hallaba á punto de cruzar las dunas. Estaba próximo á espirar, y todo lo que dijo ó quiso decir fué:

—No me muevas de aquí. Ve á buscar al cura.

—Ahí está, contestó ella.

En efecto, Angélica no había ido sola. Tan pronto como la tempestad se aplacó algun tanto, los vecinos de Manneville, con el alcalde y el cura á la cabeza, se dirigieron en busca de Clemente.

—Hola, muchacho, aquí me tienes, dijo el cura acercándose.

Clemente dejó oír un sordo gemido, y fijó los ojos en su mujer, como diciéndola: ¡Cuéntaselo todo!

—Alejaos de aquí, alejaos de aquí todos vosotros, gritó Angélica con acento iracundo y extendiendo el brazo en ade-

man imperioso; vos, señor cura, añadió en voz baja, acercaos y escuchad. Voy á hacer os la confesion de Clemente.

La escena era imponente y conmovedora. El despejado cielo de la mañana no conservaba ya rastro alguno de la pasada tormenta. La naturaleza parecía despertar serena y pura tras un sosegado y pacífico sueño. Un hombre próximo á espirar lanzaba su última mirada á ese mundo que debía abandonar en la primavera de su vida, y arrodillada á su lado, una mujer culpable murmuraba al oido de un anciano sacerdote la confesion de la falta que costaba al uno la vida y á la otra amargos remordimientos.

—Él ha cometido esa mala accion, pero yo soy la verdadera culpable, dijo Angélica así que hubo terminado su relato. Y ahora, Clemente de mi alma, escúchame. Ya me conoces, ya sabes que yo sé cumplir lo que prometo. Puedes morir tranquilo; ese dinero será devuelto á su dueño... Yo lo juro, añadió con acento lleno de energía. Sí, aunque sea á costa de mi vida, trabajaré dia y noche hasta satisfacer la deuda que has contraido; y nadie, excepto el señor cura, se enterará de lo ocurrido... nadie llegará á saberlo nunca. ¡Ah! tú que tanto me quieres, serías feliz reuniéndote conmigo en la otra vida, ¿no es verdad? Pues bien, contando siempre con la ayuda de Dios, yo me conduciré en este mundo de modo que llegue á ser digna de gozar contigo la dicha eterna.

Y con el rostro encendido y la mirada chispeante se colocó en severa actitud y elevó al cielo los ojos como tomándole por testigo. Una débil sonrisa se dibujó en el lívido rostro del moribundo. El anciano sacerdote no pudo contener sus lágrimas.

—Basta ya, hija mia, basta ya, la dijo haciéndola seña de que se alejase. Dejadme ahora con vuestro marido.

Ella se colocó á cierta distancia y se arrodilló en la playa con la mirada fija en el rostro de Clemente. El cura se había aproximado al moribundo.

—Vos os arrepentís, ¿no es verdad?... Sí, pobre muchacho... ¡pobre muchacho! Pues bien, no os aflijais: pensad en Jesucristo clavado en la cruz; acordaos del ladron arrepentido, que logró redimir todas sus culpas en un mo-

mento de verdadera atrición, y confiad en la misericordia divina.

Clemente no tenía ya aliento para poder hablar, pero sus ojos indicaban que se hallaba conforme con las palabras del cura. M. Olivier alzó la mano y, en nombre del Todopoderoso, le dió la absolución. El desdichado Clemente espiró un momento despues.

Así terminó la historia de la vida conyugal de Angélica y del amor fatal de Clemente. Nadie supo ni llegó á sospechar nunca por qué el honrado y laborioso tejedor se dejó llevar del afan de adquirir aquellos quinientos francos, exponiéndose á una muerte casi segura. Todo el mundo extrañó muchísimo semejante desatino; hiciéronse durante algun tiempo los más absurdos comentarios, y Angélica, á quien nadie quiso recordar aquel desdichado asunto, quedó abandonada á su viudez y á su dolor.

Soportó su infortunio con estóica resignacion y sin solicitar los consejos ni la proteccion de ningun sér viviente. Vendió todo cuanto tenía en su casa, y cuando ésta quedó enteramente desocupada, envolvió en un paquete algunas miserables prendas de vestir y abandonó Manneville.

Las malas lenguas comenzaron en seguida á calumniar á aquella pobre mujer. «De todos modos, demasiado sabemos lo que ella puede dar de sí. Formó, indudablemente, decidido empeño en poseer un reloj y una cadena de oro, y el pobre Clemente sacrificó su vida sin más objeto que el de satisfacer aquel capricho. Ahora, como no hay nada que la llame la atencion en Manneville, se ha ido á correr el mundo, para traficar con su belleza ó pescar otro marido allí donde su maldad sea ménos conocida.»

El cura, por la primera vez de su vida, perdió su mansedumbre y su indulgencia y se encolerizó muy de véras. Impuso silencio individualmente á todos los murmuradores, amonestándolos con el mayor tino que le fué posible, y predicó un enérgico sermon contra la calumnia en general. Él sabía perfectamente en dónde se hallaba Angélica y por qué había abandonado el país; pero no le era lícito dar sobre este asunto ninguna explicacion, y su buen corazon sufría un

indecible tormento al ver la injusticia con que todos trataban á aquella pobre muchacha.

«Esa infeliz no tiene ahora nadie que la defienda, les decía; su marido ha muerto, y ella no está ahí para poder contestaros. ¿Cómo teneis valor para insultarla y cubrirla de oprobio?»

Desde entónces nadie se atrevió á murmurar en presencia suya; pero esto no impidió el que las gentes continuasen pensando mal de la pobre Angélica.

Hacía ya un mes que faltaba del lugar, cuando el párroco, con gran sorpresa suya, la encontró una mañana á la puerta del cementerio de la iglesia.

—Hola, Angélica, la dijo con bondadoso acento, ¿venís otra vez á estableceros en Manneville?

Angélica movió tristemente la cabeza.

—He venido por aquí sin más objeto que el de visitar su tumba. Yo no estoy á gusto en ese otro pueblo; no gano lo bastante para realizar mi promesa. Mi pobre Clemente tendría que aguardar demasiado tiempo.

Entónces, Angélica, quedaos con nosotros en Manneville.

—¡Vivir en el mismo pueblo que German Grandsire, que es quien tiene la culpa de todo cuanto ha ocurrido!... ¡Nunca, nunca!

—Hija mia, exclamó en voz baja M. Olivier, es preciso perdonar á German. Dios ha comenzado á castigarle desde que os ausentasteis de aquí: su mujer ha sido atacada de una furiosa locura. Él no se atreve á separarse de ella, temiendo que sus suegros la recojan en su casa y reclamen su dote, porque ya sabéis que es sumamente rica. Además, German no encuentra ninguna persona que quiera encargarse de cuidar á su mujer. Vamos, perdonadle; ¿no está ya bastante castigado?

Angélica pareció no oír las últimas palabras del párroco, pero su rostro se inundó de alegría.

—¡Loca! exclamó; ¡conque él la ha vuelto loca! Bien sabía yo que eso tendría un funesto desenlace. Señor cura, yo me encargaré de cuidar á su mujer, porque supongo que mi trabajo será bien retribuido.

—¡Vos, Angélica! Pero...

—Angélica le interrumpió dirigiéndole una mirada llena de energía.

—No temo nada. Yo guardaré la loca.

Y antes de que M. Olivier pudiera contestarla, se dirigió rápidamente hacia la calle Mayor.

Pocos minutos despues llegó al cortijo de Grandsire. Penetró en la sala del piso bajo, y vió á German, que sentado enfrente de una mesa vieja y destartalada, se entretenía en contar una porcion de dinero. Él se volvió vivamente al oír los pasos de la jóven.

—¡Cómo! ¡vos aquí!... Pues... ¿qué se os ofrece? dijo él mirándola sorprendido.

—Sí, aquí teneis á Angélica. Sé lo que necesitais, y vengo dispuesta á hacerlo.

—¿Vos?

—¿Y por qué no? Yo soy fuerte, y no tengo miedo; creo que eso ya habeis debido conocerlo. Yo tendré cuidado de ella, y así no os vereis obligado á arrojarla de vuestra casa y á devolvérsela á sus padres. Vos deseais conservar en vuestra compañía á esa infeliz... porque es rica; eso se comprende perfectamente, German, añadió Angélica sonriéndose; pues bien, yo os ayudaré á realizar vuestro deseo; pero es preciso que me pagueis bien... Es preciso que me deis una cantidad bastante crecida. El dia que ella muera, tarde poco ó tarde mucho, me dareis... esperad que lo piense bien,—dijo aparentando reflexionar un momento;—vaya, quedemos en seiscientos francos. ¿Comprendeis bien lo que os digo?

Sí, German lo había comprendido perfectamente; pero no sabiendo qué partido tomar, contemplaba lleno de admiracion y de duda á aquella hermosísima jóven á quien otro tiempo había amado... á su manera.

—¡Seiscientos francos! dijo al cabo de un rato; eso es demasiado. Además...

Un grito estridente y terrible, que resonó de un modo espantoso en toda la casa, interrumpió su frase.

Angélica exclamó sonriéndose:

—¡Demasiado! ¡Cómo demasiado, cuando estais viendo que

no hay quien, por humanidad ó por apego al dinero, se preste á tener cuidado de esa pobre infeliz!

Él quiso regatear, pero Angélica, sin dignarse contestarle, se dirigió hácia la puerta.

—Pues bien, quedemos en eso, dijo refunfuñando German; pero insisto en que os haceis pagar demasiado; porque, figuraros que si muere mañana!...

Él cedió, sin embargo, y la condujo inmediatamente á la oscura habitacion en que Genoveva, atada de piés y manos, se hallaba siempre encerrada.

—¡Tened cuidado! gritó retrocediendo lleno de espanto; ha logrado romper sus ligaduras!

Angélica le miró con aire de desprecio, y entró sola en la habitacion, cuya puerta cerró inmediatamente. En aquel cuarto reinaba una oscuridad casi completa, porque la luz sólo podía penetrar por las hendiduras de las ventanas. Sin embargo, Angélica pudo ver á la mujer de German, que con los cabellos en desórden y los ojos centellantes, permanecía de pié en un rincon.

Abrió de par en par la ventana, y se adelantó resueltamente clavando sus ojos en la loca, que dejó oír un sordo rugido.

—Genoveva, la dijo, yo soy fuerte y no tengo miedo. Yo os trataré siempre bien; pero es preciso que me obedezcais, añadió amenazándola con el dedo.

Aquella mirada enérgica y aquella voz sosegada y tranquila dominaron desde luégo el furor de Genoveva, y la desdichada comenzó á gemir y llorar.

—Yo os trataré siempre bien, repitió Angélica. Ahora, sentaos y dejad que arregle un poco vuestros cabellos.

Genoveva obedeció silenciosa y maquinalmente. La fascinacion que Angélica ejerció sobre ella en aquellos instantes no se desmintió nunca ni un solo momento. Genoveva se dejó guiar como un niño. No fué posible curarla, pero á lo ménos se logró tenerla sumisa y obediente.

Todo esto suponía para Angélica una horrible existencia. Vióse obligada á pasar los dias en una oscuridad casi completa, y al lado de una miserable loca que lloraba y gritaba y hablaba incesantemente de terribles y ocultos enemigos que

querían acabar con su vida. Todas las noches, falta de sueño y de alimento, tuvo que velar á la cabecera de su cama. Únicamente los domingos por la mañana, despues de atar fuertemente á la enferma, se separaba de ella un momento con el objeto de oír una misa rezada; porque había prometido imitar la conducta de Clemente, y cumplió religiosamente su palabra.

Esta horrible existencia continuó así durante algunos meses, y por fin, al principio del otoño, á la caída de las hojas, la muerte acabó con los padecimientos de la pobre loca y de su guardiana.

Apénas terminado el entierro, Angélica se presentó ante maese German.

—Maese German, le dijo, vuestra mujer ha muerto. Yo he cumplido mi deber hasta donde me ha sido posible: ¿quereis pagarme los seiscientos francos que me debeis por mi salario?

German palideció al escuchar estas palabras.

—¡Seiscientos francos en ménos de un año! Angélica, eso es excesivamente caro. Ya sabeis que he experimentado grandes pérdidas; ya sabeis que he perdido quinientos francos el año pasado en la feria de San Martin. Ese dinero hubiera podido producirme un veinte ó un cincuenta por ciento. Y no solamente he perdido todo eso; la enfermedad de mi mujer me ha costado un dineral... ¡y todavía teneis valor para pedirme seiscientos francos!...

—¡A ver si os atreveis á negarme ese dinero!... exclamó Angélica mirándole con ojos de basilisco.

German no se atrevió. Registró su cartera y sacó de ella seis billetes de cien francos, que colocó á regañadientes sobre la desvencijada mesa. Angélica contempló el dinero como si creyera estar soñando; pero ni siquiera trató de tocarlo.

—Yo no me atrevo á llevar eso conmigo, dijo, porque podría perderlo ó gastarlo. Prefiero confiároslo, German... Empleadlo en lo que os dé la gana, y... Sí, sí, decididamente; prefiero dejarlo en vuestro poder.

—Pero... supongo que no querreis regalarme este dinero, dijo German lleno de estupefaccion. Supongo que algun dia vendreis á reclamármelo.

—Sí, vendré un día cualquiera, respondió Angélica lanzando una estridente carcajada. No tengais miedo; ya vereis cómo arreglamos nuestras cuentas el día del juicio final, ó un poco ántes. Entre tanto, guardad mi dinero, y haced de él el uso que tengais por conveniente. Bien sé yo lo que digo y lo que hago.

—Creo que hablais muy acertadamente. Mejor cuenta os tiene que el dinero continúe en mi poder.

German volvió á guardar en su cartera los billetes de banco, dirigiendo al mismo tiempo á Angélica una furtiva mirada.

La pobre jóven había adelgazado extraordinariamente; pero su rostro y sus ojos tenían tal animacion, que nunca había estado tan bella y tan encantadora como en aquel momento.

—¿Y por qué quereis marcharos? preguntó German.

—¿Y para qué he de quedarme?

—¿Por qué quereis marcharos? repitió él. Ahora podemos casarnos, ya lo veis. Luégo, vacilando ligeramente, añadió: Es decir, no se trata de casarnos en seguida, sino dentro de algun tiempo.

Angélica lanzó una estrepitosa carcajada y le contestó con la arrogancia que solía emplear en otro tiempo:

—Las últimas palabras que dirigí á mi marido al verle espirar, fueron para jurarle que me conduciría bien en este mundo á fin de conseguir reunirme con él en la otra vida. ¡Ya comprendereis que mi pobre Clemente sufriría al verme allí como mujer vuestra! Además, permitidme que os dé un consejo. Vos no habeis tratado como debíais á vuestra Genoveva. No os apresureis á buscar otra mujer. Conque, adios, maese German Grandsire, procurad ser dichoso.

Saludó con gran frialdad y abandonó lentamente la habitacion. German la siguió con la vista y murmuró para sí:

—¡Esa chica del demonio está más hermosa que nunca!... Pero, en resumidas cuentas, me alegro de que me haya dado calabazas. ¿Qué iba yo ganando con esa infeliz pobretona?

Angélica se dirigió desde la granja á la casa del cura.

—El señor ha salido, dijo la criada.

—Saludadle en mi nombre. Ahora mismo abandono Manneville.

Continuó su camino y subió hasta las empinadas rocas en que Clemente y ella se habían encontrado tantísimas veces. Sentóse en el mismo pedrusco en que él acostumbraba á sentarse, y contempló durante largo rato y con indecible emocion su antigua chocilla, deshabitada entónces, y aquel mar que Clemente y ella habían tantas veces contemplado juntos, el fondo de la roca adonde la violencia de la tempestad le había arrojado aquella terrible noche, y al otro lado del valle el pequeño cementerio en que sus restos descansaban.

Hay momentos en la vida en que todo nuestro pasado acude á la memoria; momentos en que nuestra mente flota de los recuerdos de los tiempos que pasaron á las preocupaciones del porvenir; nuestro pensamiento entónces, como el ave de paso que rendida por la fatiga repliega sus descaecidas alas, olvida el presente. Angélica no pensaba siquiera en el porvenir que la estaba reservado. Lo que podría ser de ella la importaba muy poco. Pero ¡qué sombrío, qué espantoso y qué trágico era aquel pasado cuya trama había tejido con sus propias manos! ¿Podría ella olvidarlo nunca y arrojarlo de su memoria como una cosa en que ya no se quiere pensar? ¡Ah! Seguramente que no; ¡era de todo punto imposible!

Un ligero ruido la sacó de su triste meditacion.

—Había adivinado que estabais aquí, exclamó detras de ella una voz.

Angélica alzó los ojos y vió al cura que llegaba completamente sofocado.

—Sí, respondió preocupada todavía con sus recuerdos; he venido aquí para hablar con él.

—¡Pero, hija mia!... Exclamó M. Olivier tratando de reprenderla con dulzura.

—He venido para hablar con él, repuso ella con los ojos llenos de lágrimas y procurando sonreirse, como si volviese repentinamente á la realidad de la vida; sí, señor cura; yo creo que los muertos nos oyen. ¡Tengo la seguridad de que mi Clemente entiende lo que yo le digo! ¡Ah! yo le hablo á cada momento y noto que él me contesta! Ahora ya soy feliz, porque acabo de comprender que está satisfecho de mí. Sí, un

murmullo casi imperceptible, pero que yo he distinguido perfectamente, me ha hecho comprender que él está satisfecho de mí. Hoy que he dado fin á mi tarea, puedo ya alejarme de aquí para siempre. Adios, pues, señor cura, y que Dios premie todas vuestras bondades.

Su voz era dulce y tranquila. ¡Qué notable contraste con la Angélica de otros tiempos!

El párroco trató de convencerla para que continuase en Manneville. Todas sus razones se estrellaron contra la inquebrantable resolucion de Angélica.

—Pero ¿teneis dinero? dijo M. Olivier presentando así su último argumento; ¿teneis bastante dinero? Ya sé que German os ha pagado bien, pero adivino desde luego el uso que habeis hecho de vuestro salario; ¿no habeis reservado alguna pequeña cantidad?

—¿Cómo quereis que yo guarde en mi poder ningun dinero de ese hombre? exclamó Angélica. Se lo he dejado todo... y él lo ha aceptado lleno de contento; pero le he dicho que arreglaremos nuestras cuentas el dia en que todos seamos juzgados. ¡Ya veremos entónces si se atreve á acusar á Clemente! ¡No, no! mi marido le ha dado su sangre, yo le he devuelto su oro, y ya estamos en paz. ¡Conservar yo ni un solo céntimo suyo! ¿No me dijo mi pobre Clemente que mejor quería verme muerta que adornada con un pañuelo de algodón comprado con semejante dinero? Pero aún tengo algo, añadió sacando del pecho una moneda de oro que llevaba cosida en un saquito de lienzo á guisa de medallon: esto es todo cuanto me ha quedado de la venta de nuestro ajuar, y con este dinero tengo bastante para lo que pueda ocurrirme. Este es un dinero bendito, señor cura, y el otro sólo hubiera servido para hacerme más desgraciada. Yo no tendría valor para continuar viviendo en Manneville, repuso con acento más tranquilo despues de un momento de silencio; ya he cumplido con mi deber. La vista de estos lugares traería continuamente á mi memoria el recuerdo del pasado. Yo no podría vivir así, y tal vez volviese á ser tan mala como ántes. Soy jóven y fuerte, y en cualquier parte podré ganar honradamente el pan que me coma... De este modo iré tambien poco á poco corrigiendo mis

defectos, señor cura, porque demasiado veo que estoy aún algo rehacia.

—Sí, pero os habeis conducido como una muchacha buena y honrada. ¡Dios os bendiga, hija mia! dijo M. Olivier colocando una mano sobre la cabeza de la jóven.

Ella le cogió la otra mano, la llevó á sus labios, y dijo con dulcísimo acento :

—Vos rogareis por mí, ¿no es verdad?

—Sí, hija mia... Continudad siendo buena, y Dios os protegerá. Pero ¿adónde pensais ir?

Tal vez ella misma no lo sabía. Es tambien muy posible que cediendo á su antigua obstinacion, no quisiese responder á aquella pregunta.

—¡Qué sé yo! exclamó quedándose pensativa. Ya veremos adónde me conduce mi estrella. Pero... lo que sí os aseguro, señor cura, es que la senda que yo siga «no me alejará nunca de él.»

Estas fueron sus últimas palabras.

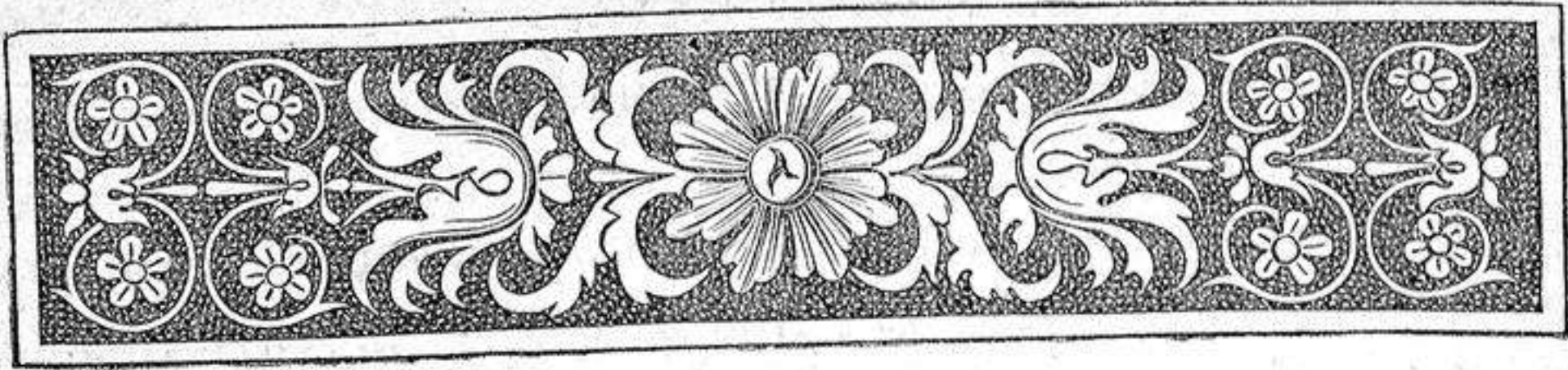
Luégo recogió el pequeño envoltorio que constituía todo su equipaje, y despues de dirigir en torno suyo una mirada melancólica, bajó lentamente por el sendero que conducía al mar.

M. Olivier la siguió largo rato con la vista. La jóven se dirigió por las afueras del lugar, evitando en lo posible el encuentro de las gentes. El sol había ya abandonado el horizonte, y Angélica desapareció en las sombras de la noche.

Los habitantes de Manneville no volvieron á verla nunca.

JULIA KAVANAGH.





LAS CIENCIAS EN 1879.

(PRIMER TRIMESTRE.)



LA facilidad con que, al parecer, se multiplican y se suceden los inventos sorprendentes de las ciencias, ha llegado á arraigar en el ánimo de las gentes la fe, poco cimentada por cierto, de que sean posibles grandes revoluciones en el terreno de las aplicaciones prácticas, que de estos estudios se deducen; y es ya moneda corriente el admitir que de un momento á otro, cualquier genio maravilloso puede, desde el santuario oculto de su laboratorio, merced á los modernos vuelos que la electricidad, el calor y la luz van tomando, cambiar radicalmente el modo de ser de las manifestaciones científicas en sus múltiples resultados útiles, alterar de repente cuanto pasa hoy por más moderno perfecto y grande, relegarlo al olvido, y abrir, con una nueva maravilla, nuevos é inesperados horizontes á la vida presente y á las esperanzas del porvenir.

Esto, que para la mayor parte de las gentes habrá llegado, en efecto, á constituir una creencia, dista mucho de ser considerado del mismo modo por los que siguiendo paso á paso, y con la formalidad que los estudios lo requieren, las conquis-

tas gloriosas de las ciencias, entienden cuán metódica, pausada y lógicamente se avanza en el estudio, y qué inmenso número de experimentos, de tentativas, de desengaños, de cálculos y de vigiliias constituyen la historia de cada descubrimiento, y la de las consecuencias y aplicaciones á que dan lugar, por sencillas y fáciles que parezcan.

¡Con cuánta facilidad no acogió el mundo civilizado, al terminar el año de 1878, la nueva de que podía considerarse como un hecho la resolución del problema de la división de la luz eléctrica, y el abandono y desaparición consiguientes del alumbrado de gas! Curiosa cuestión científica que á estas horas sostiene encarnizadas las primeras peripecias de una batalla transcendental, que absorbe la atención unánime del mundo sabio, y que está llamada dentro de un plazo indeterminado, pero no muy largo, á dar con sus resultados utilísimas enseñanzas. Su importancia es grande hoy, y comparte la prioridad con algunos otros, muy pocos, de los estudios científicos. En estas luchas interesantes se ilustra sobre manera el espíritu público, porque las cuestiones de que en ellas se ocupan, no son ya sólo del dominio y de la exclusiva competencia de los sabios, sino que se puede decir que han descendido al terreno de la generalidad del mundo culto.

La prensa vulgarizando los conocimientos, y la tribuna popular haciendo la propaganda de las ciencias, transforman de un modo insensible, pero seguro, la educación de las clases activas de la sociedad, y dan á la conciencia de las multitudes, ántes indiferentes y casi ciegas en materia de saber científico, constantes elementos de ilustración, merced á los cuales se predisponen por irresistible tendencia á entrar de lleno y á avanzar sin descanso en el ejercicio de las ideas modernas. Por ejemplo, el productor de la clase media, el hombre ántes oscuro, asiste hoy á la contemplación del combate entre los resplandores del gas de la hulla y el de los del arco voltaico, con el periódico, con la revista, con el libro en la mano, y auxiliado por la poderosa luz de la instrucción científica, superior á la que aquéllos emiten, hállase con aptitud para juzgar, guiado por su propio interés y por su ilustración propia, que son ya los firmes fundamentos de su característica personalidad. La emu-

lacion cunde, la necesidad de la propaganda se impone, y la vulgarizacion de las ciencias, al realizar tan grandes transformaciones en el modo de ser de los factores activos que constituyen el núcleo de los pueblos civilizados, ha llegado á ser una de las más justas exigencias de nuestra época. Con grande interes, por consiguiente, se sigue hoy paso á paso el desarrollo de los adelantos científicos.

Entre éstos, como queda dicho, muy pocos alcanzan la importancia de los trabajos sobre la luz eléctrica. Resultado la electricidad, no de ningun flúido especial ni de ninguna condensacion ni expansion de hipotética materia, sino del movimiento necesario que las moléculas alteradas en su equilibrio natural por una causa cualquiera, aunque siempre mecánica, hacen para volver de esa alteracion á su ordinario estado y equilibrio; movimiento molecular en toda la masa de un cuerpo y nada más, es claro que son consecuencia de él: el calor, en su grado máximo, y la luz, cual ninguna otra poderosa y brillante.

Desde que el inmortal Humphry-Davy vió brillar la luz entre los dos extremos del circuito voltaico, formada por las partículas incandescentes que marchaban de uno á otro polo, la ciencia comprendió que podría disponer con el transcurso del tiempo de un nuevo origen de luz, casi incomparable en sus efectos. Especie de sol puesto en manos del hombre y sometido á su voluntad, el foco eléctrico alumbra con extraordinaria potencia, ofrece en su descomposicion los mismos caracteres que la luz del astro del dia, y como ella actúa sobre el desarrollo químico orgánico y sobre las placas fotográficas. ¿Y cómo no, si no habiendo más causa real para producir la combustion solar y la luz eléctrica que el movimiento molecular, tienen ambas, como todas las combustiones y todas las luces, el mismo origen y la misma naturaleza? Sin embargo, desde el primer momento de los trabajos experimentales el arco voltaico ofreció dos gravísimos obstáculos: la excesiva intensidad de la luz producida y el desigual gasto de los carbones encendidos. No ofrecía menores dificultades tampoco el elevado coste de su produccion.

A resolver, pues, estos problemas, á vencer tales inconve-

nientes, tienden en suma la mayor parte de los estudios y trabajos emprendidos en el largo trayecto de lo que va de siglo por los hombres científicos dedicados á la especialidad que nos ocupa. En la cuestion de conservar los carbones á la misma distancia, puede decirse que se agotó el ingenio de los físicos mecánicos más hábiles, hasta que sobrevino la gran revolucion del sistema Jabloschkof. Se idearon para ello los famosos reguladores, que utilizan las variaciones de la intensidad de la corriente para mantener invariable la posicion de los polos límites del arco luminoso. En esta tarea se han hecho memorables los nombres de los físicos Dubosq, Foucault, Serrin, Lacassagne y Thiers, Lontin y Chertemps. *Dubosq* con el doble juego del aparato de relojería que mueve las barras de los carbones y del electro-iman que, con su ingeniosa disposicion, regula la marcha, la detiene ó la anima, ideó casi el más elemental de los sistemas. El ilustre *Foucault* perfeccionó extraordinariamente aquel aparato ideando un doble mecanismo de relojería que hace avanzar ó retroceder los carbones á voluntad, suprimiendo el irregular empleo de la mano en la colocacion inicial de éstos, imposibilitando su contacto y por consiguiente la extincion de la luz, y disponiendo hábilmente el conjunto mecánico para que pueda funcionar ya con las pilas ordinarias, ya con las máquinas magneto-eléctricas, que, como es sabido, originan gran diferencia en el gasto de los carbones. Un rodaje planetario, de admirable concepcion, hace que los dos mecanismos de avance y retroceso no se opongan el uno al otro en su marcha. Tan acabado se supuso este aparato del malogrado é insigne Foucault, que se creyó resuelto definitivamente el problema de la fijacion de la luz.

Sin embargo, últimamente la Exposicion de Paris ha mostrado otros sistemas, alguno ya antiguo como el de *Lacassagne* y *Thiers*, y otros nuevos, tales cuales el de Lontin, modificacion del de Serrin, y el de Chertemps.

Dos grandes ventajas tiene el primero: su sencillez y su sensibilidad. En nada se parece á los demas reguladores, y aunque su construccion se resiente de falta de perfeccion moderna (fué construido en 1855), funciona bien y está basado en

un principio excelente. Su aspecto es monumental, su coste bastante grande, y si bien el alma del aparato es un electro-iman como en todos los reguladores primitivos, no tiene mecanismo de relojería y el movimiento del carbon inferior se debe á la impulsión regular de una cantidad variable de mercurio que se vierte de un depósito en el que está contenido aquél. La acción de dos electro-ímanes combinados determina el paso preciso, de un vaso al otro, de la cantidad de mercurio necesaria para ir elevando el carbon á medida que se gasta. Revela su construcción un curiosísimo ingenio, y á pesar de sus muchos inconvenientes, como el de la necesidad de usar pilas, y el de tener que estar enfocando á cada momento la luz en el espejo reflector, llamó extraordinariamente la atención hace algunos años y excitó la admiración de sabios y de profanos.

El regulador *Lontin* es el conocido é incomparable aparato de Serrin, hábilmente modificado. Como éste, es de paralelogramo oscilante, y funciona por medio de una simple corriente derivada, pero sin que pase ésta por el foco luminoso.

El de *Chertemps* es muy sencillo y de poco coste, y puede utilizarse de preferencia á los anteriores en multitud de usos. Dos soportes huecos, colocados uno delante de otro, contienen las barras en que se apoyan los carbones: la del posterior es de cremallera y desciende regularmente arrastrando al carbon superior, merced á un mecanismo de relojería; el anterior contiene un solenoide que empuja á la barra del carbon inferior siempre fijo.

Además de estos aparatos, son muy notables los debidos últimamente á la inventiva de los físicos norte-americanos que con especial empeño se dedican á la construcción de reguladores para la luz eléctrica. El de *Hiram-Maxim* tiene alguna semejanza con el de Serrin, ya que el movimiento del carbon positivo se transmite en él, como en éste, por medio de una cadenilla. Cuando la luz no arde, los carbones se aproximan con gran velocidad, lo cual no se verifica sino lentamente, cuando la incandescencia tiene lugar. Un electro-iman, de doble armadura de hierro dulce, hace marchar con precisión

el volante, que regula la aproximacion de los carbones, y que da extraordinaria fijeza á la luz.

El más ingenioso de los reguladores contruidos por *Brush* se compone de un sosten hueco, en el que sube ó baja á tornillo la barra del carbon superior, único móvil, y cuya posicion regula la misma corriente segun las diferencias de su intensidad, por la doble accion de un electro-iman del propio peso del porta-carbon, y de dos resortes laterales. El de *Thomson* y *Houston*, sin rodaje alguno, como el anterior, es tambien como él de extremada sencillez. Está fundado en la continuidad de luz que obtiene por la sucesion rápida de las chispas que la extra-corriente produce al interrumpir y unir sucesivamente un circuito en accion. En el curioso aparato primitivo que estos físicos construyeron, vibraban los dos electrodos; pero aleccionados por la práctica, han visto que se obtienen los mismos resultados haciendo vibrar sólo el carbon inferior, por la accion de un electro-iman que produce con su atraccion la interrupcion de la corriente, mientras que el carbon superior va descendiendo muy lentamente. Tiene este aparato además un sencillo mecanismo destinado á hacer que la corriente pase á la línea general, donde arden otros reguladores, cuando se han consumido los carbones del suyo. Por esto es, á propósito, en su pequeño tamaño y aplicaciones, para que se le pueda utilizar como una especie de aparato de iluminacion dividida para cortos trayectos, y en la enseñanza. Pocos reguladores hay tan curiosos y originales como el de *Wallace* y *Farmer*. Compónese de dos grandes placas prismáticas de carbon, de las mismas dimensiones, contenidas dentro de un cuadro-armadura, sobre el cual hay un electro-iman. Mientras la corriente no pasa, las dos placas están en contacto, una sobre la otra, pero en cuanto actúa, levanta el electro-iman el carbon superior y la luz salta en el pequeño espacio que entre ambos queda. A medida que la intensidad de la corriente varía, y se van aproximando más ó menos las superficies de separacion, se ve á la chispa marchar de un extremo á otro de las placas. Da poca luz este sistema, si bien pueden multiplicarse mucho los aparatos por su sencillez, y por más que hoy no se ha prestado á grandes apli-

caciones es seguro que reformado llegará á ser muy útil.

Deben incluirse tambien entre los reguladores las lámparas de *Reynier* y de *Harrison*. Construyó *Reynier* primero una lámpara de carbones oblicuos, dando á éstos, no la forma de barras, sino la de discos circulares, movidos respectivamente por un aparato de relojería. Uno de ellos se coloca á voluntad en su posicion debida; el otro recibe su movimiento de un sofenoide y oscila automáticamente con la marcha regular que es necesaria para mantener invariable la distancia á que la luz se produce. Pero aún más sencillo y curioso es el aparato que inventó despues: un soporte pequeño sostiene en su parte superior una barrita de carbon que, por su propio peso, descien- de, haciendo resbalar su extremo inferior en un disco circular de carbon, tambien movable, alrededor de su centro. La corriente eléctrica pone incandescente la barra en el punto de contacto, y á medida que se quema en el aire va descendiendo. Sin complicacion mecánica de ningun género, sin electro- imanes ni relojería, y movida ó animada por cuatro ó cinco elementos de una pila, funciona con regularidad, en pequeña escala y en pequeño tamaño tambien. Sin embargo, como está aún, puede decirse, en su primitiva forma, ofrece multitud de inconvenientes que su inventor se propone corregir en breve. El carbon inferior ascendente y el disco superior constituyen la variacion lámpara *Werderman*. Un procedimiento bastante parecido fué el que ideó *Harrison* en 1857, y el que, recientemente perfeccionado por *Ducretet*, se ha presentado á la Academia de Ciencias en Febrero último. Construyó *Harrison* un tubo de dos brazos desiguales, doblado en ángulo recto en su parte superior, y cuya rama mayor se apoyaba en un sosten que contenía un aparato de relojería y el electro- iman regulador. Por las gargantas de una serie de poleas colocadas en la base de esta rama y en los ángulos superiores pasa un cordón terminado en un contrapeso, del cual pende la barra de carbon contenida en el brazo corto descendente del tubo. El extremo de la barra, al caer por su propio peso, frota en la superficie de un disco de carbon, y en el punto de contacto prodúcese la luz, que no arde en el aire libre como en la lámpara de *Reynier*, sino dentro de un globo de vidrio. *Ducretet* ha

perfeccionado este aparato haciendo que se regularice automáticamente el gasto de la barra y que la fijeza y magnitud del arco luminoso permanezcan constantes, para lo cual conserva todos los elementos de la primitiva lámpara; pero ha ideado una disposición especial en el aparato de relojería y los electroimanes directo y derivado que el zócalo, base del aparato, contiene. También se hacen de barra inferior ascendente y carbon superior disco fijo. La tarea de inventar y construir nuevos reguladores se hubiera prolongado muchos años, tal vez sin grandes ventajas para la adopción fácil de la luz eléctrica, á no haber aparecido el invento del ingeniero ruso *Jabloschkoff*, que sorprendió por su sencillez y excelencia á todos los sabios, y que causó una verdadera revolución en estos estudios. La prensa de Paris anunció en 1876 que los reguladores eléctricos quedaban suprimidos ante la bujía *Jabloschkoff*, ingeniosísimo invento, que consiste: en dos barras de carbon paralelas, y de la misma altura, separadas por una sustancia aisladora, y entre cuyos extremos superiores, al pasar la corriente de una á otra, salta la chispa, encendiéndose el arco voltaico. Ni más, ni menos. Toda la mecánica electro-magnética y la de engranaje sobran ya. La cuestión del alumbrado eléctrico, reducida hasta aquí á una larga serie de experiencias especiales y de aplicación muy concreta, se ampliaba hasta dejar planteado el problema del alumbrado público y de la desaparición del del gas de la hulla.

Inmenso eco tuvo en el mundo la invención del físico ruso, y de día en día se vió crecer la curiosidad por saber el resultado de las experiencias que, asociado con M. *Denayrouse*, realizaba ante el admirado público de Paris. Perseverante en su idea y animado por la extraordinaria atención é importancia que se concedía á sus estudios, avanzó más *Jabloschkoff* en 1877, perfeccionando su invención con el descubrimiento de otra especie de foco luminoso: el caolin incandescente. Con un solo manantial de electricidad obtenía á lo largo de un circuito multitud de focos diversos, llegando á esta especie de división de la luz eléctrica por medio de una serie de bobinas de inducción, cuyo hilo interior corresponde al circuito central del aparato electro-magnético que origina la corriente, y en

cuyos hilos exteriores, al brotar la chispa entre la lámina de caolin interpolada en sus extremos, se ve aparecer la luz. Las láminas de la sustancia refractaria están dispuestas de modo que forman un conductor de gran resistencia, á las que las corrientes de alta tension ponen incandescentes hasta el rojo blanco, produciendo una poderosísima luz, de grandes dimensiones, dulce, blanca y fija como ninguna otra. En un circuito pueden ponerse muchas bobinas, y en cada bobina pueden obtenerse diferentes luces; así es que, por este procedimiento, se puede decir que la division á voluntad de la luz eléctrica es un hecho. Dada esta division y la sencillez del aparato Jabloschkoff, se creyeron resueltas las dificultades que se oponían á la fijeza absoluta de la luz dividida, á la posibilidad de distribuirla de todas maneras y en todas proporciones, y á la supresion de las barras de carbon en el empleo de luces de poca intensidad.

Sin embargo, á este procedimiento último se ha preferido la bujía de barras de carbon. Con ella, como base, se alumbró espléndidamente París durante la gran época de la Exposicion Universal, y á ella debió ese radiante esplendor con que en las grandes fiestas se engalanó, apareciendo por las noches alumbrada con este nuevo sol, hijo y resúmen de los adelantos de la ciencia en nuestros días.

El triunfo de la electricidad, á pesar de ser tan claro, y de haberse expuesto á la contemplacion de tantas gentes, era sólo aparente. Aún arde el gas en Paris, y con más empeño que nunca de parte de los sabios y de los capitalistas, que insisten en perfeccionar este sistema de alumbrado, y en hacerlo fabulosamente barato.

Desde 1876, y prescindiendo de la luz del caolin, la bujía Jabloschkoff, si bien resolvió la dificultad del desigual gasto de los carbones y suprimió, por consiguiente, cuantos aparatos tendían á regularizar ese gasto, no se ha perfeccionado hasta el punto de que nos dé luces de una intensidad pequeña, como la que se necesita, por ejemplo, para las que han de emplearse en el alumbrado público y doméstico. La bujía alumbrada demasiado; su intensidad al aire libre no baja de 40 mecheros Cárcel, y además, siendo muy reducida su radiacion

angular, teniendo muy poca difusion á corta distancia, hay necesidad de rodear las bujías de globos de vidrio esmerilados, que absorban la luz y la difundan con regularidad. Así es que, si bien el caolin origina luces pequeñas, como este sistema no ha podido adoptarse por sus muchos inconvenientes, y como la bujía de carbones da la luz con exceso, el problema de la division voluntaria de la luz eléctrica ha quedado casi sin solucion.

Suponen, sin embargo, que lo han resuelto, por más que la práctica no haya sancionado ni admitido así todavía, Reynier con su ingeniosa lámpara de barra descendente y disco rotatorio ya descritos, y el físico inglés *Werdermann* con un aparato bastante parecido que permite derivar hasta diez ó quince luces distintas de una sola corriente ó circuito. Y se ha sostenido y se sostiene que el famoso inventor americano *Th. A. Edison* ha resuelto tambien tan importante problema. Veamos en qué consiste el aparato del autor del fonógrafo, del físico de Menlo-Parck: dos partes principales le componen la máquina electro-magnética y el regulador-lámpara. Está formada aquélla por un enorme diapason cuyas láminas vibrantes tienen dos metros de longitud, y á las cuales se da movimiento por dos máquinas pequeñas, cualesquiera, unidas al efecto á los extremos de ellas. Casi en los extremos tambien tiene dos electro-imanés que vibran con el diapason, aproximándose y apartándose sucesivamente en su movimiento de los polos de otros dos electro-imanés fijos situados frente á los primeros. Este movimiento origina en los hilos de las bobinas vibrantes múltiples corrientes, que son las que se utilizan para la produccion de la luz. Dos palanquitas en forma de T horizontal, apoyadas en la cara interna de las ramas del diapason y en la parte opuesta del centro de los electro-imanés, hacen el oficio de conmutadores, chocan con cuatro topes fijos entre ellas y determinan la marcha de las corrientes. La lámpara de *regulador térmico* consta de una columna-pié, en la que están los botones-tornillos por donde penetra la corriente, sube ésta por un reóforo hasta una palanca, sobre la que se apoya la barra metálica reguladora, en torno á la cual se trenza la doble espiral de platino, de iridio ó

de osmio, que son los metales que por su resistencia al pasar la corriente entran en incandescencia y producen la luz. Un cilindro-fanal de vidrio rodea á esta parte principal del aparato. Todo su original secreto consiste en que cuando la intensidad de la corriente sea tal que pueda fundir la espiral metálica y apagarse la luz, no se verifique nunca esto, porque la barra metálica contenida entre las vueltas del platino incandescente se dilata ántes de llegar á esa temperatura, oprime la palanca inferior, establece el contacto entre ésta y un tope de derivacion, y la corriente, en vez de continuar subiendo á la espiral, se pierde en la mayor parte de su intensidad al marchar por el punto de contacto á otra seccion del circuito. En este sistema de interrupcion de la corriente por un regulador térmico, ha propuesto Edison multitud de variantes, ya sumergiendo la espiral en un globo lleno de un gas que, al dilatarse, empujaría un diafragma que establece el contacto de derivacion, ya en un líquido que obra por dilatacion de la misma manera, ya por una lámina metálica que rodea á la barra ó ya por otros medios muy ingeniosos, sí, pero poco practicables.

Segun la opinion de experimentados y hábiles físicos, el aparato de Edison dista mucho de ser una cosa concluida y formal, y por consiguiente, la alarma que su aparicion produjo fué muy infundada. Los principios en que están basados, tanto el movimiento vibratorio del diapason como la formacion de las corrientes, son muy discutibles, y de seguro que en la práctica encontrarían grandes dificultades. No obstante, al confesar que la tentativa de Edison no tiene, hoy por hoy, bases seguras para dar á la cuestion del alumbrado una sancion radical, ni mucho ménos, preciso es confesar tambien que, si no en la máquina electro-magnética, es original y notabilísimo su invento en el regulador térmico; y que dados el genio y los conocimientos de su autor, dada su tenacidad y su gran práctica, es muy posible que ántes de poco tiempo nos sorprenda con alguna modificacion de decisiva transcendencia en este asunto, y añada á sus glorias anteriores la de haber dado cima á esta empresa, que trae hoy tan preocupados á los sabios.

Natural es que, conocida la importancia de los antiguos reguladores y la de la bujía Jabloschkoff, pugnen los físicos reformistas por mejorar, por su cuenta, estos inventos. A ello tienden los trabajos de Lavaud, de Jamin, de Ducretet y de Werdermann.

Ducretet coloca cada uno de los carbones de la bujía en un tubo casi lleno de mercurio, y en el cual están sumergidos hasta cierto punto: á medida que los carbones se van gastando y perdiendo de peso, son elevados proporcionalmente por el mercurio hasta que se consumen. El empuje del líquido varía sin cesar de intensidad, y también, como es consiguiente, la extensión é intensidad de la luz. De aquí el que en este sistema unas veces alumbra la incandescencia de los carbones y otras veces sólo el arco voltaico, focos bien distintos en sus efectos.

En el de *Lavaud* los carbones están al aire sostenidos por un soporte horizontal, que á su vez se apoya en dos tallos de acero lastrados y sumergidos en dos vasos llenos de mercurio, y en los que se efectúa el empuje idéntico por la pérdida de peso que origina la combustion de las barras. Un tallo metálico central vertical que obedece suavemente al ascenso, regulariza el equilibrio de todo el sistema flotante y está contenido en un tubo, dentro del cual hay una pequeña cremallera y un piñon para colocar los carbones, al principio de la operacion, á la altura que se quiera. Los volúmenes y pesos, tanto de las partes sumergidas como de las flotantes, están exactamente calculados para que el luminoso arco brille siempre á la misma altura. Esta es, pues, una de las reformas más hábiles y que mejores resultados dan.

El sabio catedrático *Jamin* ha presentado á la Academia de Ciencias de Paris, en el mes de Marzo, otro nuevo sistema perfeccionado. Sabido es que el arco voltaico para formar parte de la corriente eléctrica está sometido á la influencia y accion conocida de otra corriente cualquiera inmediata, ó de un iman: pues bien; la bujía de *Jamin*, compuesta de dos carbones verticales paralelos, tiene un cuadro conductor que los encierra y por el cual circula la misma corriente que les hace arder. Con esta corriente puede dirigirse á voluntad el arco voltaico

en cualquier sentido y fijarlo en cualquier punto de los carbones. Jamin, para recoger la gran extension que la luz así influida despliega, la dirige hácia arriba haciéndola incidir en una lámina de cal que reduce la extension, que disminuye la resistencia al paso de la corriente, que da á la luz mayor intensidad, brillo y blancura que cuando brota en el aire entre los dos carbones, y que, en fin, cambia la marcha de la luz reflejándola hácia abajo. Segun su autor, este aparato tiene la ventaja de poder funcionar lo mismo con corrientes continuas que con corrientes alternativas; carácter que distingue asimismo á la última de las lámparas-reguladores que voy á describir, que es un tipo intermedio entre los reguladores y la bujía Jabloschkoff, y que se debe á un ingeniero, ruso tambien, el hábil físico de Lóndres, Mr. Rapieff. Sobre un zócalo-soporte, que contiene un electro-iman, se alzan dos piés-columnas huecas, aisladas entre sí, que sostienen respectivamente las armaduras metálicas de los porta-barras polares. En cada uno de éstos hay *dos barras* de carbon inclinadas en forma de ángulo agudo, cuyo vértice está constituido por las dos puntas tajadas en lapicero. Encuéntranse los dos vértices opuestos, entre los cuales salta la luz, formados por la aproximacion de las *cuatro puntas* de los carbones, dos de ellos dirigidos de arriba á abajo, y los otros dos en sentido contrario. Es decir, que la posicion de las barras forma una X, en cuyo centro brilla el arco voltaico. Cuatro cordones unidos respectivamente á las barras pasan en su longitud por varias poleas y resortes y por un contrapeso, que abarca las dos columnas y que regula sin cesar la distancia de los dos extremos de aquéllas, haciéndoles conservar invariable su posicion en un punto dado. Admirablemente concebido este aparato, sorprende por el ingenio con que se ha construido, para que las dimensiones del arco no varíen, para que automáticamente se encienda en caso de extincion de la luz, y para que en un circuito dado puedan colocarse diez ó doce lámparas de este género, resolviendo así, en cierto modo, el problema de la division de la luz. No puede, sin embargo, competir este invento con la bujía Jabloschkoff.

Ahora bien, si despues de recorrido este pequeño resúmen

de tantos aparatos diversos, cuya tendencia es idéntica, el lector se hace cargo de que hoy continúan casi todos los físicos é inventores citados estudiando el medio de perfeccionarlos y de inventar otros nuevos, comprenderá fácilmente lo que al principio queda dicho, esto es, la importancia y trascendencia que en estos momentos tiene la cuestion del alumbrado eléctrico, no sólo para la ciencia, sino para las aplicaciones numerosísimas que de estos adelantos se deducen. Sabido es que en las principales metrópolis del mundo civilizado, en Europa y en América, arden hoy miles de luces eléctricas batándose en esplendorosa batalla, para probar su supremacía sobre el gas de la hulla, y que de dia en dia la prensa nos comunica que las bujías y los reguladores van inundando con su potente luz las calles, las plazas, los teatros, las iglesias, los museos, las fábricas y los buques. No cede por esto el gas ni una sola pulgada del terreno conquistado, sino que á la vez arde en competencia doquier que la chispa eléctrica brota para destronarle.

¿Cuáles serán los resultados positivos de esta competencia? La comision del municipio de Paris encargada de emitir su razonado dictámen, despues de hechos los estudios prácticos necesarios, ha planteado esta cuestion, y hé aquí, en breves párrafos, reasumido cuanto ha dicho recientemente. La compañía general de electricidad usa para el alumbrado el procedimiento siguiente: Las bujías Jobloschköff, alimentadas por las poderosas corrientes de las máquinas electro-magnéticas Gramme, á las que se da movimiento por medio de máquinas de vapor. Hasta ahora la fuerza motriz necesaria para animar estos aparatos es de 20 caballos de vapor para cada 16 bujías. Las máquinas electro-magnéticas Gramme constituyen con las de Williams Siemens lo más acabado que hoy posee la ciencia en materia de generadores eléctricos, y tienen tanta importancia, causan tanta admiracion y se construyen en tales condiciones, que bien merecerían, en una de estas revistas, un estudio extenso de vulgarizacion, siquiera no fuera más que como débil tributo de consideracion y de propaganda, rendidos á tan maravillosos aparatos y al genio de su inventor. Las máquinas de induccion Gramme, que en los concursos uni-

versales de Viena y Paris han excitado, como pocas invenciones, la curiosidad del mundo sabio, que producen corrientes continuas y constantes, ó variables é intermitentes á voluntad, y en la direccion que se quiera, transformando la fuerza mecánica en electricidad, que sirven para todas las experiencias científicas de gabinete y laboratorio, y que segun su variada disposicion no tienen rival en los trabajos galvanoplásticos y en multitud de aplicaciones industriales, son para la produccion de la luz eléctrica tan poderoso é incomparable foco de corrientes que, de seguro, á no haber sido inventadas, no hubiera recorrido esta tendencia científica ni la vigésima parte de su camino. Con ellas se animaron hasta hace dos años los famosos reguladores Serrin y Foucault, aún bastante empleados tambien, y con ellas arden las bujías Jabloschkoff en las grandes experiencias actuales. La última máquina preparada para la luz, compuesta de un bastidor de hierro colado con dos gualderas, dos barras de electro-ímanes y un anillo móvil en medio, ocupa el pequeño espacio de 60 centímetros de altura y 55 de longitud y anchura, y dando 900 vueltas por minuto sin producir calor ni chispas, basta para producir una luz equivalente á 200 mecheros Cárcel.

Las corrientes originadas por estos aparatos marchan por un cable compuesto de siete hilos de laton contenidos entre una trama de guttapercha recubierta de caoutchout, y van á parar á las bujías, constituidas como queda dicho.

Tomando como tipo de comparacion para la de las intensidades de las luces la lámpara Cárcel, que consume 42 gramos por hora, resulta que cada bujía eléctrica ardiendo en el aire equivale á 30 mecheros Cárcel, y cada luz de gas á 1,30. Mas como la luz de la bujía tambien hay que rodearla de un globo de vidrio trasluciente para poderla emplear, tenemos que éste absorbe una gran cantidad de luz, y que la intensidad queda reducida á 20 Cárcel, de la cual sólo se irradia al suelo una cantidad de luz igual á 12,10. Alumbra, pues, una luz eléctrica tanto como 11 luces de gas, y si se forzara el consumo de gas en cada mechero, hasta el punto de que consumiera 200 litros por hora, siendo entónces la potencia igual á 1,72 Cárcel, cada bujía eléctrica sólo equivaldría á 7 de gas. La

compañía de electricidad señala para cada luz, por hora, el precio de 60 céntimos de peseta, que hacen subir el importe anual de 171 bujías á 212.089 pesetas, cantidad que excede en 178,342 pesetas al coste del alumbrado de gas, que es de 34.349.

El consejo municipal, en vista de la pretension de dicha compañía, y del empeño que la del gas manifestó, de aceptar la lucha empleando gas y aparatos perfeccionados, se ha decidido á autorizar y pagar los ensayos de competencia, rebajando el tipo de 60 céntimos por bujía á 30, y autorizando á aquélla á utilizar sus aparatos provisionales, y algunos servicios y material del municipio. Los puntos señalados para el establecimiento de ambos sistemas en condiciones de estudio son:

Para el alumbrado de gas: la calle del Cuatro de Setiembre, la plaza del Château-d'Eau y una galería de los mercados centrales, en cuyos puntos arden 112 mecheros, que consumen 299.647 metros cúbicos de gas, ó sean 261.747 más que los que se queman en condiciones normales, cuyo exceso costará 13.087 francos, mientras que el exceso del coste del alumbrado eléctrico sobre el del gas que alumbraba los puntos indicados es de 34.044. Son estos puntos: la Avenida de la Opera, la plaza del mismo nombre y la del Teatro Frances, la plaza de la Bastilla y una galería de los mercados centrales, en los que arden 83 bujías Jabloschkoff. Excusado es indicar cuán á porfía trabajan ambas compañías para quedar triunfantes, y con cuánto interes siguen los sabios la marcha de las experiencias y de las observaciones prácticas, que se vienen haciendo desde mediados de Enero. Los sostenedores del gas cuentan con todas las ventajas que da un sistema ya muy conocido y que ha llegado á un grado de perfeccion extraordinario; los partidarios de la electricidad, en cambio, tienen en contra suya las dificultades múltiples que ofrece toda innovacion en sus primeras campañas. Desde luégo, el alumbrado eléctrico ofrece, entre otros inconvenientes, el de la necesidad del empleo de máquinas de vapor ó de gas para mover los electro-imanés; el de la frecuencia de las extinciones de las luces, debidas á los accidentes que pueden ocurrir en la máquina motora, en la electro-magnética, en el movimiento de los conmutadores ó en los cables mismos, cuyas

extinciones hasta ahora no se han podido evitar; en la gran cantidad de luz que se pierde por la absorcion necesaria de las bombas de cristal trasluciente que se emplean para la difusion luminosa, y sobre todo, en el excesivo coste de la luz obtenida. Bien es verdad que los físicos interesados en este asunto están haciendo titánicos esfuerzos de estudio y de constancia para corregir ó disminuir tales imperfecciones, y que se debe esperar mucho de sus talentos; pero en resúmen, lo cierto es hoy, que por hoy dista mucho la luz eléctrica de lo que ha de ser el dia en que pueda imponerse á la del gas y hacerla desaparecer.

¡Cuánto se ha adelantado en esta aplicacion científica en poco tiempo, sin embargo! ¡Qué admirable aceptacion ha tenido este alumbrado en multitud de útiles instalaciones! Londres no ha querido ser ménos que Paris en los estudios comparativos. Miéntras la compañía de alumbrado eléctrico establecida en la gran metrópoli alumbrá las inmensos muelles del Támesis, la compañía *Gas light and Goke* lucha en una gran extension de Regente street y en Waterloo place, estableciendo los aparatos perfeccionados del gas (sistema mecheros Sugg), que quemán 651 litros de gas por hora, dando una luz de intensidad igual á 100 bujías ordinarias, si el mechero es de triple corona de llama, y á 200 bujías si es de crádruple corona, gastando en dicho tiempo 1.274 litros.

A pesar de sus imperfecciones, la luz eléctrica se va esparciendo por todas partes. Hoy mismo, cuando esta ligera reseña entretenga al lector, desde lo alto del monte Valeriano en Paris y desde el Trocadero se radian al espacio, á una distancia de ocho kilómetros y alumbrando una extension de 200 metros, deslumbradoras ráfagas, emitidas por la locomotora guerrera de luz eléctrica de los constructores Sautter y Lemonnier, compuesta de una máquina Gramme, que produce una luz equivalente á 3.000 lámparas Cárcel, del poderoso proyector Mangin, espejo de cóncavo convexo de ingeniosa disposicion y de gran potencia, y de una máquina y caldera Field, que puede pasar por todos los accidentes del terreno, bóvedas y angosturas de una plaza fuerte. Con ella se alumbrá el mar por las noches, ya modificada convenientemente á

borde de los navíos, ya desde las costas de las ciudades militares, para descubrir al enemigo á larga distancia. Cien faros, ántes encendidos con las luces viejas, de corto alcance, contienen ya en su interior la máquina Gramme, y los carbones conductores, que con los sistemas de estos constructores citados, ó en los no ménos sorprendentes de Barbier y Fenestre y Lepante, envían su luz á increíbles distancias, con sus colores distintos, con sus fuegos combinados, y en su relampagueo regular, para indicar claramente á los navegantes dónde están los rumbos de refugio que seguir y dónde los peligros que evitar. Hoy brilla el esplendoroso arco voltaico á un tiempo en el animado y mundano salon del Hipódromo parisien y en la inmensa sala de lectura del British-Museum de Lóndres, que los severos Trustecs administran y guardan; en las entrañas de los Alpes, bajo el San Gothardo y el Simplon, donde los perforadores abren nuevos caminos á la fraternidad de los pueblos, y en los espléndidos horizontes donde Port-Said, Rossetta, Burlos y Hamietah alzan sus faros en el canal de Suez, en lo alto del Capitolio de Washington, en las afili-granadas altas agujas góticas del Dormo de Milan y en las profundidades del Océano, sobre el capacete de los buzos que trabajan en el seno de las ondas á la luz de los reóforos; en las nebulosas noches de Edimburgo y de Quebec, y en la grandiosa serenidad de las veladas nocturnas que se celebran bajo el purísimo cielo de Calcuta y de Bombay, y se la contempla, en fin, ayer proyectando desde Charlestown ó desde Montmartre en Paris, la luz esplendorosa y denunciadora que hacía huir á los hombres armados por los odios de la guerra, cual amenazador relámpago emitido por la cólera de los dioses, y hoy inundando de alegres resplandores el cielo de Paris y de Filadelfia, convidando á todos los hombres á ir á las grandes fiestas de la paz y del trabajo, como riente y magnífica aurora enviada por la naturaleza para que vuelvan á multiplicarse con vida de un nuevo día las conquistas del amor y de la inteligencia.

* * *

Mucho más de lo que tenía proyectado, aunque no todo lo que es debido, he dejado correr la pluma en el anterior resumen; así es que para no dar insufrible extensión á estas crónicas de los progresos científicos, destinadas á LA REVISTA CONTEMPORÁNEA, terminaré la tarea de este número indicando en ligera síntesis los trabajos más curiosos é importantes que los sabios dedicados á las ciencias físicas han añadido al catálogo de los adelantos en estos últimos meses.

Teoría de la constitucion de los cuerpos: Alfredo M. Mayer. Aparato para figurar la hipótesis de las atracciones y repulsiones moleculares.

Compresibilidad de los gases. Experimentos de Cailletet en el pozo artesiano de Butte-aux Cailles, para conocer qué relación guardan los volúmenes de los gases sometidos á enormes presiones con la formulada en la ley de Mariotte. Construcción de nuevos manómetros. Experiencias de A. H. Amagat sobre el mismo asunto.

Acústica y aparatos electro-magnéticos de aplicación á ella: Strounall: Nuevos estudios sobre la producción del sonido.

Th. Schwedoff: Aparato para el estudio del movimiento vibratorio de las cuerdas con motor eléctrico.

Teléfonos: Nuevas teorías: el teléfono sin diafragma de Ader; el hidroeléctrico de Ressio; el amplificador del sonido de Gover.

El foneidoscopio de Sidley Tailor (imágenes obtenidas por el movimiento vibratorio de una gota de glicerina puesta en el orificio de la placa terminal de un tubo acústico).

Optica: El fotómetro fotográfico de Woodburg; el fenaxiotiscopio modificado de Reynaud ó praxinoscopio; la nueva cámara clara de Hofman para el microscopio.

Espectroscopio de Thollon: espectroscopio de Cornú para la observación de la parte ultravioleta.

Análisis cuantitativo de la luz blanca.

Procedimiento de W. Zenger para obtener fotografías directas de las protuberancias solares.

Continuación de los estudios espectroscópicos de Lockyer, sobre la naturaleza única ó compleja de los cuerpos llamados simples.

Electricidad: Trabajos de Gaston Plauté sobre los efectos de la electricidad á alta tension y su analogía con los fenómenos naturales.

Nuevos trabajos de Edison: El motor armónico electromagnético; el nuevo reóstato de gran sensibilidad.

Telégrafo Gros, para anunciar á largas distancias las crecidas de los rios.

Nuevas plumas y lapiceros eléctricos.

Meteorología: Trabajos del general Naüsony en el Piedu Midi (Pirineos). Instalacion de los observatorios del monte Ventox y del castillo de Meudon. Estudio del nuevo observatorio proyectado por el Mecenas de la Ciencia meteorológica M. Bischoffshein en Menton. Gran vuelo y propaganda que adquiere la meteorología.

Astronomía. Janssen: grandes trabajos fotográficos de la superficie solar: Estudios sobre la naturaleza física de este astro. Ampliacion de las observaciones y cálculos hechos acerca de los satélites de Marte. Coggia de Marsella: descubrimiento del planeta-asteroide núm. 193.

John Hammes de Yorra (E. V.): Continuacion de las observaciones de los nuevos cráteres de la luna. Klein de Colonia: estudios de la superficie lunar.

Si terminara este catálogo comprendiendo las secciones referentes á la química, á las discusiones fisiológico-químicas sostenidas en la Academia de Ciencias de Paris y á algunos descubrimientos de las ciencias naturales, excediera de seguro su indicacion sencilla de los límites á que debo atenerme, ya que tan vasto y tan importante es el número de los trabajos en que hoy por hoy está ocupada, con tan próspera fortuna, la atencion del mundo sabio. Quédese tal resúmen para otro dia, en que, sin dejar de describir alguna de las nuevas campañas científicas de público interes y de concreto asunto, procuraré trazar un cuadro clasificado, y todo lo más completo que sea posible, de los progresos generales.

RICARDO BECERRO.

8 de Abril.



EL SOCIALISMO

(FRAGMENTOS INÉDITOS.)



LA baratura, hé aquí la gran palabra que viene á resumir, segun los economistas de la escuela de Smith y de Say, todos los beneficios de la competencia ilimitada. Pero ¿por qué obstinarse en no considerar los resultados de la baratura sino relativamente al beneficio momentáneo que de ella obtiene el consumidor? La baratura no aprovecha á los que consumen sino sembrando entre los que producen las semillas de la más ruinoso anarquía. La baratura es la maza con que los productores ricos aplastan á los productores que cuentan con escasos recursos. La baratura es el lazo en que los especuladores atrevidos hacen caer á los hombres laboriosos. La baratura es la sentencia de muerte del fabricante que no puede disponer de una máquina costosa que sus rivales, más ricos, están en estado de procurarse. La baratura es el verdugo puesto al servicio del monopolio, es la bomba aspirante de la industria media, del comercio medio y de la propiedad media; es, en una palabra, el aniquilamiento de la clase media en beneficio de algunos industriales oligárquicos.

»¿Deberá acaso la baratura ser maldita considerada en sí misma? Nadie se atreverá á sostener semejante absurdo. Pero

es muy natural que los malos principios truequen el bien en mal y lo corrompan todo. En el sistema de la competencia, la baratura no es más que un beneficio provisional é hipócrita. La baratura se sostiene miéntras hay lucha; en cuanto el más rico deja fuera de combate á todos sus rivales, los precios vuelven á subir. La competencia conduce al monopolio; por la misma razon, la baratura conduce á la exageracion de los precios, de modo que lo que ha sido un arma de guerra para los productores, llega á ser más ó ménos tarde para los mismos consumidores una causa de pobreza. Y si á esta causa se añaden todas las que ya hemos enumerado, y en primer término el desproporcionado crecimiento de la poblacion, será preciso reconocer como un hecho emanado directamente de la competencia el empobrecimiento de la masa de los consumidores.

»Pero, por otra parte, esta competencia, que tiende á secar las fuentes del consumo, presta á la produccion una devoradora actividad. La confusion producida por el antagonismo universal oculta á cada productor la situacion del mercado. Tiene que fiar á la casualidad la salida de sus productos, y obra en esta cuestion sumergido en verdaderas tinieblas. ¿Por qué ha de moderarse, y mucho ménos siéndole permitido indemnizarse de sus pérdidas á costa del salario tan eminentemente elástico del obrero? Todos, áun los que producen con pérdida, continúan produciendo, porque no quieren dejar perecer el valor de sus máquinas, de sus herramientas, de sus materias primeras, de sus edificios y de la clientela que aún les queda, y porque como la industria, bajo el imperio del principio de la competencia, no es sino un juego de azar, el jugador no quiere renunciar al beneficio posible de algun afortunado envite.

»Por consiguiente, y nunca insistiremos bastante acerca de este resultado, la competencia hace que la produccion crezca y que el consumo disminuya; por consiguiente, está en abierta contraposicion con los fines de la ciencia económica; por consiguiente, significa á un mismo tiempo opresion y locura....

.....

»No he dicho nada, para evitar lugares comunes y verdades

que han llegado á parecer declamatorias á fuerza de ser incontestables, de la espantosa corrupcion moral que la industria, organizada, ó más bien desorganizada como se halla hoy dia, ha introducido en el seno de la clase media. Todo ha llegado á ser venal, y la competencia ha invadido hasta el dominio del pensamiento.

»Las fábricas matando los oficios, los almacenes suntuosos absorbiendo los almacenes modestos, el artesano digno reemplazado por el que no lo es, la explotacion por el arado dominando la explotacion por la azada, y haciendo pasar el campo del pobre por la vergonzosa soberanía del usurero, las quiebras multiplicándose, la industria transformada por la extension mal dispuesta del crédito empleado, en que nadie, ni aún el bribon, tiene asegurada la partida; y en fin, ese vasto desorden, capaz de despertar en el ánimo de cada uno los celos, la desconfianza y el odio, apagando poco á poco todas las nobles aspiraciones y secando todas las fuentes de la fe, de la abnegacion y de la poesía; hé aquí el horrible y verídico cuadro de los resultados producidos por la aplicacion del principio de la competencia» (1).

Los partidarios del sistema de Fourier, por medio de su principal órgano, M. Considérant, enumeran los males de la civilizacion actual en estos términos:

1.º «Emplea una enorme cantidad de trabajo y de fuerza humana sin producir nada, ó la dedica á una obra de destruccion.

»Tenemos, en primer lugar, el ejército que absorbe en Francia y en todos los demas países la mejor parte de la poblacion en fuerza y en salud, un gran número de hombres de talento y de inteligencia, y una parte considerable de las rentas públicas...

»La sociedad actual engendra con su impuro aliento innumerables legiones de perturbadores, séres improductivos ó destructores, caballeros de industria, prostitutas, gentes des-

(1) Louis Blanc, *Organisation du travail*, páginas 58-61, 65-66. Cuarta edicion. Paris, 1845.

almadas, mendigos, presos, rateros, ladrones y otros perturbadores cuyo número va en mayor aumento que nunca...

»En el cuadro de las operaciones improductivas que necesita nuestra sociedad actual, deben figurar las de la magistratura y salas de justicia, las de las audiencias y tribunales, gendarmes, policía, carceleros y verdugos, funciones todas indispensables hoy para seguridad del edificio comun.

»Son improductivos además los *ociosos*, gentes llamadas *comme il faut* y que pasan su vida sin hacer nada, los gandules y los holgazanes de alta ó baja jerarquía.

»Son improductivas las *legiones fiscales* de la aduana, las de las *contribuciones* directas ó indirectas, y las de los fielatos; los recibidores, cobradores, comisionados de apremio y toda esa inmensa falange que fiscaliza, instruye expedientes y cobra, pero que no crea.

»Son improductivas las lucubraciones de los *sofistas*, filósofos, metafísicos y falsos políticos, que no hacen adelantar la ciencia y sólo producen estériles debates ó funestas agitaciones, y la verbosidad de los abogados, litigantes y testigos.

»Son improductivas en fin las operaciones del comercio, desde las del banquero en la Bolsa hasta las del lonjista detras de su mostrador (1.)

2.º »Afirman que «la industria y las facultades que se hallan en el sistema actual, consagradas á la produccion, apénas producen una pequeña parte de lo que podrían dar si estuviesen mejor empleadas y mejor dirigidas.»

»¿Quién, con un poco de buena voluntad y de reflexion dejaría de comprender hasta qué punto la incoherencia, el desórden, el desarreglo, la falta de asociacion, el fraccionamiento de la industria entregada hoy á la accion individual, desprovista de toda organizacion y careciendo de conjunto, son causas que disminuyen el impulso de la produccion y pierden ó malgastan nuestros medios de accion? ¿No engendra el desórden la pobreza, así como el órden y la buena gestion engendran la riqueza? ¿No es la incoherencia una

(1) V. Considérant, *Destinée sociale*, páginas 1, 35, 36, 37. Paris, 1848.

causa de debilidad, así como la combinación es una causa de fuerza? ¿Y quién puede decir que la industria agrícola, doméstica, manufacturera, científica y artística y las operaciones comerciales se hallan hoy organizadas dentro del municipio y del Estado? ¿Quién puede decir que todos los trabajos que se ejecutan en estos distintos campos se hallan subordinados á un conjunto de previsoras miras y se llevan á cabo con economía, con orden y con inteligencia? Además, ¿quién puede decir que nuestra sociedad se halla en condiciones de desarrollar, por medio de una buena educación, todas las facultades que la naturaleza ha dado á cada uno de sus individuos, y de destinar cada uno de ellos á las funciones que más fueren de su agrado y que mejor supiera desempeñar, para que las ejercitase por consiguiente con mayor ventaja para sí y para los demás? ¿Se ha pensado siquiera en plantear el problema de los caracteres, del empleo social y regular de las aptitudes naturales y de las vocaciones? ¡Ah! la utopía de los más entusiastas filántropos es enseñar á leer y escribir á veinticinco millones de franceses. Así y todo, dadas las actuales circunstancias, hay sobrados motivos para creer que no han de llegar á conseguirlo.

»¿No es también una cosa extraña y que envuelve una grave acusación, ese espectáculo de una sociedad, en que la tierra no existe ó se halla mal cultivada, en que el hombre está mal alojado y mal vestido, en que mil trabajos ingratos están aún por hacer, y en que infinidad de individuos carecen á cada instante de trabajo y perecen de miseria sin poder hallar la más insignificante colocación? La verdad, la verdad: es preciso reconocer que si las naciones están pobres y famélicas, no es porque la naturaleza y el arte dejen de proporcionarles medios con que crear inmensas riquezas, sino porque hay anarquía y desorden en el uso que hacemos de estos elementos: en otros términos, es porque la sociedad está constituida de un modo lamentable y porque la industria no se halla organizada.

«Pero no es esto todo; sólo tendreis una ligerísima idea del mal si no reflexionais que á todos estos vicios, que secan las fuentes de la riqueza y del bienestar, hay que añadir la lucha,

la discordia y la guerra bajo mil nombres y mil formas, que nuestra sociedad fomenta y sostiene entre todos los individuos que la componen. Y todas estas luchas, y todas estas guerras corresponden á oposiciones radicales, á profundas antinomias de todos los intereses. Averiguad el número de clasificaciones y de categorías en las naciones, y éste será también el número de oposiciones, de intereses y de guerras patentes ó latentes, áun cuando sólo nos fijemos en el sistema industrial» (1).

Una de las ideas dominantes en esta escuela es el despilfarro y al mismo tiempo la inmoralidad de los arreglos existentes para la distribución de los productos del país entre los diversos consumidores: la enorme superfluidad de agentes de distribución, de negociantes, de comerciantes al pormenor, de tenderos y de dependientes de comercio; y por último, el carácter desmoralizador de semejante distribución y de estas ocupaciones.

«Es indudable, dice M. Considérant, que el interés del comerciante se halla en pugna con el del consumidor y el del productor. El mismo objeto que él tiene interés en venderos caro, que os vende caro en efecto, y cuya calidad alaba desmesuradamente, ¿no ha tenido interés en comprarlo barato al productor que lo ha creado? Pues el interés del cuerpo comercial, colectiva é individualmente considerado, se halla en oposición con el del productor y el del consumidor, es decir, con el de todo el cuerpo social.

»El comerciante es un medianero que se aprovecha de la anarquía general y de la desorganización de la industria.

»El comerciante compra los productos, lo compra todo, es propietario y detentador de todo, así es que:

»1.º Tiene *bajo el yugo* la producción y el consumo, puesto que uno y otro están obligados á pedirle, ya los productos para consumir en último término, ó bien los productos brutos que aún están por trabajar, es decir, las materias primas. El comercio con sus manejos de acaparamiento y de alza

(1) V. Considérant, *Destinée sociale*, páginas 38 y 40. Tercera edición. París, 1848.

y baja, con sus innumerables operaciones y con la *propiedad intermediaria* de los objetos, desuella á derecha é izquierda y pone duramente la ley á la produccion y al consumo, de los cuales sólo debiera ser un dependiente subalterno.

»2.º Despoja al cuerpo social con sus *inmensos beneficios*, beneficios arrebatados al consumidor y al productor, y completamente desproporcionados con servicios que el último de los agentes que emplea podría prestar por sí solo.

»3.º Despoja al cuerpo social con la *distraccion* de las fuerzas productivas, arrebatando á los trabajos de creacion los $\frac{19}{20}$ de sus agentes, que son unos verdaderos parásitos. Es decir, que no solamente despoja, apropiándose valores sociales en dosis exorbitantes, sino disminuyendo, además, considerablemente la energía productiva del taller social. La inmensa mayoría de sus agentes volverán á las funciones productivas tan pronto como la desbarajustada situacion actual sea sustituida por una perfecta organizacion comercial.

»4.º Despoja el cuerpo social con la *falsificacion* de los productos, falsificacion que se practica hoy con un furor llevado hasta los últimos límites. En efecto, si se establecen cien longistas en una ciudad en que ántes sólo había veinte, no por eso se consumen más artículos alimenticios en aquella ciudad. Por consiguiente, aquellos cien virtuosos comerciantes se ven obligados á arrebatarse la ganancia que realizaban honradamente los veinte primeros. La competencia los obliga á resarcirse á expensas del consumo aumentando los precios, como sucede algunas veces, ó falsificando los productos, como sucede siempre. Dado ya este caso, desaparece todo género de consideraciones. Los artículos inferiores ó adulterados se venden como artículos de buena calidad, siempre que el infeliz comprador deja de conocer el engaño. Y la conciencia mercantil, despues de abusar á sus anchas del referido comprador, se consuela diciendo: «Yo fijo el precio que me parece conveniente, los demas son muy dueños de tomar ó de no tomar; yo no obligo á nadie á que compre.» Las pérdidas con que la falsificacion y la mala calidad de los productos gravan el consumo son incalculables.

»5.º Despoja al cuerpo social por medio de compromisos,

más ó ménos facticios, que hacen que inmensas cantidades de mercancías amontonadas en un mismo punto se averíen y se destruyan por falta de salida. Oigamos á Fourier: El principio fundamental de los sistemas comerciales, el principio de: *Conceded amplia libertad á los comerciantes*, les otorga la propiedad absoluta de los artículos con que trafican; ellos pueden arrebatarnos á la circulacion, ocultarlos y hasta quemarlos, como ha hecho más de una vez la compañía oriental de Amsterdam, que quemaba públicamente varios almacenes de canela con objeto de hacer subir el precio de este artículo; lo mismo que hacía con la canela, hubiera hecho con el trigo, si no hubiese temido las iras del pueblo; hubiera quemado cierta cantidad de trigo para vender el resto al cuádruple de su valor. Pues qué, ¿no vemos todos los dias en nuestros puertos arrojar al mar grandes cantidades de cereales que el negociante ha dejado podrir por haber aguardado el alza demasiado tiempo? Yo mismo he asistido, en calidad de dependiente, á esas infames operaciones, y he visto arrojar un dia al mar veinte mil quintales de arroz, que hubieran podido venderse con un modesto beneficio, si el detentador hubiese sido ménos codicioso. El cuerpo social es quien soporta la pérdida de estos desperdicios que se renuevan diariamente, al abrigo del principio filosófico: *Dejad á los comerciantes que hagan lo que quieran*.

»6.º El comercio despoja además con las *pérdidas, averías, sumersiones, etc.*, que provienen de la extremada dispersion de los productos y de los artículos alimenticios en millones de almacenes al por menor, y con el crecido y complicado número de fraccionados transportes.

»7.º Despoja al cuerpo social con una *usura* descarada y sin límites, con una usura espantosa. En efecto, el comerciante negocia siempre con un capital ficticio, superior con mucho al que realmente tiene. Un comerciante que dispone de un fondo de 30.000 francos, negocia, emitiendo billetes, por medio de giros y de pagos sucesivos sobre un fondo de 100, 200 y hasta 300.000 francos; saca, pues, de este capital, que no tiene, un interes usurario, sin ninguna proporcion con el que verdaderamente posee.

»8.º Despoja al cuerpo social con innumerables *quiebras*; porque, dados los accidentes diarios de nuestras relaciones industriales, las conmociones políticas y las perturbaciones de todas clases, llega un día en que el negociante, que ha emitido más billetes de los que sus medios le permitían, no puede continuar haciendo frente á sus necesidades, y su ruina, fraudulenta ó no, perjudica considerablemente á sus acreedores. La quiebra de los unos origina la de los otros; es un fuego graneado, una devastacion. El productor y el consumidor son siempre los que sufren las consecuencias, porque el comercio, considerado en general, no crea las riquezas y sólo arriesga valores insignificantes con relacion á la riqueza social que pasa completamente por sus manos. ¡Qué de fábricas arruinadas á consecuencia de estos retrocesos! ¡Qué de fecundos manantiales secados con estos ardides y estos desastres!

»9.º Despoja al cuerpo social con la *independencia* y la *falta de responsabilidad* que le permiten no comprar sino en las épocas en que los productores, obligados á procurarse fondos para pagar los alquileres y los anticipos de la produccion, se ven en la necesidad de vender y se hacen entre sí la competencia. Cuando los mercados se hallan bien provistos y los productos á precios sumamente reducidos, el comerciante compra. Luégo procura el alza, y, con esta sencillísima maniobra, despoja al productor y al consumidor.

»10. Despoja al cuerpo social con una considerable *sustraccion de capitales*, que volverán á la industria productiva cuando el comercio desempeñe un papel subordinado y sólo sea una *agencia* de transacciones directas entre los grandes centros de consumo, los municipios asociados y los productores más ó menos alejados. Los capitales invertidos en las especulaciones del comercio, áun cuando parecen insignificantes comparados con las inmensas riquezas que pasan por sus manos, representan, sin embargo, sumas enormes, que volverían á fecundar la produccion si se arrebatase al comercio la propiedad intermediaria de los objetos, y si la circulacion de los productos estuviese administrativamente organizada. El agiotaje es la manifestacion más odiosa de este vicio.

»II. Despoja al cuerpo social con el *acaparamiento*. En efecto, dice Fourier (*Théorie des quatre mouvements*, 359, primera edicion), la subida de precio de una materia acaparada llega á ser soportada definitivamente por los consumidores, áun cuando ántes lo haya sido por los manufactureros, que, obligados á sostener un taller, hacen sacrificios pecuniaros, fabrican obteniendo pequeños beneficios, sostienen, con la esperanza de un porvenir mejor, el establecimiento en que se funda su habitual existencia, y no logran sino despues de muchísimo tiempo establecer esa alza que el acaparador les ha hecho soportar de un modo tan breve y tan sencillo. (Fourier.)

»En fin, todos estos vicios y otros muchos que he dejado de citar, se multiplican unos por otros en la extraordinaria complicacion de las redes mercantiles, porque los productos no pasan una sola vez por entre las codiciosas manos del comercio: muchos de esos productos entran en veinte y treinta hileras ántes de ser entregados al consumidor. Primeramente la materia bruta pasa por las garras del comercio para llegar al fabricante, el cual la trabaja por primera vez; luégo cae en poder del comercio y vuelve á la fabricacion, que la da otra nueva forma; y así sucesivamente, hasta los últimos trabajos necesarios. Entónces entra en los grandes establecimientos que venden á los almacenes al por mayor, y éstos venden á las tiendas de las ciudades, las cuales á su vez venden á las tendezuelas y puestos ambulantes de los pueblos. Pero, en cada uno de estos pasajes, el producto ha dejado algo en las manos mercantiles.

»Un amigo mio que recorría hace poco las montañas del Jura, en donde se ejecutan, como todos sabemos, una porcion de trabajos en metal, tuvo ocasion de entrar en casa de un aldeano dedicado á la fabricacion de palas, y le preguntó á cómo las vendía.

—»Entendámonos, respondió el bueno del labriego, nada economista, pero hombre de buen sentido; yo las doy por diez y seis sueldos al comercio y éste os las hace pagar á cuarenta sueldos en vuestras ciudades. Si hallaseis el medio de poner al fabricante en relación directa con el consumidor, os

saldrían á veintiocho sueldos, y cada uno de nosotros ganaría de este modo doce sueldos» (1).

Owen expresa análogas ideas en el *Livre du nouveau monde moral* (pág. 2, cap. III):

«Hoy el principio vigente consiste en hacer que una gran parte de la sociedad consagre su vida á la distribución de la riqueza en una inmensa escala, mediana ó pequeña, á transportarla de un lugar á otro en cantidad más ó ménos grande, con objeto de acudir anticipadamente á las necesidades de las diferentes partes de la sociedad y de los individuos, repartidos hoy en ciudades, villas, lugares y aldeas. Este principio de distribución crea en la sociedad una clase cuyo negocio todo consiste en *comprar* á los unos para *vender* á los otros. Gracias á semejante procedimiento, los individuos de esta clase encuentran grandes facilidades para comprar á un precio que en aquel mismo momento parece sumamente reducido en el mercado, y para revender con el mayor beneficio posible, puesto que su verdadero objeto es realizar toda la ganancia posible pasando del vendedor al comprador.

»Hay errores de principio y males sin cuento en los resultados que necesariamente produce este sistema de distribución de la riqueza de la sociedad :

»1.º Se forma una clase general de distribuidores, cuyo interés está separado del interés de los individuos, á quienes compran y á quienes venden, y hasta tal vez les es opuesto.

»2.º Se crean tres clases de distribuidores, de compradores y de vendedores: los pequeños, los medianos y los grandes; los tenderos y los traficantes al por mayor, y por último, los grandes negociantes.

»3.º Tres clases de compradores creadas constituyen los compradores pequeños, medianos y grandes.

»Esta distribución de los compradores y de los vendedores en diferentes clases, enseña á los unos y á los otros que tienen intereses separados y opuestos, y categorías y situaciones distintas en la sociedad. Esto crea y sostiene una desigualdad de

(1) V. Considérant, *Destinée sociale*, I, 43-51. Tercera edición, París, 1848.

sentimientos y de condicion con todo el servilismo y el orgullo que semejante desigualdad debe producir necesariamente. Las partes se instruyen regularmente en practicar un sistema de continuados engaños, con objeto de que les sea más fácil comprar barato y vender caro.

»Los pequeños vendedores adquieren hábitos de holganza, porque esperan, con frecuencia, varias horas á los compradores. Se ha demostrado que este mal se halla muy extendido aún entre los comerciantes al por mayor. Como consecuencia de este arreglo, existen más establecimientos de venta de los que son necesarios en los lugares, en los pueblos y en las ciudades; de este modo se gasta sin utilidad alguna para la sociedad un capital enorme. Y todos estos establecimientos, enemigos unos de otros en toda la superficie del país, deseando adquirir mayor número de clientes, procuran vender á más bajo precio los unos que los otros, y por lo tanto, hacen incessantemente toda clase de esfuerzos para perjudicar al productor, abriendo tiendas y almacenes que venden con extraordinaria baratura; en fin, es preciso que el amo y los servidores, para sostener su papel, estén continuamente á la espera de los buenos negocios, es decir, procurando á todo trance adquirir los productos á mucho ménos precio de su verdadero valor.

»Es preciso que los distribuidores, pequeños, medianos ó grandes, sean todos alimentados por los productores, y cuanto más se eleva el número de los primeros en comparacion del de los últimos, mayor es la carga que éstos se ven obligados á soportar. En efecto, á medida que crece el número de los distribuidores, decrece necesariamente la acumulacion de la riqueza, y aumenta la tarea de los productores.

»Los distribuidores de la riqueza en el sistema actual son un peso horrible que gravita sobre los productores, y son para la sociedad los agentes más activos que tiene la desmoralizacion. Su estado de dependencia al comenzar sus tareas les enseña á cometer toda clase de bajezas con los compradores, y les obliga á continuar siendo serviles todo el tiempo que tardan en acumular riquezas, comprando barato y vendiendo caro. Pero tan pronto como realizan una fortuna que, segun

ellos, les basta para ser independientes y poder vivir alejados de los negocios, se muestran llenos de estúpido orgullo, y tratan con la mayor insolencia á cuantas personas dependen de ellos.

» Todo esto revela una disposicion sumamente imprevisora para una sociedad cuyo interes debe ser el de producir la mayor suma posible de riqueza de la mejor calidad, puesto que el sistema de distribucion existente en la actualidad no se contenta con arrebatár á la produccion un gran número de individuos para convertirlos en distribuidores, sino que grava los gastos del consumidor con todo lo que cuesta una distribucion ruinosa y extravagante, que hace pagar varias veces al consumidor el coste de los gastos primitivos de los productos.

» Luégo, gracias á la situacion en que se halla colocado por la codicia que le domina y por la competencia que le hacen sus adversarios dedicados á la venta de idénticos productos, el vendedor se siente fuertemente arrastrado á adulterar sus géneros, y cuando éstos son artículos alimenticios, ya nacionales ó extranjeros, los efectos que estas adulteraciones producen en la salud, y por consiguiente en el reposo y en el bienestar de los consumidores, son generalmente harto enojosos y pueden explicar muchas muertes prematuras, sobre todo en la clase obrera, que es la que se halla más expuesta á ser engañada en la compra de artículos de inferior calidad ó de poco precio.

» El gasto que resulta de esta distribucion de la riqueza en la Gran Betraña y en Irlanda, comprendiendo además el de la transportacion y el de todos los agentes que á ella se consagran, importará próximamente unos cien millones de libras, sin contar con que una porcion de los artículos que constituyen esta riqueza se deterioran al ser conducidos de unos puntos á otros, y al permanecer encerrados en almacenes y sitios faltos de las condiciones necesarias, y en los que la atmósfera no permite conservarlos siquiera regularmente, y mucho menos en disposicion de ser entregados al consumo.»

Citemos aún otro pasaje de *Considérant*, que descubre ese antagonismo de interes de persona á persona y de clase á cla-

se que se halla por todas partes en la constitucion actual de la sociedad:

«Si los productores de vino piden la abolicion de las aduanas y la libertad de importacion y de exportacion, esta libertad arruina á los productores de trigo, á los fabricantes de hierro, de paño y de algodón, y, fuerza es decirlo, puesto que así es en verdad, á los contrabandistas y á los empleados de aduanas. Si los consumidores tienen interes en que se inventen máquinas que produzcan con ménos gastos y hagan disminuir el precio de los objetos, estas máquinas inutilizan los brazos de infinidad de obreros que no saben ni pueden dedicarse acto continuo á otros trabajos. Este es otro de los mil círculos viciosos de la civilizacion, porque hay mil hechos que prueban de un modo incontestable que, en el régimen social de nuestra época, la produccion de un bien trae siempre consigo la produccion de un mal.

»En fin, si descendéis aún más, si os fijais en particularidades de la vida ordinaria, vereis que el sastre, el zapatero y el sombrerero tienen interes en que los vestidos, el calzado y los sombreros se deterioren lo más pronto posible; que el vidriero tiene interes en que el granizo y las tempestades rompan los cristales de vuestras casas, así como el albañil y el arquitecto tienen tambien interes en que el fuego destruya la morada del prójimo. El abogado se enriquece con los pleitos, el médico con las enfermedades, el tabernero con la embriaguez, la prostituta con el libertinaje. Y ¿no sería una verdadera desgracia para la magistratura, los gendarmes y los carceleros, así como para los abogados, procuradores y toda la gente de la curia, el que los crímenes, los delitos y los procesos desapareciesen repentinamente?» (1).

Lo que sigue es uno de los puntos cardinales de esta escuela:

«Agréguese á todo esto que la civilizacion siembra por todas partes la division, la cizaña y la guerra; emplea una gran parte de sus fuerzas en realizar grandes trabajos improductivos, ó en destruir; disminuye considerablemente la riqueza gene-

(1) V. Considérant, *Destinée sociale*, I, 59, 60.

ral con el desconcierto y el desorden de su industria y produce necesariamente la repugnancia industrial, el odio al trabajo.

»Por todas partes oís al trabajador, al obrero ó al funcionario maldecir su suerte ó su ocupacion, y suspirar por la adquisicion de un capital que ha de librarle del suplicio que su situacion le impone. El grande, el fatal carácter de la industria civilizada, es el de ser repugnante, el de no tener más fuerza motriz que el *miedo de morir de hambre*. El trabajador civilizado es un verdadero presidiario. Miéntras el trabajo productivo no se organice de modo que se conjugue con *placer* en vez de conjugarse con *pena, enojo y repugnancia*, sucederá necesariamente que todos cuantos puedan abandonarlo huirán de él. Salvo raras excepciones, sólo se entregarán al trabajo aquellos que se vean *obligados* por la desnudez y la miseria. Así pues, las clases más numerosas, los artesanos de la riqueza social, los creadores activos y directos del bienestar y del lujo están siempre condenados á sufrir la miseria y el hambre, estarán siempre condenados á la ignorancia y al embrutecimiento; serán siempre ese inmenso rebaño de hombres de carga que vemos deformes, diezmados por las enfermedades y encorvados en el gran taller social, sobre el arado ó sobre la mesa de trabajo, para preparar la refinada alimentacion y los espléndidos goces de las clases superiores y ociosas.

»Miéntras no se organice un procedimiento de industria atractiva, será verdad que *hacen falta muchos pobres para que haya algunos ricos*: aforismo horrible y ruin que oís á cada paso, como un axioma de eterna necesidad, en boca de ciertas gentes que se precian de cristianos ó de filósofos. Bien fácil es comprender que la opresion, el engaño, y sobre todo la indigencia, serán el patrimonio permanente y fatal de toda sociedad caracterizada por la repugnancia industrial, puesto que de este modo únicamente la indigencia puede condenar y obligar al hombre al trabajo; y la prueba evidente de esto es, que si todos los obreros, si todo el mundo llegara á ser rico súbitamente, la $\frac{19}{20}$ de los trabajos quedaría abandonada» (1).

(1) V. Considérant, *Destinée sociale*, I, pág. 60-61.

Segun los partidarios del sistema de Fourier, el órden actual de la sociedad tiende á concentrar la riqueza en manos de un corto número de individuos ó de compañías inmensamente ricas, y á reducir el resto de la sociedad á la completa dependencia de los primeros. Esto es lo que Fourier llamaba el *feudalismo industrial*. «Este feudalismo, dice Considérant, quedaría constituido tan pronto como la mayor parte de las propiedades industriales y territoriales de la nacion fuesen á parar á manos de una minoría que absorbiese todas las rentas, en tanto que la inmensa mayoría, aherrojada en los presidios manufactureros y encorvada sobre el globo, roería el salario que se la quisiese dar...» (1).

Este será el desastroso resultado del progreso de la competencia, tal como M. Louis Blanc nos la ha descrito en el pasaje que hemos citado, y del aumento de las deudas nacionales que Considérant califica de hipotecas que gravan el suelo y el capital del país, cuyos co-propietarios son los banqueros prestamistas.

III.

EXÁMEN DE LAS OBJECIONES DE LOS SOCIALISTAS AL ÓRDEN ACTUAL DE LAS SOCIEDADES.

No es posible negar que las consideraciones que acabamos de presentar en el capítulo anterior envuelven una terrible acusacion, no solamente contra el órden actual de la sociedad, sino contra la situacion del hombre en este mundo. ¿Qué cantidad de males podemos atribuir al órden social, por un lado, y á la situacion del hombre, por otro? Tal es la principal cuestion teórica cuya solucion se hace necesaria. Pero no existe ningun mal, por terrible que sea, cuyo horror no pueda ser exagerado, y la mayor parte de nuestros lectores habrán visto indudablemente en los pasajes que dejamos

(1) V. Considérant, *Destinée sociale*, I, pág. 134.

transcritos que las exageraciones abundan en los alegatos que los más eminentes y leales socialistas nos han presentado. Es indudable que muchas de sus afirmaciones son irrefutables, pero hay también otras muchas que provienen directamente de errores de economía política. No quiero yo dar á entender, y lo digo de una vez para siempre, que estos socialistas rechazan las reglas prácticas de política que los economistas han planteado. Quiero decir que no tienen presentes ciertos hechos económicos y ciertas causas que son las que determinan los fenómenos económicos de la sociedad, tal como ésta se halla hoy constituida.

En primer lugar, es cierto desgraciadamente que los salarios del trabajo ordinario, en los países de Europa, son de todo punto insuficientes para satisfacer siquiera en una razonable medida las necesidades materiales y morales de la población. Pero añadir que esta remuneración insuficiente tiende á disminuir, y que hay, según afirma M. Louis Blanc, una continua baja en los salarios, es ponerse en contradicción con los resultados de las más serias investigaciones y con un gran número de hechos de todo punto notorios. Todavía está por demostrar que exista un país en el mundo civilizado en que los salarios corrientes del trabajo, evaluados en dinero ó en artículos de consumo, vayan en disminución; al contrario, hay muchos países en que van en un aumento ostensible, y este aumento, lejos de moderarse, va en progresión ascendente. Sucede de cuando en cuando que algunos ramos de la industria se ven poco á poco suplantados por otros; y entónces es cuando el precio de los salarios disminuye hasta tanto que la producción vuelve á equilibrarse con la demanda. Esto es un mal indudablemente, pero un mal transitorio y que puede ser remediado aún dentro del actual sistema de economía social. Toda rebaja de este género en la remuneración del trabajo de una industria particular supone un aumento de remuneración ó una nueva causa de remuneración en otra industria; y así pues, la remuneración total ó media no disminuye, ántes bien aumenta. Para saber si una disminución aparente del precio de los salarios en uno de los grandes ramos de la industria es verdadera, es preciso siem-

pre comparar un mes ó un año de depresion particular y accidental en el tiempo presente al tipo medio, ó si se quiere á un tipo excepcional y elevado de una época anterior. Las vicisitudes de los salarios son indudablemente un gran mal, pero han sido tan frecuentes y tan crueles como hoy en los primeros tiempos de la historia económica. Como las transacciones se verifican en mayor escala y el número de las personas interesadas en cada fluctuacion es tambien mayor, la oscilacion parece más considerable. Pero aún cuando una parte más numerosa de poblacion dé mayor número de víctimas, el mal no recae de un modo tan pesado sobre cada una de ellas individualmente. Infinidad de pruebas atestiguan que el modo de vivir de la poblacion obrera de los países de Europa va mejorando paulatinamente, y ninguna sería puede aducirse para demostrar que empeora. Si se halla alguna apariencia de lo contrario, es porque se examina un hecho local de cierto alcance, que puede atribuirse siempre á los resultados de una calamidad transitoria, ó de una ley desacertada, ó de una loca medida del gobierno, efectos todos que pueden ser remediados. Por el contrario, las causas permanentes obran todas en pro de la mejora.

M. Louis Blanc, aunque revelando mayores luces que la antigua escuela de los niveladores y de los demócratas, puesto que reconoce la relacion que existe entre la baja de los salarios y la extraordinaria rapidez del aumento de la poblacion, parece seguir el error en que incurrieron Malthus y sus discípulos, error que consistía en suponer que, toda vez que la poblacion crece con mayor rapidez que las subsistencias, debe ejercer siempre sobre éstas una presion más fuerte. La diferencia entre los antiguos adeptos á la escuela de Malthus y M. Louis Blanc consiste en que los primeros veían en este alejamiento un efecto incoercible, y M. Louis Blanc lo considera gobernable, aunque por este solo medio: la aplicacion de un sistema de comunismo. Mucho terreno gana la verdad con que se llegue á reconocer que la tendencia al excesivo crecimiento de la poblacion es un hecho del cual debería ocuparse el comunismo ó bien el actual órden social. El que esta necesidad se halle reconocida por los principales jefes de todas

las actuales escuelas de socialismo, da sobrados motivos para regocijarse muy de véras. Owen y Fourier la han admitido del mismo modo que M. Louis Blanc, y han reclamado en pro de sus respectivos sistemas el honor de resolver con mejor acierto que los demas esa dificultad. De todos modos, la experiencia demuestra que, en el estado actual de la sociedad, la presion de la poblacion sobre las subsistencias, causa principal de la extraordinaria baja de los salarios, áun dado que sea un gran mal, no es un mal que la agrava. Por el contrario, el progreso de todas las ventajas resumidas bajo el nombre de civilizacion, es constante, ya por el aumento de medios para facilitar trabajo á los obreros y asegurarles ese medio de subsistir, ya por el aumento de facilidades que ofrecen al trabajo una salida en nuevos países, en terrenos desocupados en los cuales puede ser empleado, ya por último merced á los progresos generales de la inteligencia y á la prudencia de las poblaciones. Estos adelantos se realizan indudablemente con alguna lentitud, pero su existencia tiene una gran importancia, toda vez que aún nos hallamos en los primeros albores del movimiento en favor de la educacion de la totalidad del pueblo, la cual, á medida que vaya extendiéndose, aumentará considerablemente la fuerza de estas dos causas de progreso.

Es preciso, pues, averiguar qué forma de sociedad puede resolver con mayor acierto el problema de la presion de la poblacion sobre las subsistencias, y en esta cuestion el socialismo tiene mucho que enseñarnos. Lo que se ha considerado como su parte débil durante mucho tiempo, constituye, á lo que parece, su principal elemento de fuerza. Pero el socialismo no tiene derecho á creerse el único medio de evitar la degradacion general y creciente de la humanidad que resulta de que la pobreza tiene por efecto particular el producir un exceso de poblacion. La sociedad, tal como actualmente se halla constituida, no camina hácia semejante abismo; al contrario, va alejándose de él poco á poco, y es probable que esta mejora continúe desarrollándose, á ménos que la adopcion de leyes disparatadas llegue á impedir este resultado.

Además, es preciso observar que los socialistas en general, sin excluir siquiera á los más ilustrados, están muy léjos de

conocer á fondo los efectos de la competencia. Ellos no ven sino la mitad de estos efectos y hacen caso omiso de todo lo demas. Ellos consideran la competencia como una travesura cuyo único objeto es el de reducir la remuneracion de cada individuo, para obligarle á aceptar un salario menor en cambio de su trabajo ó un precio menor por su mercancía. Esto podría ser verdad indudablemente, si cada individuo estuviese obligado á disponer de su trabajo ó de su mercancía en favor de un gran monopolista, y si la competencia existiese toda de una sola parte. Ellos no tienen presente que la competencia es una causa de alza ó de baja del valor; que los compradores del trabajo y de las mercancías se hacen entre sí la misma competencia que los vendedores, y que si la competencia produce la baja del precio del trabajo y de las mercancías, tambien logra impedir que ese precio llegue á ser más insignificante. En realidad, cuando la competencia es perfectamente libre por una y otra parte, no tiende particularmente ni á subir ni á bajar el precio de los objetos, sino á igualarlos, á nivelar las desigualdades de la remuneracion, reduciéndolas todas á una media proporcional, resultado deseable, segun los principios socialistas, en la medida sobrado imperfecta en que hoy se verifica. Pero prescindamos por ahora de aquellos efectos de la competencia que producen el alza de los precios, fijemos nuestra atencion en los que ocasionan su baja y considerémoslos únicamente en su relacion con los intereses de las clases obreras. Nosotros creemos que si la competencia disminuye el precio de los salarios y da, por consiguiente, á las clases obreras un motivo de sustraer, si es posible, el mercado del trabajo á los efectos de una competencia desenfrenada, es preciso reconocer tambien que hace bajar el precio de los objetos en que se invierten los salarios, con gran ventaja de los hombres que viven del precio de su trabajo. Para prescindir de esta consideracion, los socialistas, segun hemos visto en la cita de M. Louis Blanc, se limitan á afirmar que la baja del precio de las mercancías, producida por la competencia, es ilusoria y contribuye en último resultado á una elevacion de precios mayor que ántes. En efecto, cuando el competidor más rico llega á deshacerse de sus rivales, queda dueño del

mercado y puede exigir el precio que quiere. La experiencia más vulgar enseña, pues, que este estado de cosas, bajo el régimen de una competencia verdaderamente libre, es de todo punto ilusorio. El competidor más rico no se deshace de todos sus rivales; no podría conseguirlo; no llega á quedarse en plena posesion del mercado. Ningun ramo importante de la industria ó del comercio, repartido ántes entre un gran número de individuos, ha llegado á ser objeto de monopolio por parte de un pequeño número. Esto puede suceder cuando en los ferro-carriles, por ejemplo, no es posible la competencia sino entre dos ó tres grandes compañías; entónces las operaciones se hacen con una escala demasiado grande y que por consiguiente no se halla al alcance de los pequeños capitalistas que especulan con sus propios recursos. Hé aquí una de las razones que existen para que los negocios que exigen el concurso de la asociacion de los capitales no puedan quedar abandonados á la competencia, y hé aquí tambien por qué cuando el Estado no los reserva para sí, es preciso que se lleven á cabo en virtud de ciertas condiciones que él mismo prescribe y modifica de cuando en cuando, con objeto de facilitar al público algunos servicios con mayor economía de la que podría ofrecer el interes privado, libre de una eficaz competencia. Pero en los ramos ordinarios de la industria no hay competidor bastante rico para arrojar á sus competidores más débiles. Hay negocios que tienden á pasar de las manos de un gran número de pequeños productores ó comerciantes, á las de un número más reducido de productores ó de comerciantes de mayor importancia. Pero, cuando esto sucede, es porque la posesion de un gran capital permite adoptar un conjunto de medios más poderoso y más productivo, gracias á procedimientos más costosos, ó conducir los negocios con arreglo á un sistema mejor concebido y más económico. Estas mejoras permiten al comerciante en grande surtir de mercancías, legítimamente y de un modo continuado, con gran ventaja de los compradores, y por consiguiente de las clases obreras, á precios más económicos que si hiciese sus negocios en una escala más reducida. Ellas disminuyen tambien el despilfarro de los recursos de la sociedad tan deplorado por

los socialistas, esa innecesaria multiplicacion de los simples agentes de distribucion y de todos esos personajes que Fourier llama parásitos de la industria. Verificado ya este cambio, es muy raro que los grandes capitalistas que negocian con sus propios recursos, ó que se asocian á varios accionistas para repartirse la industria en cuestion, sean demasiado numerosos en un ramo determinado, para que la competencia deje de continuar entre ellos. De este modo, la disminucion de gastos, que les permitía vender más barato que los comerciantes en pequeña escala, continúa pasando como ántes á los compradores bajo la forma de baja en los precios. Por lo tanto, el efecto de la competencia en la baja de los precios de las mercancías, incluso aquellas en que tienen que gastarse los salarios, no es de ningun modo ilusorio, sino muy cierto y positivo, y hasta podemos añadir que, muy léjos de declinar, va en aumento.

JOHN STUART MILL.





LA FAMILIA REAL DE EGIPTO.

I.



Los siguientes renglones relativos al estado presente de la familia del Khedive mostrarán bien á las claras no existir, al ménos al presente, peligro alguno de que llegue á extinguirse la raza de Mohamed Alí.

El árbol genealógico que acompaña á este trabajo, aunque no del todo acabado, deja ver, al primer golpe de vista, los nombres de todos los personajes, vivos ó muertos, de que en el curso del artículo habremos de hacer mencion.

De dia en dia aumenta el número de personas que viajan por el Egipto, país para muchos digno de toda atencion; por lo tanto, así á estos como á otros individuos que hayan de pasar la vista por estas páginas, puede interesar tener á mano un cuadro exacto de las ramas más importantes de la familia reinante y de su respectiva extension.

Este interes sube de punto si se considera que es tanta la ignorancia en la materia, que en todas las citas que suelen ocurrir en los periódicos que llegan á nuestras manos, hallamos crasas inexactitudes que van á unirse con los defectos y

errores de las listas que aparecen en las Guías, por lo general tan incompletas como incorrectas.

Tampoco el rápido desarrollo que adquiere la familia que nos ocupa se ve amenazado de estar con el tiempo expuesto á carecer de las comodidades y holgura de la vida palaciega, puesto que el número de edificios que pueden ser clasificados entre los palacios pertenecientes á sus miembros se eleva á treinta ó cuarenta, y nadie ignora que uno de los más frecuentes temores que han asaltado siempre al Khedive ha sido el ver levantar sobre las gradas del suyo algún trono extranjero.

En efecto, como este mismo personaje confesó á M. de Leon, que poco há suministró á la prensa datos tan interesantes acerca de la «Antigua familia de Bondage,» su dicho favorito es que, como cada uno tiene su manía, la suya es la de edificar: *j'ai une manie en pierre.*

Quizas la propia experiencia haya suministrado á M. de Leon esta conclusion; pero ¿qué edificios son esos levantados á costa de tantos millones en una tierra en que el clima preserva los templos faraónicos, y en que el tiempo destructor mueve tan poco sus brazos que apénas nos deja sentir su funesto influjo? ¡Qué inexpugnables castillos para embellecer durante muchos millares de años el delta del Nilo no hubieran podido levantarse con la quinta parte de la cantidad invertida en la ereccion de esas débiles construcciones que se cuarteán aún en vida del que las hace construir, y que quizas la supersticion impedirá sean habitadas ó reparadas por los que han de sucederle!

Empero el palacio egipcio no puede ménos de ser una costosa página de la historia de la edad que lo ha producido, debiendo llamar no poco la atencion del viajero el que las ruinas del Egipto moderno se extiendan más que las de los antiguos tiempos.

No entra en nuestro plan penetrar en lo interior de estos palacios, y por lo que al mismo Khedive respecta, no intentaremos tampoco ponderar en conjunto los diversos aspectos que ofrece al historiador la diversidad de su carácter.

Por consiguiente, sin entrar en el análisis de este persona-

je, como déspota, como comerciante, como recaudador de rentas públicas, etc., etc., le consideraremos tan sólo, y esto incidentalmente, en relacion á sus deudos y como padre de la familia que tantas simpatía le merece.

Muchos de los que han formado opinion ménos lisonjera de Ismail Pacha como gobernante, admitirán sin dificultad alguna que bajo este punto de vista es precisamente donde más brillan las buenas cuáldades que le distinguen.

Nuestro objeto, pues, es presentar á nuestros lectores á toda la familia de Mohamed Alí, y al dar á conocer á los miembros más importantes de ella, nos detendremos con especialidad en los hijos del Khedive, pues cualesquiera que sean los cambios que la Providencia reserva en sus arcanos al Egipto, han de ocupar, sin duda alguna, los altos puestos de su país, poseyendo, como poseen, las cualidades necesarias para la administracion de los asuntos públicos.

A fin de que esta galería de retratos de la dinastía egipcia sea la más completa, detendremos un instante nuestros ojos en los acontecimientos que en silencio se elaboran y fermentan en los ántes tan misteriosos y recónditos senos del haren; porque estamos convencidos de que, por ligero que sea, bajo este último aspecto, nuestro estudio, al reflejarse exteriormente lo que se oculta en lo interior del hogar doméstico, adquiriremos idea exacta de la educacion que en él recibe la real familia, y podremos columbrar, decimos mal, ver de cerca y casi palpar los resultados que en tan gran escala han de contribuir á la necesaria regeneracion de todo el país.

II.

El Khedive tiene cuatro mujeres que en nuestro estudio llamaremos princesas, la primera de las cuales tiene dos hijas, Tafideh Hanoum, esposa de Mansour Pacha, hijo de Ahmed Pacha, uno de los hermanos de Mohamed Alí; y Fatmeh Hanoum, viuda de Toussoun Pacha, ya difunto y único hijo de Said Pacha.

La segunda de las anteriores princesas es madre del cuarto hijo, Ibrahim Helmy, del virey y de Zeynab Hanoum, ya muerto. Aunque la princesa de que hablamos ha tenido otros varios hijos, todos ellos murieron en edad tierna, debiendo advertir que, á haber vivido, el mayor sería hoy el heredero del trono egipcio.

Aunque la tercera princesa no ha tenido sucesion, siguiendo la costumbre del país, adoptó por hija á Faikeh Hanoum, que pocos años há casó con Mustafá Pacha, hijo del malogrado *Mufettish*, Ismail Pacha Sâdyk, cuya carrera y postrimerías proporcionan página tan lúgubre á los anales del Khedive. Inmediatamente despues de la estrepitosa caída de su malhadado suegro, se divorció de su marido, habiendo entre tanto adoptado una segunda hija.

La cuarta princesa es madre de Mohamed Tewofik Pacha; pero no fué exaltada á la dignidad de esposa sino muchos años despues del nacimiento del heredero de la corona, y miéntras las otras tres compañeras suyas habitan un palacio único, esta última vive enteramente separada de ellas en compañía de su querido hijo.

III.

En crisis como la presente, es de gran importancia para los que se interesan por la suerte del pueblo egipcio dar á conocer el carácter del hijo mayor del virey.

Ante todo, consignemos con satisfaccion que quizas en toda la familia sea muy difícil hallar otro individuo mejor dispuesto por naturaleza para ocupar el puesto de heredero del trono «constitucional» de Egipto, que Mohamed Tewfik Pacha. Esta esperanza, que para muchos deja de ser tal, teniendo, como tiene, todos los caracteres de la certeza moral, se robustece ante la consideracion de la estima en que, tanto por su calidad de príncipe mahometano, como por la de ministro, que desde muy atras ha estado en frecuente contacto con los

Europeos, es tenido por todos los que tienen el alto honor de conocerle.

En efecto, por lo que respecta al dicho de los europeos acerca de su augusta persona, todo el mundo sabe que en el personaje en cuestion se hallan combinadas por una parte la más sencilla y acertada disposición, y por otra la más elevada inteligencia. Y téngase en cuenta que al decir europeos no decimos viajeros ó personas cuyos conocimientos acerca del Egipto pudieran tenerse por superficiales, sino que nos referimos á testigos presenciales que por largo tiempo han permanecido en el país, y que por su posición ú otras circunstancias han contado con todos los medios necesarios para que su opinión sea altamente respetada, debiéndosela considerar como única fuente de esa fama universal que corre de boca en boca por todos los ángulos de la más privilegiada de las partes del mundo. Asimismo, por lo que al sentir de los egipcios respecta, aunque pocos son los que apartan sus ojos de lo que es ó tiende á ser europeo, y no abundan entre ellos quienes intenten estudiar ó apreciar las cualidades del pueblo en que en otros tiempos cifraron su esperanza, todavía aquellos que han dedicado algunos momentos al estudio de la opinión patria, no habrán por cierto podido recoger, ora de la boca del prócer, ora de la del mendigo, palabra alguna que pueda defraudar en lo más mínimo las esperanzas que á todos hacen concebir las altas prendas que distinguen al príncipe heredero. Esta es la causa por que, no sólo dentro del palacio y en los últimos confines de sus propios dominios, sino también en todas las naciones se le atribuyen aquellas cualidades que precisamente son necesarias para llevar á cabo la árdua y difícil regeneración del pueblo, que dentro de muy poco quizás ha de proclamarlo soberano. En suma, así como por causas que sin que sean estudiadas por el filósofo ni consignadas por el historiador, todo el mundo sabe que los egipcios pertenecen á una raza negligente y apática, y que pocos son los que en el Cairo tienen idea distinta sobre si Mohamed Pacha es ó no el heredero del trono de Mohamed Alí, así también ha de tenerse como verdad incontestable que todos miran al jóven príncipe con ese pro-

fundo sentimiento de respeto y afecto que desde luego puede tenerse como augurio cierto de futura felicidad.

En el orden físico considerado, Tewfik Pacha es de fuerte constitucion, habiendo adquirido durante los últimos años considerable robustez. Su semblante es caracterizado por expresion tan franca y agradable, que por ella y por sus finas y naturales maneras desde luego cautiva las más íntimas simpatías. Al considerar, por el contrario, la educacion intelectual del futuro virey, desde luego echaremos de ménos muchas de las ventajas que han estado á disposicion de sus hermanos.

En efecto, jamás ha viajado por Europa, porque en la realizacion de un viaje proyectado en 1870, entre cuyos puntos de parada se contaba Inglaterra, pudo llegar tan sólo á Viena, en donde el rompimiento de las hostilidades entre Francia y Prusia le obligó á desistir de su proyecto. Además, su primera educacion consistió en la iniciacion en algunos rudimentos de la literatura turca y árabe, entre los que debe contarse, por supuesto, el estudio del Koran. Bien pronto se añadieron á estos estudios otros que necesitaron la presencia y direccion de algun europeo, y á este efecto formóse una especie de escuela en provecho, tanto de los tres hijos del Khedive, como de uno de sus sobrinos y un primo del mismo, siendo al efecto llamado para presidir los estudios un oficial frances, con el cual los jóvenes príncipes estudiaron la lengua francesa, mientras que el ramo de educacion oriental continuó en manos de profesores egipcios y turcos.

Pasáronse algunos años en estos estudios, y sintiéndose ya los augustos estudiantes en disposicion de sufrir exámen del programa previamente señalado por el virey, se disolvió la escuela, y como luego veremos, dos de los hijos de aquél fueron en consecuencia enviados al extranjero para continuar sus estudios, mientras que el hijo mayor se vió obligado á permanecer en su patria que ya no es, por desgracia, como en otro tiempo, madre de las artes y de las ciencias.

Tewfik Pacha es sincero admirador de Inglaterra, y nada puede causarle más sentimiento que el no haber podido hacer en este país sus estudios, ni haber podido aún visitar sus venturosas playas.

Todos sus conocimientos en la lengua inglesa los debe á sus propios esfuerzos, habiendo recibido tan sólo los primeros rudimentos de un caballero turco, que por mucho tiempo ha estado á las órdenes del Khedive, y que habla corrientemente el inglés. El resultado de todos estos estudios, que podríamos llamar vagos y destituidos de sólido fundamento, ha sido que el príncipe pueda hablar algun tanto esta lengua, y leer; como en efecto lo hace, el conocido periódico *The Times*.

En vista de todo esto, quizá parezca á los extranjeros inexplicable paradoja, que haciendo el virey tantas veces pública profesion de su sentimiento por no poder hablar el inglés, haya, sin embargo, dejado de suplir en su hijo la falta que en sí mismo nota; pero téngase entendido que aún no es tarde para que esto se lleve á feliz término, y quizá ya no hay que esperar la oportunidad de hacerlo, porque el actual secretario, aunque frances, es excelente hablista inglés y el príncipe gusta mucho de hablar con él, ya en una, ya en otra de las referidas lenguas.

La ligera reseña que acabamos de hacer sería incompleta si no hiciésemos alguna alusion á una idea que ha ganado ya mucho terreno tanto en los europeos residentes en Egipto como en los que por mero recreo se dirigen á ese país. Nos referimos á la creencia general que existe acerca de la influencia que hayan podido ejercer en el ánimo del futuro Khedive los encargados de su educacion, puesto que todos ellos, sin excepcion, han pertenecido á la antigua escuela. Confesaremos ingenuamente que el jóven príncipe posee inclinacion natural por las materias serias y religiosas, así como tambien es verdad que en cierta época empleaba indebida proporcion de tiempo con instructores de la índole del célebre Azhar; pero de ningun modo debemos deducir de aquí que semejantes fuentes hayan logrado hacer penetrar en su espíritu el menor átomo de intolerancia.

Por lo tanto, si es cierto que el príncipe es sincero creyente en las doctrinas del Islam, tampoco lo es ménos que los pequeños y enjalbegados dombos que se levantan en torno á los espléndidos muros del palacio prueban evidentemente que sabe respetar los sentimientos religiosos de los pobres y

contribuir á la ereccion de los pequeños monumentos con que cada uno de los musulimes egipcios se deleita en honrar la memoria de algun santo local. Pero se equivocaría muy mucho quien dijese que el príncipe se halla en manera alguna dispuesto á mirar con ojos favorables al elemento fanático, tal cual hoy existe en Egipto, ó á patrocinar cualquiera de las formas bárbaras con que se presenta el pseudo-Islam.

Quizas alguna de las opiniones contrarias á nuestro parecer sea efecto natural de la presencia del príncipe en las fiestas semi-religiosas que constan de ordalias tales como la que lleva el nombre de *Doseh*; pero, aunque no podemos negar el hecho, diremos que el príncipe siente más que nadie profundo desprecio por esos espectáculos desconocidos por el Islam ortodoxo, y que tan luégo como le sea permitido usará de toda su influencia para abolirlos ó al ménos reformarlos. Su presencia en tales ocasiones, más que otra cosa, es acto de perdonable cortesía para con el Sheikh-el-Bekri ó Archi-Dervis de Egipto, y no puede en modo alguno decirse que contribuya á la perpetuacion de costumbres que, léjos de vivir siempre, irán así alargando no más los momentos de su ya prolongada agonía.

En resúmen, el príncipe es buen muslim y tiene valor para practicar la religion que profesa; pero ninguna persona que haya tenido el honor de conocerle de cerca podrá dejar de convencerse de que considera al progreso como cosa muy buena y capaz de ser totalmente compatible con la ortodoxia que es objeto de su fe.

Antes de pasar á otro punto de los que hemos de tratar, diremos que en estos últimos años el príncipe ha ocupado la presidencia del Consejo de Ministros y ha sido Ministro del Interior, atendiendo regular y puntualmente á los deberes del Divan.

Digamos alguna que otra palabra acerca de su vida pública.

El príncipe ha creado y al presente mantiene á sus expensas varias escuelas, mostrando interes por el progreso real de la educacion, como lo prueba la gran escuela del Cairo.

que por tantos años viene produciendo frutos excelentes bajo su patrocinio, y las escuelas de orden inferior que en varios distritos rurales son evidente demostracion de su celo y liberalidad.

En 1873 contrajo Mohammed Tewfik matrimonio con Amineh Hanoum, hija de El Hâmi Pacha, de la cual ha tenido varios hijos, que no deberían ocupar por el momento nuestra atencion por ser todos de muy corta edad; pero creemos deber hacer una excepcion en favor del mayor, que ahora tendrá unos cinco años, porque á todos interesará, sin duda, saber que el real infante, que, si Dios no se opone á ello, debe suceder á su padre con el nombre de Abbass II y ser en consecuencia el sétimo gobernante de la dinastía, va educándose estrictamente segun nuestras ideas, por estar por completo en manos de un aya inglesa.

Los que tengan algun conocimiento, por superficial que sea, de las costumbres y preocupaciones turcas, comprenderán qué innovaciones tan radicales radican en el hecho que acabamos de enunciar, puesto que todas las ideas sobre que vamos llamando la atencion de nuestros lectores son diametralmente opuestas á las teorías y prácticas del harem.

Digamos, por último, que el nuevo retoño de la casa que nos ocupa va, por decirlo así, mamando con la leche la lengua inglesa, de manera que, segun todos los indicios, llegará á hablarla como su lengua nativa.

Por consiguiente, segun todo lo que desde la distancia que nos separa de la época á que se remontan nuestras esperanzas, podemos entrever en los destinos del heredero del virey, creemos que sobran datos para formar de él la opinion más favorable, puesto que tan difícil es encontrar faltas que lleguen á oscurecer el resplandor que lo ilumina, como fácil y hacedero darle mayor incremento poniendo de relieve lo que la justicia y la verdad nos manifiestan cuando examinamos sus incomparables cualidades. Si bien pudiera notarse ausencia de prendas muy relevantes, las virtudes negativas de su carácter incluyen todas las positivas que el más descontentadizo desearía ver brillar en el futuro Faraon.

No exageraremos diciendo que es sumamente difícil encon-

trar otro príncipe, fuera del que nos ocupa en estos momentos, en quien influya ménos el elemento perturbador de la intriga ó el tan odioso del capricho, de suerte que puede asegurarse, sin temor de ser desmentido, que su política estará siempre inspirada en las más puras fuentes de la honradez y rodeada de consejeros de igual carácter, puesto que el príncipe aborrece de muerte los menores indicios de la doblez y no sufrirá á su lado á ninguna persona, por elevada que sea su categoría, que para sus planes eche mano de ese cáncer de las córtes.

El príncipe ha estudiado con gran interes la historia de su bisabuelo Mohamed Alí, que no há mucho pudo hacer la crítica de su vida. Conoce las dificultades que presenta la actual posicion del Egipto, y ardientemente espera la llegada de tiempos más prósperos, á cuyo propósito, sin que tratemos de intrincarnos mucho en los tortuosos y oscuros senderos de lo futuro, nos creemos con datos suficientes para asegurar que, si llega el príncipe á adquirir posicion más segura que la presente, y algun desahogo en el manejo de las riendas del Estado que la Providencia le confia, ha de desplegar todas y cada una de las fuerzas propias de sus elevadas facultades, no para el fomento de las rastreras miras del egoismo y la ambicion, sino para elevar al Egipto á la altura de donde la historia le ha visto descender.

Así, pues, esperamos que su esclarecido nombre ocupe el lugar que le corresponde entre los más esclarecidos de la dinastía, en las crónicas de Faraones, Sultanes, Califas y Pachas, que no solamente buscaron riquezas y poderío, sino tambien el bienestar y el afecto de sus pueblos.

IV.

Muy diferente es la exterior apariencia del carácter de Hussein Kiamil Pacha, segundo hijo del Khedive.

De genio preocupado, aunque no en tanto grado cuando se le mira de cerca como cuando se le considera á alguna distancia, desde luégo inspira la idea de estar dotado de más activa é incansable disposicion que su hermano mayor.

Al primer golpe de vista, lo que ante todo llama en él la atención es la mirada penetrante de sus hermosos ojos. En edad tiene como un año ménos que el príncipe Tewfik, su cuerpo es mucho más débil que el de aquél, y su constitucion no es tampoco tan robusta como la de su hermano, habiéndose visto tan molestado en los años anteriores por enfermedades, que desde entónces se ve obligado á buscar todos los veranos algun remedio contra los rigores de aquellos climas en los bosques y florestas, donde las aguas minerales le ofrecen grato alivio contra la monotonía del Delta, siempre caldeado por el sol, y contra las no muy transparentes aguas del Nilo. Algunas veces las brisas de Swiss, otras las faldas de Evian, y otras la isla de Rodas, son los sitios á este objeto elegidos por el príncipe para reponerse de trabajos como los del Divan del presente año, que lo dejaron sumamente prostrado y con fuertes dolores de cabeza.

En vista de cuanto tenemos dicho, no parecerá ilógico que Paris haya sido el punto elegido por el Khedive para la educacion del segundo de sus hijos, destinado á entrar de lleno en nuestras costumbres, léjos del hogar doméstico.

Cuando el príncipe Hussein salió á este fin para Paris, conocía ya la lengua francesa, de suerte que al poco tiempo de estancia en la capital pudo ya quedar enteramente familiarizado con ella. Dícese que allí inspiró grandes simpatías á la emperatriz, y que su figura llamaba la atención de cuantos le veían.

Al llegar á este punto sentimos no poder decir cuáles fuesen sus estudios en los años empleados en Francia y Suiza, adonde se trasladó y permaneció algun tiempo; pero, sea de esto lo que fuere, lo cierto es que volvió á Egipto enteramente afrancesado en la mayor parte de sus ideas y con capacidad para reconciliarlas con los usos y modas orientales.

A este propósito no queremos pasar por alto una observacion; y es, que todos los príncipes egipcios que han sido educados en el extranjero, no han manifestado la menor dificultad para declararse tan orientales como lo eran anteriormente en el hogar doméstico, de suerte que muchos de los que han podido verlos y tratarlos de cerca, han echado desde luégo de

ver cuán completamente partidarios se han manifestado de todo lo que á su país se refiere.

Desde algunos años atrás, cuando el príncipe ocupaba nominalmente el puesto de ministro de Hacienda, parecía á todos, y no sin razón, que el Khedive cifraba más esperanzas en él que en el verdadero heredero. En efecto, no puede dudarse que como casi todos los hijos del virey, posee este segundo gran dosis de inteligencia; pero no es ménos cierto tampoco que está dotado de aptitud especial para resolver problemas financieros. De todos modos, conste que ningun oficial del ramo tiene más experiencia que él en este departamento en que fué primero Mufettish (Inspector) y luégo ministro. Posteriormente tambien tuvo ocasion de estar en comunicacion con hábiles hacendistas y de comparar algunas de las doctrinas más profundas de economía con las imperfecciones del sistema que se veía obligado á presidir, y que ya desde los días del difunto Mufettish Ismaïl se atrevió á criticar.

Permítasenos retroceder por un momento á los tiempos en que el príncipe fué nombrado Inspector miéntras Ismaïl Sadyk permaneció desempeñando el cargo de ministro de Justicia. En esta época, pues, pudo empezar á ver con sus propios ojos la naturaleza y extension de los males acarreados por la pésima costumbre de agotar, digámoslo así, la vitalidad de los recursos del país, teniendo en consecuencia valor para exponer al virey su opinion en este punto y declararse adversario acérrimo de la mala administracion existente. Para remediarla se había ya informado por completo del carácter del Mufettish, así como de las causas del deplorable estado que presentaban los intereses de las provincias; pero en este tiempo el Khedive no había visto aún la necesidad de reformas reales y, para mal de todos, continuó prefiriendo los servicios del Mufettish á las reconvenciones de su hijo.

Cuando tras grandes presiones de todo género, llegó á verificarse el anhelado cambio, el jóven príncipe ocupó el puesto del ministro caido, y gran elogio merece por la actitud en que se manifestó adversario de Ismaïl Sadyk, al par que entre ambos siguió reinando el mismo aprecio que ántes; pero

bien pronto vino el príncipe á ser sombra de aquél y á caer en la viciada corriente, aunque como es sabido que el Khedive ha sido siempre en todos los departamentos del Estado el único ministro, bien podemos suponer que todos los actos ménos acertados de su hijo fueron efecto de la influencia paterna.

Por lo demas, poco es lo que hemos oido acerca del príncipe durante el desempeño de su nuevo cargo despues de la llegada de M. Romaine y del Baron Malaret; así, pues, únicamente diremos que tan sólo los desesperados acreedores del gobierno egipcio lamentaban que la combatida nave del Estado hubiera sido libertada de Escylla para ser arrojada á las arremolinadas aguas de Carybdis.

En 1873 Hussein Kiamil contrajo matrimonio con su prima Eyn-el-Heiát, hija de Ahmed Pacha, jóven de muy buenas prendas y educacion, que el cielo desde luégo bendijo dándole como fruto de su amor un hijo.

En Hussein Pacha tenemos un príncipe difícil de comprender, y por lo tanto no tan definible como sus restantes hermanos. En efecto, aunque nada desagradable ofrecen sus maneras, sin embargo, son frias y más repulsivas que las de sus hermanos, siendo, como es, este príncipe muy inclinado á que se le trate como lo que es y muy sensible á los incentivos del amor propio, miéntras, segun fama, poco ó nada le preocupa el doble yugo de la Puerta y de las potencias occidentales que hace gemir á su patria.

A veces muestra mucha animacion y ciertos rasgos de agudeza y expansion; pero aún en estas ocasiones se nota la violencia ejercida en su carácter, echándose siempre de ménos la franca y abierta cordialidad que nunca falta á su hermano Hassan, lo cual, aunque sea en gran parte mero efecto de la escasa salud de que disfruta, debe, sin embargo, atribuirse al molde, digámoslo así, enteramente distinto en que ha sido fundido. Si en él hubiesen de recaer las riendas del gobierno egipcio, sería muy probable que, miéntras alardease de no permitir intolerancia de ningun género, no permitiría entrar á más europeos en la administracion que los que fuesen absolutamente necesarios, y éstos precisamente habrían de pertene-

cer á *la grande nation*. Aunque hallamos muy natural esta tan decidida parcialidad por las personas y cosas francesas, que hace se le tenga con justicia por el elemento frances de la familia, sin embargo, no podemos perdonarle no sepa una palabra de Inglaterra y mucho ménos que haga profesion de ser contrario á usos y costumbres que, como queda dicho, completamente desconoce ó no comprende más que por las pinturas que se le han hecho en la que en su arrogancia ha osado llamarse *cabeza del mundo*.

Entre otras cualidades características, el príncipe ha heredado de su padre espíritu tan extremadamente curioso que le hace andar siempre inquiriendo cuanto se hace y áun cuanto se piensa á su alrededor y fuera de él; de donde nace quizas la impresion general que realmente existe en contra suya y le hace sea tenido por más *astuto é intrigante* que los restantes miembros de la familia, aunque en realidad, fuera de su palacio y divan es escasamente conocido y, por lo tanto, nadie ó muy pocos se ocupan en su persona. Por nuestra parte, pues, únicamente podemos referirnos á los que le han tratado con intimidad y que hacen del príncipe los más grandes elogios, gustando mucho de estar en su compañía; de todo lo cual no nos parece pequeña prueba el que cuantos están en su servicio se muestran muy satisfechos de su conducta para con ellos, diciendo que busca en todo y por todo el bienestar de sus dependientes, que escucha cualquier propuesta que se le haga, que es justo y considerado, y que obra en todo como quien, despues de haber ordenado su casa, preside á ella con tan exquisito tacto como falta de todo género de capricho.

V.

Toca ahora su turno al tercer hijo, que no dudamos conservará siempre vivo recuerdo de los cuatro años que pasó en Inglaterra, y que nada ansía tanto como volver á visitar el país deparado por la Providencia, así para la formacion de su carácter, como para ponerle en relacion con muchos amigos que contínuamente piden al cielo por su felicidad.

A sugestion del príncipe de Gales se debió que el Khedive adoptase la idea de enviar á Oxford á Hassan Pacha, en cuyo punto fué recibido precisamente en aquel dia tan memorable en que quedó abierto el Canal de Suez.

Antes de que se trasladase á Oxford permaneció algunos meses bajo la tutela de un coronel del ejército inglés, el cual tuvo á su cargo iniciar al príncipe en las costumbres y maneras propias de la sociedad en que iba á ingresar. Verificado el traslado á Oxford, llegó á adquirir entre todos las mayores simpatías, y, entregándose desde luego de lleno á los azares propios de la vida escolar, granjeóse entre todos sus compañeros tan acendrado aprecio, que no había quien no buscase su compañía y amistad.

En esta ciudad tuvo tambien la gran fortuna de dar con un caballero admirablemente dotado de todas las cualidades necesarias para dirigir la juventud, y especialmente al jóven príncipe, ya durante la permanencia en Oxford, ya durante sus viajes por el continente, ya, por último, al volver á Egipto, é introducir á su augusto y reformado discípulo en la sociedad egipcia.

Al empezar su carrera universitaria se le hacían oír las lecturas de Christ Church, expresamente arregladas para quien aún no conocía sino muy imperfectamente la lengua del país; pero ya desde entónces adquirió bastantes conocimientos y aún antes de ingresar en lo que allí se conoce con el nombre de Sheldonian Theatre, lo cual tuvo lugar tres años despues, hablaba tan correctamente que casi llegó á confundirse con los naturales. Esto nos hace creer que no andamos desacertados al decir que el profesor Bonamy Price formó desde los primeros momentos alta opinion de la capacidad intelectual del real discípulo en las horas que por algun tiempo le dedicó para explicarle los primeros rudimentos de Economía política.

En efecto, el jóven príncipe hizo todo cuanto hubiera podido esperarse del primer miembro de la real familia de Egipto, que uniendo en armoniosas proporciones el deber y el placer, estudiara en las aulas de Isis.

Dedicóse tambien con tanto ahinco al estudio de la gimna-

sia y de la música, que quizás ningun otro turco haya seguido en esta materia con más escrupulosidad los preceptos de Platon, filósofo que, de paso sea dicho, hizo sus estudios á pocas millas del punto en que hoy se levanta el palacio del príncipe Hassan.

Entre todos los hijos del Khedive, este que nos ocupa es el único que ha mostrado aficion á los ejercicios varoniles y á los placeres de lo que los ingleses llaman *sport*, y, aunque es verdad que en Egipto se acomoda, más de lo que era de esperar, á las exigencias de la vida de pachá, sin embargo, no por eso deja de deleitarle dar un galope en la vasta extension del desierto, emplear unos cuantos dias en la caza del ánade y la agachadiza silvestre, hablar, en fin, de los tiempos y lugares en que ha podido disfrutar de estos pasatiempos como no se puede hacer en Egipto. Así, pues, nunca podrá olvidar la primera vez que en compañía de Mr. John Fowler dió muerte á un venado en Ross-shire, ni tampoco la hospitalidad que halló en casa del duque de Sutherland, ni las amabilidades de la familia del dean Liddell, del cual siempre habla con el más sincero respeto y profunda admiracion.

En 1873 dejó el príncipe á Inglaterra para volver á Egipto, precisamente á tiempo que se celebraban los festejos de las bodas de sus dos hermanos mayores, y Hassan Pacha, á su vez, contrajo matrimonio con Khadijeh Hanoum, hija de Mohammed Alí Pacha y nieta de la augusta persona que lleva el ilustre nombre que distingue á dicha señora; pero á los pocos meses despues hubo de ponerse en camino para Berlin con el fin de estudiar el arte de la guerra en uno de los regimientos de dragones.

La educacion anteriormente recibida en Inglaterra no pudo ménos de serle muy útil en la nueva carrera, haciendo que desde luégo y sin dificultad alguna entrase de lleno en el cumplimiento de sus nuevas obligaciones.

Personalmente querido por el emperador y por la princesa, y popular á todos sus compañeros de armas, había ya llegado al grado de *mayor* cuando de repente empezó á organizarse la campaña de Abisinia bajo la direccion de Ratib Pacha. En este tiempo visitaba el príncipe Hassan con licencia el

Egipto, y deseoso de distinguirse en algo, obtuvo, aunque no sin considerable dificultad, el consentimiento del Khedive para acompañar la expedición. El Emperador de Alemania, por su parte, dió también licencia ilimitada al bizarro militar, mas no sin imponer la condición de volver á Berlin tan luégo como quedase terminada la campaña. Á pesar de todo, cuando esta guerra tan desastrosa para los egipcios, y de la que aún no se ha hecho exacta relación, quedó ignominiosamente terminada, el jóven príncipe no volvió á Berlin segun el contrato que tenía hecho con el Emperador, perdiendo de este modo la oportunidad que se le presentaba de completar su carrera, lo cual fué muy sensible, porque la profesion de las armas había sido elegida con mucho tino por él, creyendo cuantos le conocen que hubiera sido la que más convenía á su natural, puesto que acontecimientos posteriores han venido á demostrar de cuánto provecho hubieran sido los estudios, que, sin que sepamos la causa, quedaron en aquel entónces imperfectos y por terminar.

Como decíamos, el príncipe no volvió á Berlin, sino que trasladándose al Cairo, fué destinado á la presidencia del departamento gobernado ántes por su hermano Hasein.

Y ántes de pasar adelante permítasenos transcribamos aquí el texto original del elogio que el emperador Guillermo hizo en la hoja de servicios del príncipe, y que, copiado por algunos periódicos, fué reproducido en grandes caractéres por la prensa egipcia. Dice así:

«Je considère le Prince Hassan, qui sort du cadre de mes officiers de Dragon de la Garde, comme enfant de l'Allemagne, et un officier accompli;—il porte avec lui toutes les vertus et toutes les capacités qui sont le patrimoine d'un bon militaire.»

Ahora nos toca considerar á nuestro ministro de la Guerra al unirse en la última campaña á las tropas egipcias; pero en gracia de la brevedad tan sólo diremos que el papel por él desempeñado durante los meses empleados en Turquía, no fué suficiente para hacer brillar en torno suyo los esplendores de la gloria. Pero, si las empresas llevadas á cabo por los cuerpos egipcios no fueron brillantes, debemos confesar que,

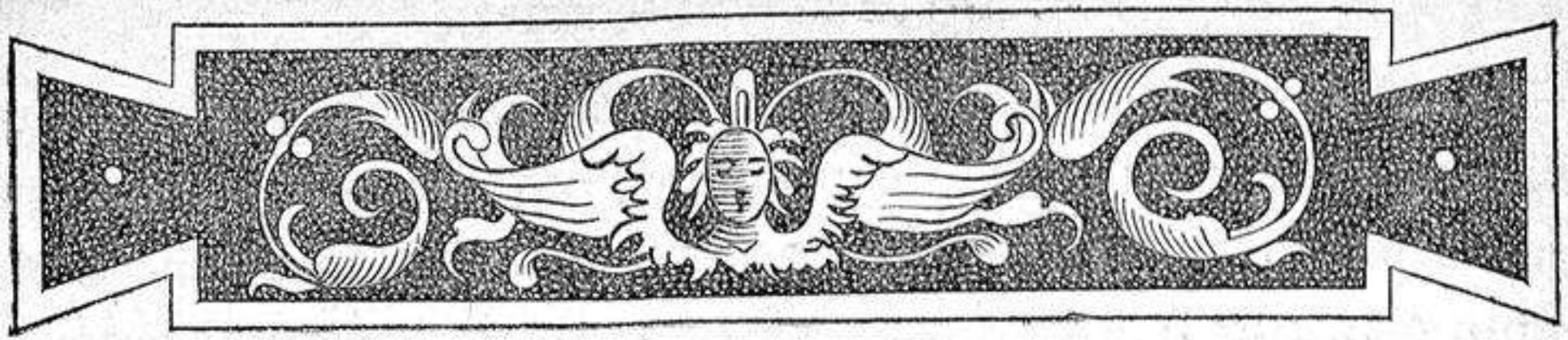
al ménos los europeos residentes en Egipto, no esperaban que hiciesen mucho más, y estamos persuadidos que muchos más bienes hubiesen redundado en favor de todos los elementos puestos en juego si en vez de diezmarlos deshonorosamente en Varna, se hubiese permitido á los pacíficos hijos de los valles del Nilo permanecer en sus hogares para cultivar los fértiles campos que los circundan.

Terminamos este párrafo con la esperanza de que la experiencia de la última guerra habrá hecho comprender al príncipe lo que ántes quizas no comprendía, y que, por lo tanto, no serán infructuosas para él tan tremendas lecciones.

(Se continuará.)

ROLANDO L. N. MICHELL.





ANALISIS Y ENSAYOS

CORRESPONDENCIA DE NAPOLEON I CON EL REY JOSÉ BONAPARTE.

La *Revista histórica* ha publicado recientemente una serie de documentos inéditos acerca de la correspondencia sostenida entre Napoleón I y el rey José. El editor es el barón de Casse, á quien debíamos ya las *Memorias del rey José*. Sabido es que los documentos relativos á las relaciones de Napoleón con sus hermanos, son los que mejor permiten juzgar su carácter y su política.

José fué en aquella época, en el transcurso de muy pocas semanas, embajador de Roma y luego rey de Nápoles. Los despachos que dirigió á su hermano no han visto la luz pública ni en las *Memorias del rey José*, ni en ninguna otra parte, y hay que agradecer á la *Revista histórica* el que los haya dado á la estampa.

No nos detendremos en las cartas enviadas desde Roma, que se refieren á sucesos de una importancia secundaria. En Diciembre de 1797, José se hallaba de regreso en París y acababa de entrar en el Consejo de los Quinientos. Napoleón había partido para la expedición de Egipto, y los dos hermanos comenzaron una larga correspondencia.

El 25 de Julio de 1798, Napoleon, que se hallaba en el Cairo, llegó á saber por cartas procedentes de Paris ciertos rumores nada favorables á Josefina. Esto le produjo un vivísimo disgusto, y escribió á su hermano la siguiente carta, que aparece por primera vez sin supresiones ni modificaciones de ningun género :

—«Ya verás en los diarios políticos el resultado de las batallas y la conquista de Egipto, que ha sido bastante disputada para poder añadir una hoja á la gloria militar de este ejército. Egipto es el país más rico que se conoce en trigo, arroz, legumbres y carne; la barbarie llega en él á su colmo. No hay dinero ni siquiera para pagar á las tropas. Yo podré regresar á Francia dentro de dos meses.—Te recomiendo mis intereses.—Tengo grandes disgustos domésticos, porque el velo está ya completamente levantado. Tú eres la única persona con quien cuento en este mundo, tu amistad es mi más preciado tesoro, y ya sólo me falta para convertirme en misántropo el llegar á perderla y ver que me haces traicion... El poner todos sus sentidos en una misma persona, crea una trisísima posicion... Tú me entiendes.

»Arréglate de modo que yo tenga una casa de campo á mi llegada, ya sea cerca de Paris ó en Borgoña; pienso pasar encerrado en ella todo el invierno; ¡estoy cansado de la condicion humana! Necesito soledad y aislamiento, las grandezas me cansan, mi sentimiento está ya agotado. La gloria es insípida. ¡A los veintinueve años lo he agotado todo, y ya sólo me queda el recurso de convertirme en un verdadero egoista! Pienso conservar mi casa, y nunca se la daré á nadie de este mundo. ¡Ya no tengo de qué vivir! ¡Adios, único amigo mio; nunca he sido injusto para contigo! Tú me debes esta justicia, á pesar de que mi corazon desea serlo... ¡Tú me entiendes! Da un beso á tu mujer.»

En el primer tomo de las *Memorias del rey José* se halla un pasaje histórico que el ex-rey de Nápoles y de España había escrito durante su permanencia en América. Comprende el período transcurrido desde el nacimiento de José hasta su llegada á Nápoles (1806). En la página 97 se ocupa de la muerte del duque de Enghien. Este curioso fragmento no ha sido pu-

blicado en todas sus partes. La *Revista histórica* lo restablece así :

—«Mi madre (dice José) lloraba desconsoladamente y dirigía vivísimos cargos al primer cónsul, el cual la escuchaba sin despegar sus labios. Ella le dijo que era una infamia cuya afrenta no podría él lavar nunca; que él había cedido á los pérfidos consejos de sus propios enemigos, que se complacían en empañar la historia de su vida con una página tan horrible. El primer cónsul se retiró á su gabinete, y poco instantes despues llegó Caulaincourt, que volvía de Strasburgo. Quedó sorprendido al ver el dolor de mi madre, y ésta se apresuró á manifestarle la causa que lo producía. Al escuchar tan fatal noticia, Caulaincourt se golpeó la frente, y mesándose los cabellos, exclamó : ¡Ah! ¿por qué me habré yo visto obligado á figurar en esa funesta expedicion?

»Veinte años han transcurrido desde aquel suceso, y recuerdo perfectamente que algunas de las personas que procuran hoy ocultar la parte que en él tomaron, se alababan entónces como de una cosa digna de encomio y aprobaban resueltamente aquel acto. Yo, por mi parte, experimenté una gran pena, producida por el respeto y el apego que tenía al primer cónsul, y creí que todo aquello amenguaba su gloria.

»Algunos dias despues, mi madre me dijo que había tenido la suerte de hacer llegar á manos de una dama á quien el príncipe tenía gran cariño, su perro y algunos objetos que la habían pertenecido.

»Llego ya al grande é importante acontecimiento que colocó la corona imperial sobre la cabeza del primer cónsul; transcurrieron algunos meses entre su eleccion y su coronacion. Durante este tiempo, el emperador, queriendo dar al trono toda la dignidad y todo el respeto que necesita el poder monárquico, restableció la antigua etiqueta y la hizo observar escrupulosamente. Desde este momento mis relaciones con él fueron ménos íntimas, y durante algun tiempo me encontré, en atencion á mi grado y á mis funciones, relegado en el salon de espera más distante de sus habitaciones.

»Yo no me dí por resentido y comprendí perfectamente que todo esto era una cosa natural y necesaria. Pero no faltaron

gentes, cortesanas ó no, que fingiendo gran amistad, censurasen la conducta que Napoleon observaba conmigo.»

En 1805, Napoleon dispuso que José fuese rey de Nápoles. Envióle los consejeros de Estado Miot de Mérito y Rœderer. Antes de mandar al primero, le hizo entrar en su gabinete y le dijo:

—»Dentro de poco os hallareis al lado de mi hermano. Decidle que le haré rey de Nápoles, que continuará siendo Gran Elector y que no cambiaré en nada sus relaciones con Francia; pero decidle tambien que no se ande con vacilaciones ni con incertidumbres, porque he pensado ya en la persona que ha de reemplazarle si él no acepta mis proposiciones. La conducta de José en Saint-Cloud y su obstinacion en no aceptar la corona de Lombardía, es lo que me ha hecho nombrar á Eugenio hijo mio. Estoy decidido á tener otro hijo más, si él continúa obligándome á ello. *Todas las afecciones de cariño ceden ahora á la razon de Estado. Yo no reconozco por parientes sino á los que me sirven.* No es al nombre de Bonaparte al que se halla ligada mi familia, sino al nombre de Napoleon. Yo no necesito ninguna mujer para tener un heredero. Los hijos los hago yo con mi pluma. Yo no puedo querer hoy sino á las personas que considero dignas de mi estimacion. Es preciso que José olvide todos esos lazos y todas esas relaciones de la infancia; que se haga estimar; que adquiera alguna gloria; que se haga romper una pierna; que no tema ya la fatiga, porque únicamente despreciándola es como puede uno llegar á ser algo. Aquí me teneis á mí: la campaña que acabo de hacer, la agitacion y el movimiento me han obligado á engordar. Yo creo que si todos los reyes de Europa se coaligasen contra mí, acabaría por echar una panza ridícula.

»Yo proporciono á mi hermano una excelente ocasion. Que gobierne con prudencia y energía sus nuevos Estados; que se muestre digno del trono que yo le doy. Pero estar en Nápoles, adonde llegará probablemente ántes que vos, no significa nada. Yo no creo que él haya tenido que vencer ninguna resistencia; es preciso conquistar la Sicilia. Es preciso que emprenda esta guerra con extraordinario vigor; que

se ponga frecuentemente á la cabeza de sus tropas; que tenga gran entereza, porque éste es el único medio de hacerse querer de los soldados. Yo le dejaré 14 regimientos de infantería y 5 brigadas de caballería, que suponen en junto unos 40.000 hombres. Que me conserve esa parte de mi ejército; ésta es la única contribucion que yo le exigo. Sobre todo, debe impedir que X*** continúe robando. Yo quiero que lo que haga pagar á los pueblos del reino de Nápoles redunde en beneficio de mis tropas y no sirva para enriquecer á unos cuantos bribones. Lo que se ha hecho en los Estados venecianos es verdaderamente espantoso. Eso no debe continuar así. Que lo despida, pues, en cuanto ocurra un caso de malversacion.

»En cuanto á Rœderer, no he querido rehusárselo á mi hermano. Es un hombre de talento que podrá serle muy útil. El es ya suficientemente rico. Que no deje mi hermano deshonrar su carácter.

»Lo habeis oido, yo no puedo tener parientes en la oscuridad. Los que no se eleven conmigo dejarán de pertenecer á mi familia. *Yo hago con ellos una familia de reyes que contribuirán más y más á mi sistema federativo.*»

Napoleon fijó en estas conversaciones ciertas reglas de las cuales no se apartó nunca. Por otra parte, José le demostraba una tierna amistad, como lo prueba aquella carta que dirigió desde Nápoles á su mujer la reina Julia, que por entónces se encontraba en Paris:

—«Mi querida Julia: He recibido tu carta del 11; sé que tu salud no es buena; ¿por qué te empeñas en ir los domingos y los lunes á las Tullerías? Debes quedarte en tu casa y ocuparte exclusivamente en restablecer tu salud; ya sabes que no hay nada que tanto la perjudique como las vigiliass y los disgustos.

»Todo va bien por aquí; la ciudad está tranquila; me ocupo mucho en los negocios y veo con satisfaccion que va obteniéndose algun resultado; emprenderé la expedicion de Sicilia tan pronto como disponga de los elementos necesarios, pero no debes tener por mí ninguna inquietud. Cuando esta empresa quede terminada, si entrase en los proyectos del emperador el casar á nuestra hija Zenaida ó Carlota con Napoleon

(primogénito del rey Luis), y no con un extranjero, yo celebraría muchísimo que, con la adopción de nuestro sobrino, el emperador reuniese únicamente en él todas sus afecciones, sin que mi honor tuviera por eso que resentirse; yo solicitaré ser el órgano de su voluntad en el Senado; de este modo volveré á vivir contigo en Montefontaine, y abandonaré gustosamente esta vida que llevo nada más que por obedecer al emperador, ya poniéndome él al frente de un ejército, ó bien si, encargándose él de esta tarea, me dejase el cuidado de ser el órgano de su voluntad en Paris, como ya lo hizo en otra ocasión. Yo creo que el interés de toda la familia, del emperador sobre todo, que se halla solo y expuesto á los complots enemigos, todas esas afecciones de mi corazón se hallarían reunidas en este proyecto.

»Es más que probable que no tengamos hijos varones; y partiendo de este supuesto, ¿qué mayor gloria para mí que la de centralizar con el emperador todas nuestras afecciones en el mismo hijo que viene á ser también el mío? Creo que puedes decir algo de esto al emperador, si él te ofrece una ocasión favorable.

»Repito que él no debe permanecer solo en Paris; la Providencia me ha hecho expresamente para servirle de salvaguardia, toda vez que amo la tranquilidad, soporto la fatiga, desprecio las grandezas y puedo llevar su carga con acierto; á pesar de las reyertas que han mediado entre el emperador y yo, hay que confesar, querida mía, que él continúa siendo el hombre á quien más quiero en este mundo. Yo no sé si el clima y las playas, semejantes en un todo á las que habité con él, me han devuelto todo el afecto que profesé al amigo de mi infancia; pero también hay que confesar que yo me sorprendo llorando mis afecciones de veinte años como las de hace algunos meses; si tú no puedes venir inmediatamente, envíame á Zenaida; yo daría todos los imperios del mundo por una caricia de mi Zenaida y de mi pequeña Lolotte; en cuanto á tí, ya sabes perfectamente que te quiero como á su madre y como quiero á mi mujer; si puedo reunir una familia dispersa y vivir en el seno de la mía, estaré contento y dispuesto á desempeñar todas cuantas misiones me confie el emperador,

como general ó gobernador, siempre que sean temporales, y pueda yo conservar la esperanza de morir en el país que siempre he querido habitar.

«Yo no sé por qué no escribo todo esto al emperador, pero el resultado será el mismo si tú le das á leer esta carta, y no comprendo por qué no he de dejarle ver el fondo de mi alma como hago contigo misma.»

A todo esto, Napoleon continuaba soñando en hacer una familia de reyes que contribuyesen más y más á su sistema federativo. Ofreció á Luciano el reino de Italia; pero éste hizo observar á su hermano que, una vez rey de aquel país, exigiría inmediatamente la evacuacion de las tropas francesas y seguiría la política que juzgase más benefícosa para la nacion italiana.

Este modo de comprender los deberes de un gran feudatario no podía ser del gusto de Napoleon. En su consecuencia, el emperador ofreció á Luciano el gran ducado de Toscana. Luciano respondió que si llegaba á ser duque de Toscana, se inspiraría en la conducta observada por Leopoldo, cuya memoria era tan grata á los toscanos. En otros términos, en esta ocasion llegó á declarar que sólo gobernaría con arreglo á los intereses de sus súbditos. Por lo demas, en el pensamiento de Napoleon, la oferta de la Toscana iba subordinada á la condicion de que Luciano se divorciase de Mme. Alejandrina de Beauchamp. Luciano rechazó esta proposicion vivamente indignado.

Entónces Napoleon se puso fuera de sí. En uno de aquellos arrebatos de cólera que le eran habituales, hizo añicos un reloj de bolsillo diciendo que haría otro tanto con las voluntades que se opusiesen á la suya. Llegó hasta el punto de amenazar á Luciano con la pena de arresto. Luciano le respondió friamente:—«Yo no os creo capaz de cometer un crimen.»

Al terminar esta violenta escena, Napoleon escribió á José:—«Hermano mio: He visto á Luciano en Mantua y he hablado con él unas cuantas horas; él os habrá participado sin duda cuáles eran sus ideas al tiempo de marchar. Sus pensamientos distan tanto de los míos, que apenas he podido comprender lo que quería; creo que me ha dicho que quería en-

viar su hija mayor á Paris al lado de su abuela. Si continúa pensando del mismo modo, deseo saberlo inmediatamente, y es preciso que esa jóven se halle en Paris ántes de fin de Enero, acompañándola Luciano, ó encargando á un aya que la deje en manos de Madama. He creído ver que Luciano lucha con encontrados sentimientos y no tiene bastante fuerza de carácter para adoptar un partido. Sin embargo, debo decir que estoy dispuesto á devolverle su derecho de príncipe frances y á reconocer todas sus hijas como sobrinas mias, siempre que él comience por anular su casamiento con Mme. Joubberthou, ya por medio de divorcio ó acudiendo á otro expediente cualquiera. De este modo, todos sus hijos quedarían establecidos. Si es verdad que Mme. Joubberthou se halla hoy en cinta, y da á luz una hija, no tengo inconveniente alguno en adoptarla; si es un varon le consideraré como hijo de Luciano, pero no de un matrimonio sancionado por mí; yo consiento en considerarle capaz de heredar cualquier soberanía que yo pueda poner en cabeza de su padre, independientemente del rango á que éste pueda ser llamado por la política general del Estado, pero sin que dicho hijo pueda pretender á la sucesion de su padre en su verdadero rango, ni ser llamado á la sucesion del imperio frances. Ya veis que he agotado todos los medios que están á mi alcance para conseguir que Luciano (que se halla aún en su primera juventud) emplee su talento en favor mio y de la patria; no comprendo qué razones podrá él alegar ahora en contra de este sistema. Los intereses de sus hijos quedan á cubierto, porque lo he previsto todo. Una vez verificado el divorcio con Mme. Joubberthou, establecido Luciano en un país extranjero y teniendo Madame Joubberthou un gran título en Nápoles ó en otro punto cualquiera, si Luciano quiere, que vuelva á su lado, con tal de que no viva con ella en Francia, ni como con una princesa mujer suya, si bien con toda la intimidad que juzgue conveniente, no opondré obstáculo alguno á su voluntad, porque lo único que á mí me interesa es la política; fuera de esto, yo no quiero contrariar ni sus gustos ni sus pasiones. Esto es todo lo que yo propongo. Si quiere enviarme á su hija, es preciso que ésta se ponga inmediatamente en camino, y que él,

á guisa de respuesta, me envíe una delaracion haciendo constar que su hija sale para Paris y que la pone enteramente á mi disposicion, porque no debemos perder un solo momento; los acontecimientos se precipitan, y es preciso que mi destino se cumpla. Decid á Luciano que su dolor y los sentimientos que me ha revelado han hallado eco en mi corazon, y que por esto mismo siento mucho más que no quiera ser razonable ni contribuir á su reposo y al mio.

» *Vuestro apasionado hermano.*»

En la época en que fué escrita esta carta, el emperador comenzaba á preocuparse de los asuntos de España. El príncipe Fernando le había dirigido ciertas insinuaciones con objeto de obtener la mano de una Bonaparte. Napoleon había pensado dar á aquel príncipe, dispuesto á arrojarse en sus brazos, la hija de Luciano. Esto es lo que explica la carta que dejamos copiada.

Al recibo de esta carta, José escribió á Luciano, y el 31 de Diciembre remitió al emperador la respuesta de éste, acompañada de la siguiente carta:

»SEÑOR:

»Os envío la respuesta que he recibido de Luciano; quiere llevar él mismo su hija á Pescara, en cuyo punto la dejará en manos de la persona á quien hayais encargado que la conduzca á Milan. He hecho inútilmente toda clase de esfuerzos para conseguir algo más de él, por su propio bien, por el de su familia, y por responder á las paternales miras de Vuestra Majestad.

»Está fuera de toda duda que su mujer no se halla en cinta; lo que se había dicho sobre este particular era una pura invencion.»

Despues de la entrada de las tropas del general Miollis en Roma, Luciano se hallaba aún en esta ciudad. Escribió á José suplicándole que pidiese permiso al emperador para retirarse cerca de Nápoles. José dirigió al emperador, en 4 de Febrero de 1808, las siguientes líneas:

—«Recibo vuestras cartas del 26. Nuestras tropas han en-

trado en Roma. Luciano solicita retirarse con su familia á una casa de campo situada en los alrededores de Nápoles; dice que no se halla seguro en Roma, que el populacho cree que Vuestra Majestad decidió en Mantua que se le darían los Estados del Papa. Yo le contesto que no me es posible ver á su mujer, que le veré con mis sobrinas si esto puede ser útil á su salud; que me creía en el deber de escribiros acerca del particular, y que estando en Roma las tropas francesas opinaba que si él quería continuar allí no tenía absolutamente nada que temer.»

El 11 de Marzo el emperador contestó, desde Saint-Cloud, á José:

—«Hermano mio: Luciano se conduce mal en Roma y llega hasta el punto de insultar á los oficiales romanos adictos á mi causa, mostrándose más romano que el Papa. Deseo que le escribais que salga de Roma y se retire á Florencia ó á Pisa. Yo no quiero que continúe en Roma, y si se niega á adoptar este partido, en cuanto yo reciba vuestra respuesta mandaré que le saquen de allí á viva fuerza. Su conducta ha sido escandalosa, puesto que se declara enemigo mio y de Francia; si continúa obrando de este modo, no habrá para él más refugio que la América. Yo le creía hombre de talento, pero veo que es un majadero. Debió alejarse de Roma á la llegada de las tropas é irse é vivir á una casa de campo. Léjos de seguir esta conducta, se empeña en contrariar mis planes. Esto no tiene nombre. Yo no toleraré que un frances hermano mio sea el primero en conspirar, uniéndose en contra mía con la *clerigalla*.

» *Vuestro apasionado hermano.*»

Luciano acabó por embarcarse para América, pero el buque que le conducía fué capturado por un crucero inglés. Luciano y los individuos de su familia fueron declarados prisioneros de guerra, trasladados á Inglaterra é internados en Ludlow (principado de Gales), en Agosto de 1807.

Por otra parte, José incurría tambien en el desagrado de su terrible hermano. El rey de Nápoles había contravenido á

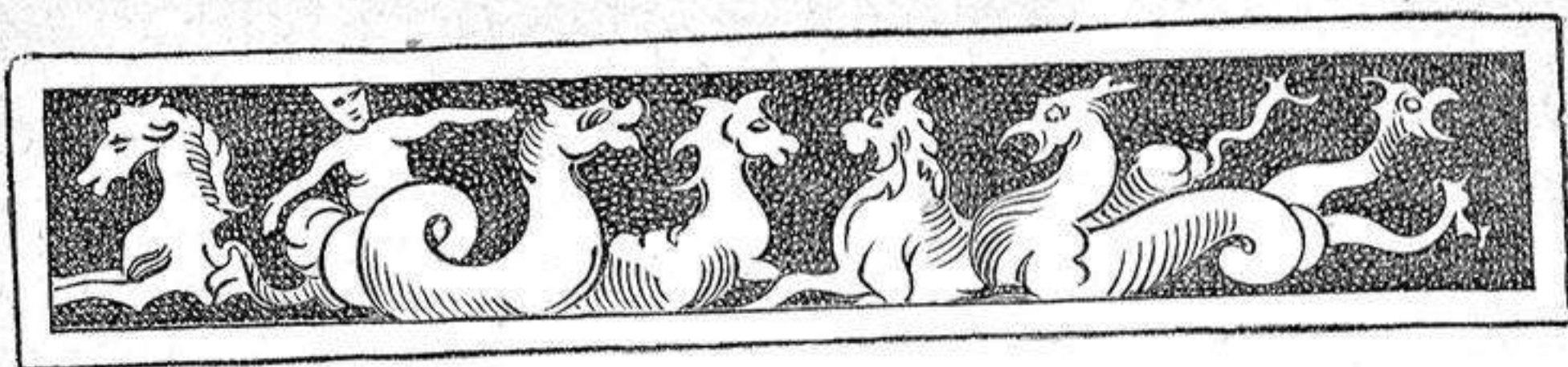
alguna de las órdenes del emperador, y éste le envió con un correo extraordinario la siguiente carta:

—«Extraño muchísimo que se diga que serán puestos en libertad en Terracina los hombres que yo he mandado conducir á Nápoles. Preciso es confesar que hay en Nápoles mucha estupidez ó mucha malevolencia. Esas contraórdenes y esa ridícula oposicion inspiran risa á la córte de Roma, y son más perjudiciales en Nápoles que en ninguna otra parte. He enviado los cardenales napolitanos á Nápoles para que presen allí juramento á su legítimo soberano. Esta formalidad es necesaria para que yo los reconozca como cardenales. Si temíais su presencia en Nápoles, podíais haberlos enviado á Gaeta, y autorizar á alguien para que les tomase juramento. Despues de esto, podíais haber hecho con ellos lo que hubieseis querido. Yo no veía ningun inconveniente en dejarlos en Nápoles. Tantas debilidades y tanta ineptia en donde yo mando, son cosas á las cuales no estoy acostumbrado; pero en fin, si había algun inconveniente en recibir su juramento en Nápoles, no hay ninguno en Gaeta. Si habeis querido hacer ver con eso á Europa nuestra independendencia, habeis escogido neciamente la ocasion. Esos sacerdotes son gentes contra las cuales me incomodo yo en nombre vuestro. Vos sois indudablemente rey de Nápoles, pero yo tengo algun derecho á mandar en donde tengo 40.000 hombres. Así que no tengais tropas francesas en vuestro reino, podreis dar órdenes opuestas á las mias, y no os aconsejo que lo hagais con mucha frecuencia. Os repito que nada podía serme más desagradable que el ver contradecir abiertamente las medidas que yo adopto para que Roma venga al camino de la razon. Si Rœderer ó Miot os han dado esos consejos, no lo extraño, son unos imbéciles. Pero si los debeis á Salicetti, es un gran malvado, porque tiene sobrado talento para no comprender lo delicado que es este asunto. El *mezzo termine* de retener á los cardenales en una plaza fronteriza, no podía ser más sencillo.»

Esta carta de Napoleon, fechada el 25 de Marzo de 1807, fué una de las últimas que escribió á su hermano José hallándose éste en Nápoles. A principios de Mayo el emperador

pidió á su hermano Luis que renunciase á la corona de Holanda para tomar la de España. Luis no quiso aceptar esta proposicion, y Napoleon decidió colocar á José en el trono de Carlos IV, y dar el de Nápoles á su cuñado Murat. Escribió á José que fuese á Bayona, y así lo hizo éste en los primeros dias de Junio, aunque sintiendo abandonar el reino de Nápoles y el hermoso cielo de Italia.





CRÓNICA DE LA QUINCENA.

INTERIOR.



Estos días son días de solemne preparación. Van á abrirse las Córtes. Los partidos se aperciben para la ruda campaña parlamentaria,—ruda como pocas.—Los hombres políticos conferencian, el Gobierno discute los términos del mensaje, la mayoría combina candidaturas, y los periodistas, á quienes otra cosa no incumbe, nos disponemos, la mano en la pluma, el oído atento y el ojo avizor, á ver, escuchar y referir criticando. ¡Lamentable cuadro, cien y mil veces lamentable! El personalismo que todo lo falsea, la política de partido que todo lo desnaturaliza, nos coloca fuera de nuestro verdadero puesto y nos ocupa en trabajos que distan mucho de los que el deber nos impone.

Estos días debieran serlo de solemne preparación; pero no de preparación exclusiva para una lucha como la que se dispone, de retóricos artificios, de maquiavélicas intrigas, de influencias incompatibles y de ambiciones apasionadas, no para una lucha que sólo há de producir grandes debates en el salón de sesiones y un cambio de nombres y de personas fuera en los ministerios, no para una lucha que—¡ojalá nos equivo-

quemos!—será, como otras tantas, infecunda y estéril respecto de todo lo que anhela, necesita y quiere el país.

No protestamos en absoluto contra la preponderancia de la política. España no ha conseguido aún, despues de tantas revoluciones y reacciones, establecer un orden de cosas definitivo. La inestabilidad reina en nuestro país. Desde 1812 luchamos por fundar un régimen sinceramente parlamentario á cuya sombra, en paz, puedan realizarse todos los progresos que la opinion reclama, y aún no lo hemos logrado. Miéntas que esto no suceda, la política subordinará á sus fines todos los demas fines, á sus ideales todos los demas ideales; la política, la pura política será el asunto que en primer término seduzca nuestro ánimo, cautive nuestro espíritu y atraiga nuestra atencion.

Pero con nada de eso es incompatible el celo por los intereses públicos, y lo que ahora falta es precisamente ese celo. El Gobierno, la mayoría, los hombres políticos de todos los partidos, la prensa, todos, en una palabra, deberíamos ocuparnos en lo que nos ocupamos, pero no sólo en ello. El Gobierno debería estar preparando todas esas leyes que la opinion reclama con el deseo de que nuestra situacion económica mejore, de que se difunda la enseñanza, de que la justicia se administre bien, de que la administracion se regularice y emancipe del caciquismo y de la política, de que nuestro nombre adquiriera más autoridad en el exterior y nuestros intereses internacionales no se desatiendan; la mayoría debiera ensayar su iniciativa en la resolucion de los problemas que estas necesidades plantean; los hombres políticos de todos los partidos debieran convertir hácia ellos su atencion, y una parte, cuando ménos, del vigor y del entusiasmo de que alardean; la prensa debería exponer á los ojos de los futuros diputados el cuadro de las desventuras públicas y constituyéndose en intérprete fiel de los clamores de la opinion, solicitar las decisiones justas, las reformas necesarias que constituyen el eterno *desideratum* de los pueblos.

En otros países, tan perturbados y divididos como el nuestro, se entiende y practica la política de esa manera. Así sucede en Francia, así acontece en Alemania y en Italia. Las ar-

dientes querellas de los partidos no absorben toda la vida y toda la savia, toda la fuerza y toda la energía de la nación. Mucho se concede á las disputas de las parcialidades; pero algo se reserva para el país, por unánime acuerdo de todos sus bandos, que en esa línea de conducta hallan un lazo de union del que aquí, desgraciadamente, carecemos; lazo de union que no puede sustituirse con la fe en los antiguos ideales, porque los antiguos ideales desaparecieron, ni con vínculos arbitrarios incapaces de estrechar voluntariamente ó de dirigir todos los elementos de una sociedad al logro de cualquier fin patriótico y levantado.

*
* *

Una crisis parcial ha modificado el Gabinete ántes de la apertura de las Córtes; varios nombramientos militares publicados á consecuencia del decreto orgánico suscrito por el general Martinez Campos (cuyo exámen los periódicos officiosos declararon que estaba vedado á la prensa) han cambiado puntos muy sensibles del alto personal del ejército; una combinacion de gobernadores ha sustituido en varias provincias los adictos al ministerio anterior por adictos al ministerio actual, y una cesantía inesperada, cuya única justificacion pública es el deseo del presidente del Gobierno de dar un alto puesto á su antiguo amigo el Sr. de Aldecoa, acaba de lanzar del Ministerio de la Gobernacion al mas íntimo y leal amigo del Sr. Romero Robledo. Ninguno de estos hechos tiene verdadera importancia política, ni lo traeríamos á esta reseña, si el ministerio manifestara su vida y su fuerza ejecutando otros. Pero nos hallamos dentro de una situacion personalísima. Ya no hay política que desenvolver, altos propósitos que realizar, reformas que ir preparando en las diversas esferas de la administracion pública; no hay más que eso, lo que un periódico ha llamado gráficamente juego de peones, en el fondo de la situacion. Si algun pensamiento dirige ese juego de peones, es el de mortificar á los liberales-conservadores del gabinete que presidió el Sr. Cánovas del Castillo. De este modo se prepara una ruptura definitiva y escandalosa para época no lejana entre las dos ramas de la parcialidad gobernante.

Y no paran ahí las cuestiones de personas. En la de candidatura para presidencia del Congreso el Gabinete ha designado al Sr. Lopez de Ayala. La verdad es que ántes de designarlo, ya la mayoría de los diputados adictos se hallaba resuelta á elevarle al sillón presidencial.—En la candidatura para presidente de la alta Cámara lucha el general Martinez Campos, hostil á la del Sr. Barzanallana, que es la del Sr. Cánovas y sus amigos, por de la del Sr. Llorente (D. Alejandro). En concurrencia con éstas se habla de la de D. Manuel Silvela; pero no parece probable que triunfe en último término. Las candidaturas de vicepresidentes y secretarios de ambos Cuerpos Colegisladores se acordarán en las reuniones que celebren los diputados y senadores de la mayoría. Contra lo que el jefe del Gobierno opina, en ambas prevalecerá el principio de la reeleccion, porque todo debe volver al estado que tenía en el 3 de Marzo.

Para que todo sea en esta situacion y en este momento personalísimo, dos de las cuestiones que en la última quincena más han apasionado los ánimos, son tambien de índole personal. En esta época renueva la Academia Matritense de Legislacion y Jurisprudencia su mesa, y á principios de Junio elige el Colegio de Abogados de Madrid parte de su junta directiva. En la Academia de Jurisprudencia se han disputado el triunfo, sin éxito hasta ahora, por no haberse llegado á una votacion definitiva, los Sres. Bugallal y Silvela. En el escrutinio para el decanato se lo disputarán los Sres. Silvela y Montero Rios. Para asegurar la victoria en éste del señor Silvela se ha retirado su candidatura de la Academia. La contienda, pues, será empeñadísima en el ilustre colegio.

*
* *

De la crisis parcial que se verificó el 16, nada más que la noticia pertenece á esta crónica, porque ese cambio está enteramente desprovisto de importancia. Abandonó el Ministerio de Estado el Sr. Marqués de Molins como le ocupara en Marzo, y volvióse á Paris á presenciar el regreso á la capital de la vecina república del Sr. Ruiz Zorrilla, cuya expulsion fué el único acto importante de su campaña diplomática. Le

reemplazó en nuestra cancillería el Sr. Duque de Tetuan, heredero de un título ilustre, que en las luchas contemporáneas no tiene significación característica, ni sabemos haya ido al Gabinete para otra cosa que para cubrir una vacante. Con el Sr. Duque de Tetuan, como con el Marqués de Molins, lo mismo que en tiempos del Sr. Silvela, nuestra política exterior no dará un solo paso. Continuará Europa ocupándose en las cuestiones que más directamente nos tocan sin que España dé señales de existencia; continuará Inglaterra levantando su influencia en Marruecos,—empresa que tanto daña nuestros intereses, que tantos gérmenes de perturbación nos crea para el porvenir,—sin que de una ú otra suerte pensemos en atajar su obra.

En este punto no debería haber entre los españoles diferencias de opinion. Sólo en el más alto interes de la patria debiéramos inspirarnos, poniendo su nombre y su causa por cima de las ideas más arraigadas en nuestro ánimo y de las convicciones más firmes de nuestro espíritu.

El amor á la patria, el propósito de convertir ese afecto en el primero de todos los que han de inspirar la política y el gobierno, nos ofrece solución para los más transcendentales problemas hoy planteados en orden á nuestras relaciones exteriores y para el problema de nuestras antiguas colonias.

No debemos resignarnos con nuestra presente decadencia, ni excusar por ella nuestra falta de actividad, de resolución y de iniciativa. Los pueblos pequeños y débiles están llamados por una ley histórica á engrandecerse y los poderosos imperios á caer en ruinas. En el apogeo de Roma, durante el consulado de César y el imperio de Augusto, germinan las causas de su corrupcion y de su muerte. En el apogeo del imperio otomano, durante el reinado de Soliman el *Magnífico*, advierte la historia los primeros síntomas de su postracion y decaimiento. Con Carlos I llegó España al grado más alto de poderío, y la política iniciada por Carlos I nos llevó hasta Carlos II y Carlos IV, al último y vergonzoso extremo de debilidad y miseria. Hoy somos débiles y pequeños; debemos aspirar, á ejemplo del Piamonte y de Prusia, á un porvenir de engrandecimiento que levante nuestro nombre en el

mundo, que devuelva á nuestra bandera sus muertos esplendores, sus ajadas glorias y su brillante pasado.

Y esta aspiracion ha de ser universal y constanté; constante, porque no la abandonemos ni una sola hora, porque en ella deben ver los pueblos el ideal hácia donde convertirán siempre nuestros esfuerzos; universal, porque la profesen todos los partidos, sin distincion de opiniones ni creencias.

No pueden las modernas sociedades hallar su unidad en los ideales antiguos, políticos ó religiosos, porque esos ideales han desaparecido; pero la encontrarán en nuestros modernos ideales. Para realizarlos tenemos que ir á la política internacional de que nos separa la antigua y funestísima política de aislamiento. Debe combatirse esta política; no por ocasion y á las veces, como si de tiempo en tiempo centelleara sobre nuestro horizonte una ráfaga de patriotismo, sino á toda hora y en cualquier momento, pidiendo que España tome puesto en el areópago europeo, que se interese por las cuestiones que afectan á las demas potencias, que anude y estreche sus relaciones internacionales, que comprenda y se aperciba á realizar grandes misiones que nuestra historia y el porvenir reservan á la patria, llamada, despues que una sola bandera cubra á todos los pueblos de la Península, á cristianizar y civilizar el norte de África, á ser en Europa el vínculo de union entre el antiguo y el Nuevo Mundo y en América la garantía de la independendencia de los pueblos del Sur contra los pueblos del Norte y la invasora raza sajona.

Si lográramos algun dia que todos los ciudadanos pusieran el término de sus esfuerzos en la realizacion de esos ideales, no sólo se habría dado un paso decisivo para conseguirlos, sino que desde entónces las luchas interiores, las discordias de nuestra política revestirían un carácter de mayor elevacion y más severa disciplina. La idea de patria todo lo purifica y enaltece. Debemos acogernos á ella en los dias presentes, como á la única fuerza regeneradora que existe ya, como al único principio capaz de subordinar todos los intereses y todos los egoismos, fundiendo en una noble aspiracion las distintas aspiraciones de todos los partidos.

La idea de patria y su enaltecimiento resuelven tambien el

problema suscitado por la situación de nuestras provincias ultramarinas. No debemos gobernarlas, como hasta ahora, tomando partido por cualquiera de los que allá se disputan los favores de la opinión y la preponderancia política. Eso hemos hecho ántes y las tristes consecuencias de tan deplorable conducta todavía están patentes y manifiestas á nuestros ojos.

Para nosotros todos los habitantes de las antiguas colonias son conciudadanos; para el Gobierno de España todos los partidos de las antiguas colonias deben ser partidos españoles. Si favorecemos alguno, volveránse los demas contra la patria, creyéndola enemiga, y hay que impedir á todo trance que esto suceda.

La mayor parte de las cuestiones que allá se ventilan son cuestiones exclusivas de esas provincias: que las resuelvan ellas; asegurémosles nuestro desinterés y nuestra imparcialidad y fortalezcamos los vínculos que las unen á España, garantizando el orden público en su territorio, asegurando allí el imperio de la justicia, haciendo desaparecer de su suelo las grandes iniquidades sociales que son su vergüenza y nuestra deshonorra y fundiendo sus intereses económicos y los nuestros en un solo y supremo interés, el del comun bienestar de todos los pueblos que constituyen la nación española.

*
* *

En los días que faltan para que las Cortes inauguren sus tareas,—tres ó cuatro nada más,—deben verificarse varias reuniones parlamentarias. El 3o tendrá lugar, según todos los cálculos, la de los amigos del Gabinete. Hoy llega á Madrid el Sr. Romero Robledo para asistir á ella, y como el Sr. Romero Robledo es el verdadero *leader*, el jefe de pelea de la mayoría, hasta que con la noticia de su regreso se difunda la de los propósitos que le animan, no será posible conjeturar nada respecto á la actitud de los diputados liberales conservadores en las Cortes.

El Sr. Romero Robledo no puede estar satisfecho del rumbo que siguen los acontecimientos. Además de los cambios del personal realizados por el Sr. Silvela, en daño de muy carac-

terizados amigos del Ministerio anterior, además de las relaciones anudadas entre el Gabinete actual y los centralistas con ánimo de procurarse fuerzas que contraresten las del Sr. Cánovas, en el departamento de Gobernacion se han adoptado medidas que si no iban encaminadas á mortificar al Sr. Romero, contradicen por lo ménos varios de sus actos. En el número de estas medidas (dignas del aplauso con que las ha acogido la opinion) está la supresion del presupuesto de la Imprenta Nacional, ya de fecha atrasada, y el real decreto que publicó la *Gaceta* del 21 suprimiendo la caja especial de beneficencia particular existente en aquel departamento. Era ésta, segun el preámbulo del decreto, «una de esas cajas especiales, que á veces han sido origen de fundaciones utilísimas y han atendido á necesidades apremiantes; pero que deben desaparecer á medida que los diversos ramos de la Administracion se organicen, por prevenirlo así la ley de Contabilidad, y porque la publicidad y la exactitud en los ingresos y en los gastos públicos, *suprema garantía de los contribuyentes* y primer deber de los Gobiernos, *no puede ser una verdad* miéntras no se logre la unidad más rigurosa en la percepcion de los rendimientos y en el pago de los servicios.» Dígase cuanto se quiera, en estas frases hay un cargo dirigido contra el ministro anterior, que no tiene ménos fuerza porque el Sr. Silvela pensara dirigirlo contra todos sus antecesores. El Sr. Romero Robledo tiene, pues, motivo bastante para colocarse respecto al Gabinete que preside el general Martinez Campos en una actitud reservada. Los sucesos nos indicarán muy pronto qué partido toma. Indudablemente no será éste el de apoyar con resolucion, firmeza y energía al Ministerio.

Los centralistas, grupo del que se ignora si está disuelto ó continuará existiendo,—tan modestas son su significacion é importancia,—nada resolverá sobre lo que debe hacer hasta que se conozca al discurso de la Corona.—El Sr. Posada Herrera, que segun todas las noticias viene ahora al Congreso, quizá se una á ese grupo y determine en él una línea de conducta marcadamente ministerial. El regreso del Sr. Posada Herrera, su vuelta á la vida activa de la política, quizá sea una nueva perturbacion para el partido liberal conservador, que

vemos desmoronarse y dividirse con más facilidad todavía que se agrupó en torno del Sr. Cánovas para preparar y conseguir el triunfo de sus ideas.

Los antiguos radicales, los demócratas y la minoría constitucional se reunirán también muy en breve, aunque separadamente.—Los moderados nada piensan hacer hasta después de la apertura de las Cortes. Estamos, repitiendo lo dicho al comienzo de estos párrafos, en un momento de solemne preparación. Bajo una superficie, al parecer tranquila, se agitan como nunca, desde hace algunos años, todas las fuerzas políticas del país. *La tempesta é vicina*. Esperemos.

EXTERIOR.

Los conflictos de Oriente no permiten á la Europa ni un sólo momento de reposo. La Puerta y Austria han convenido un *modus vivendi* que resuelve, según sus embajadores, de una manera definitiva, á nuestro juicio quizás transitoriamente, el problema de la administración y gobierno de Bosnia y Herzegowina. Pero han vuelto á la vez á surgir, renovadas con mayor energía que nunca, las querellas turco-griegas, en cuyo fondo se ha vislumbrado la posibilidad de que nazcan dificultades más profundas y de carácter más general entre las grandes potencias.

El artículo 25 del tratado de Berlin establecía reglas para la ocupación de Bosnia, Herzegowina y el sandjack de Novi-Bazar.

«Las provincias de Bosnia y Herzegowina, decía, serán ocupadas y administradas por el Austria-Hungría. No deseando el Gobierno de este imperio encargarse de la administración del sandjack de Novi-Bazar, que se extiende entre la Sérbia y el Montenegro en la dirección S. E., hasta más allá de Mitrovitza, continuará gobernándolo la administración otomana.

»Sin embargo, á fin de asegurar el mantenimiento del nue-

vo estado político, así como la libertad y la seguridad de las vías de comunicacion, el Austria-Hungría se reserva el derecho de guarnecer y conservar caminos militares y comerciales en toda la extension de esta parte del antiguo Vilayet de Bosnia. A este efecto los gobiernos de Austria y de Turquía concertarán los pormenores de ejecucion del presente artículo.»

El convenio de 21 de Abril de 1879 entre la Puerta y Austria, cuyas ratificaciones han sido recientemente canjeadas, no es otra cosa que la aplicacion de dicho art. 25. En su texto se respeta teóricamente, para satisfacer los reiterados deseos de la Puerta, la soberanía del Sultan, y se estipula, por ejemplo, que el nombre del Padischah continuará pronunciándose en las oraciones y rogativas públicas; pero la administracion de Bosnia y Herzegowina se reserva por completo al imperio austro-húngaro mientras que el sandjack de Novi-Bazar continuará en absoluto bajo la dependencia de la Puerta.

En el texto de este *modus vivendi* se establece además que la Puerta no mantendrá tropas irregulares en el sandjack de Novi-Bazar; pero se reserva el derecho de conservar en él tropas regulares «aun en los puntos del sandjack donde las tropas austro-húngaras tienen guarnicion.» Por un convenio anejo y de la misma fecha, el gobierno de Austria, á la vez que hace solemne reserva de sus derechos, declara no tener propósito de situar guarniciones en el sandjack, más que en Priboi, Priepoliyé y Biepoliyé entre Sérbia y el Montenegro, y de no mantener entre todas esas fuerzas en las tres plazas indicadas más de 4 á 5.000 hombres.

En el Congreso de Berlin el conde de Andrassy declaró que Austria no aceptaría el mandato que trataba de conferirle Europa, á propuesta de Inglaterra, encomendándole el gobierno de esas provincias, si no era indefinido el tiempo de su ocupacion. El convenio de 21 de Abril nada dice sobre este punto. La ocupacion continuará, pues, indefinidamente. Ya tiene Austria posiciones en la península greco-eslava, que le permitirán esperar sin desconfianza el desenlace de estas cuestiones.

La de Grecia no está en camino de tener un desenlace tan rápido ni tan pacífico y satisfactorio. En los últimos dias el

telégrafo ha vuelto á llevar la alarma á toda Europa con las noticias de que el gobierno griego había ordenado que se situara en las inmediaciones de la frontera epirota un ejército de 10.000 hombres; de que agentes helénicos iban á los Estados Unidos á comprar buques blindados; y de que, por último, el 23 ó 24 del mes actual estalló en cierto pueblo de Tesalia un vivo combate entre fuerzas otomanas é insurrectos griegos. El telégrafo añadía que el combate fué sangriento y que al tener noticia de este hecho de armas, el pueblo de Atenas alborotado clamaba guerra contra Turquía. Para dar verosimilitud y autoridad á estos informes, la prensa de Paris ha dicho que todo se hallaba previsto, pues hace muy pocos dias varios oficiales de estado mayor turco visitaron las fortificaciones de Janina y Preveza, lo que á su juicio muestra que las autoridades otomanas veían nublar el horizonte, sintiendo la proximidad de las tempestades que al cabo han de estallar otra vez sobre la revuelta y perturbada península ilírica.

Nosotros no dudamos de que estallarán si al fin la Puerta no hace justicia á las reclamaciones de los helenos; pero hasta el presente no han estallado, y esas noticias que el telégrafo nos trae merecen confirmacion ántes de que se acepten como hechos incontrovertibles. La cuestion de Grecia ofrece dificultades muy serias, pero que no son todavía invencibles para la diplomacia. El gobierno helénico, á poco de terminar el Congreso de Berlin, exigió de acuerdo con lo pactado por los plenipotenciarios europeos en su sesion del 5 de Julio (1), que se rectificase la frontera turco-griega en Tesalia y Epiro, trazando los nuevos límites por el valle de Salamyrias (antiguo Peneo) al E. y la orilla izquierda del Kalamas al O. La Puerta se negó á esta pretension, manifestando unas veces hallarse dispuesta á conceder algo á Grecia, y otra su propósito de rechazar toda rectificacion de fronteras. Grecia protestó, amenazó, invocó el auxilio de las potencias. Estas en su mayoría se manifestaron propicias á prestárselo; pero la actitud de Inglaterra, contraria á que Europa ejerciese ningun género de presion sobre el gobierno otomano, impidió el cumplimien-

(1) Protocolo del Congreso; Acta de dicha sesion.

to del artículo 24 del Convenio de Berlin. Francia, favorable siempre á Grecia, ha concluido por colocarse resueltamente á su lado. Turquía parece en camino,—lo está sin duda,—de conceder algo; pero quiere salvar á Janina especialmente. Se trata de reunir en Constantinopla una conferencia que ponga término al conflicto; mas la Gran Bretaña insiste en su actitud de proteccion á los intereses de Turquía. Con esto los griegos llegan á la exasperacion y Europa vuelve á concebir sérias inquietudes.

Los sucesos belicosos de que el telégrafo nos habla se interpretan por unos como maniobras de lord Beaconsfield para desacreditar á Grecia y enajenarle el apoyo de sus valedores, por otros como manejos del gobierno frances para apresurar una solucion del conflicto pendiente. Tales suposiciones son, á nuestro juicio, quiméricas. Si aquellos hechos han ocurrido, basta para explicarlos el estado de la opinion en Grecia y el natural apasionamiento de los helenos sometidos al yugo de la Puerta. No hay que buscar para este episodio el *Deus ex machina* de la antigua dramaturgia. Confírmense ó no, ha llegado el momento de que el problema sea resuelto. Inglaterra debe ceder: si Inglaterra no cede, Europa debe imponer á todos la solucion convenida en Julio de 1878. Esto es lo justo y lo conveniente, y alguna vez precisa que la justicia se atienda en las cuestiones orientales, por cima de los egoismos de las grandes potencias, en cuyas luchas está la única explicacion de que haya triunfado siempre sobre el deseo y el interes de Europa la astuta diplomacia otomana.

*
* *

En todas partes se siguen con cuidado y se indagan con curiosidad los primeros actos del príncipe de Battemberg, elevado recientemente al trono de Bulgaria. A la carta en que la diputacion encargada de ponerlo en su conocimiento, le participaba que había sido elevado al trono de la nueva nacionalidad, Alejandro I contestó en los siguientes términos :

«Con profunda emocion he recibido las manifestaciones de aquellos que á la cabeza de su nacion acaban de confiarme su suerte. Os expreso mi eterno reconocimiento por tan señalada

honra, y mientras me consagro á cumplir este difícil encargo, no perseguiré otro ideal que la prosperidad y felicidad de ese pueblo que siempre he de considerar como patria mia. Quiera la Divina Providencia bendecir este lazo que une mi vida con su porvenir.

Segun el deseo del emperador de Rusia, me dirijo inmediatamente á Livadia, donde tendré el honor de recibiros y expresaros verbalmente mi gratitud. Por ahora, haced presente á la Asamblea de la nacion y á todo el pueblo los sentimientos que me animan, y que ofrezco mi vida, si necesario fuese, como sacrificio á la felicidad de Bulgaria.»

El párrafo segundo de este mensaje indica con bastante claridad que el príncipe Alejandro I no será en Bulgaria más que un lugarteniente del czar Alejandro II. Otro dato hay para creerlo. El 16 recibió en Livadia el nuevo soberano á los diputados de la Asamblea búlgara. Poco despues fuése con ellos á saludar al emperador, á quien habló en sustancia de esta manera :

«Al recibir de manos de la diputacion búlgara el acta de mi elevacion al trono de Bulgaria, he creido que debía en primer término demostrar á V. M. mi eterno agradecimiento como libertador que es de nuestro pueblo.»

Antes de tomar posesion del trono búlgaro, el príncipe de Battemberg ha visitado en Berlin al emperador Guillermo y al canciller de Alemania, segun noticias telegráficas que llegan en los momentos de cerrar esta *Crónica*.

*
* *

Las noticias de Francia continúan siendo medianamente satisfactorias sólo para los que desean la consolidacion del gobierno establecido en la vecina república.

Se discute el tema de una crisis necesaria, y hay quien cree que al cabo M. Gambetta ocupará el poder. Lógico es que lo ocupe. M. Gambetta dirige en realidad la política francesa hace mucho tiempo, y allí, donde está el pensamiento y la clave de la gobernacion de un Estado, debe, para evitar perturbaciones, estar tambien la voluntad responsable. El hecho de no encontrarse al frente del Ministerio M. Gambetta, en-

gendra un dualismo embarazoso para el ejercicio del poder, y capaz de suscitar complicaciones temibles. La crisis se anuncia para dentro de algunos meses, y debería plantearse y resolverse ahora si hay propósito de suscitara. Su aplazamiento es un error y un peligro, porque su aplazamiento conserva una situación débil y contribuirá á dividir todavía más el partido republicano.

En el partido republicano frances sucede ahora lo que en el partido conservador de España. Ni Wadington allá ni Martinez Campos aquí gobiernan realmente. Son jefes de los Ministerios que presiden, pero sin la iniciativa y sin la autoridad necesarias para el desempeño de este cargo. Esa iniciativa está en otra parte. De aquí la perturbacion primero y la division despues. La buena política aconseja casi siempre que se ponga término á estas situaciones difíciles, ambiguas, insostenibles, incapaces de crear nada, y que sólo sirven para disolver y destruir lo mismo que tratan de conservar.

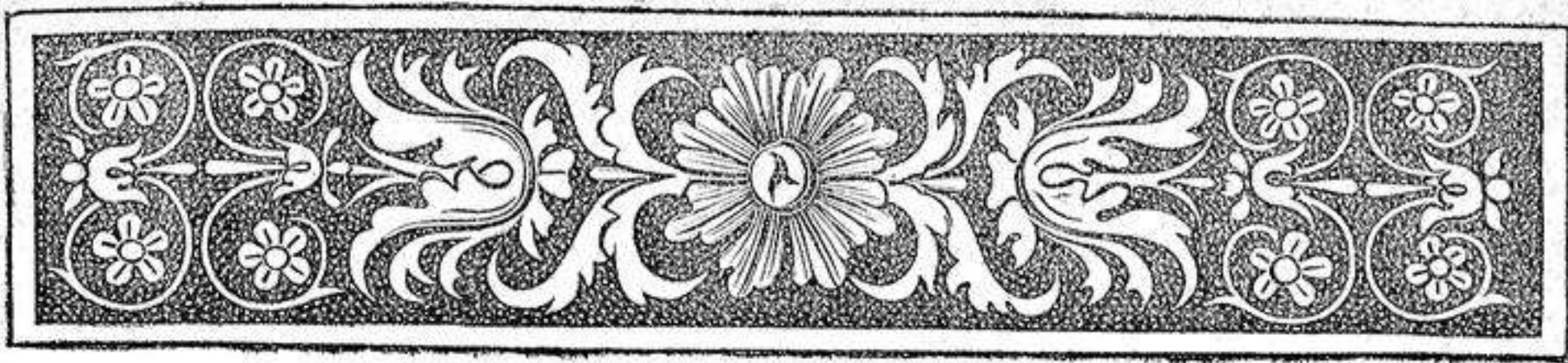
A nuestros ojos, por otra parte, Gambetta no es un peligro. Creemos que subiendo al poder terminarían sus vacilaciones y sus inclinaciones á la izquierda, tan perjudiciales para la estabilidad del régimen existente en Francia. Si á la vez M. Grevy no abandona su significacion, ni olvida los deberes que le impone su cargo, serán quiméricos los temores de que predomine una política radical que pondría á Francia en manos de los comunistas para llevarla á una restauracion del Imperio. La personalidad de M. Grevy no interviene mucho en las discordias que han estallado entre los republicanos; pero se hace sentir en los momentos decisivos. Así acaba de suceder en la cuestion Blanqui. El ministerio se proponía pedir á la Cámara que anulase el acta del famoso demagogo. La mayor parte de las fracciones de la izquierda votaron su nulidad. Hace algunos dias que lo acordó la union republicana. El periódico de M. Gambetta *La Republique Française* lo ha sostenido tambien; pero en aras de su significacion y de sus compromisos el antiguo dictador de Tours aconsejaba á renglon seguido que se amnistiase á Blanqui y á Rochefort. Solicitada la amnistía del primero, segun nos anuncia el telégrafo, M. Grevy se ha negado re-

sueltamente á otorgarla; es un acto de energía plausible. Amnistiar hoy á Blanqui sin razon para ello sería alentar las esperanzas demagógicas y poner la república á los piés de los comunistas de Burdeos. Debe pronunciarse lisa y llanamente la anulacion del acta de Blanqui. En nuestro juicio, ni siquiera se corre la aventura de que Burdeos vuelva á elegirlo, repitiéndose un caso de que hay algunos precedentes en Inglaterra, porque como Blanqui, por la condena que pesa sobre él, es incapaz de desempeñar el cargo de diputado y como los votos que se dan á un candidato incapaz deben reputarse nulos, bastará que la cámara de Versalles al declararlo así, proclame representante de Burdeos á M. Lavertujon, defraudando por completo las esperanzas de los imperialistas de la Gironda, que tanto contribuyeron al triunfo del viejo demagogo.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

27 de Mayo.





CORRESPONDENCIA DE PARIS

PARIS 20 de Mayo de 1879.

SUMARIO. — Paris está disgustado. — Los proyectos de M. Ferry. — Un manifiesto de M. Zola. — La última novela de M. Goncourt. — Los orígenes del renacimiento en Italia, por Gebhart. — Salon de 1879.

L invierno se prolonga este año con un rigor desesperante; próximos ya á entrar en el mes de Junio, nos vemos aún en la necesidad de encender la chimenea; las lilas comienzan apénas á florecer, y la mayor parte de los árboles se ven aún privados de su follaje. La primavera, que es generalmente la estación alegre de Paris, sólo figura en 1879 por memoria y por costumbre en los calendarios. Tengo la seguridad de que todo el mundo se resiente algo de esta mala influencia. Los domingos son tristes, y nadie piensa en ir á almorzar sobre la verde pradera á los bosques de Meudon ó de Saint-Germain; las corridas de caballos no realizan sino la mitad de los ingresos de costumbre; las mujeres no se atreven á estrenar sus nuevos trajes y los sombreros hechos á la última moda. Paris está disgustado, hay que confesarlo con toda franqueza, y exceptuando los empresarios de los teatros, no creo que haya muchas personas que puedan darse por contentas. Todos vamos aún á los espectáculos con la sola esperanza de tener allí ménos frío que en otra parte cualquiera.

La política continuaría en perfecta calma, á no ser por cierto proyecto de ley presentado por M. Jules Ferry, ministro de la Instrucción pública, que quiere retirar el derecho de sostener casas de instrucción á las congregaciones que no se hallen competentemente autorizadas. Con este motivo se ha producido una viva agitación en lo que aquí se llama partido clerical. Todos los obispos han protestado, y se han firmado, y siguen firmándose aún, infinidad de exposiciones. Es indudable que el proyecto del Ministerio será aceptado por la Cámara de los Diputados; ¿pero lo será también por el Senado? Sobre este punto hay encontrados pareceres. Muchas personas creen que todo esto acabará en una transacción, y que todo quedará reducido, en resumidas cuentas, á exigir la expulsión de la Orden de los Jesuitas, que fueron expulsados de Francia por la antigua monarquía hace más de un siglo, y que sufrieron igual suerte en tiempo de la restauración el año 1828, y bajo el gobierno de Luis Felipe el año 1845. Es indudable que no han vuelto á nuestro país sino violando una ley formal, y con razón ó sin ella, el partido liberal los considera como sus más temibles adversarios. Dentro de algunas semanas comenzará probablemente una apasionada discusión en nuestras asambleas, y ya se nombre ó no á los jesuitas, los individuos de todos los partidos pensarán seguramente en ellos. Los extranjeros á quienes los asuntos de nuestro país inspiran algún interés, no deben echar en olvido esta indicación.

Como es natural, esta polémica que preocupa aquí bastante á todo el mundo, ocasiona algún perjuicio á la literatura. Por lo demás, tampoco se han verificado grandes acontecimientos literarios. Según es uso y costumbre, cada semana aparecen algunos tomos en verso ó prosa, pero ni los versos ni la prosa consiguen llamar la atención de nadie. M. Zola continúa lanzando manifiestos; yo creo que va lanzando ya demasiados. El público se cansa de todo, y no quiere que una sola persona pretenda que todo el mundo se ocupe de ella incesantemente. El último manifiesto de M. Zola tenía el siguiente título: *Les lettres et la république*. El autor desenvuelve esta tesis: la república será naturalista ó dejará de existir, es decir, se aceptará el evangelio literario de M. Zola por toda la nación, ó perecerá la república. Nadie ha podido comprender bien el enlace de las dos proposiciones, ni aún después de la demostración del autor. Todos han opinado que predicaba excesivamente en favor de su santo, y el público se ha limitado á dejar escapar una sonrisa. M. Zola quiere erigirse en pontífice; este es el peligro de los cuarenta años en las personas que han alcanzado alguna celebridad. Llega un día en que se conceden á sí mismos el don de la infalibilidad, se consideran como verdaderos dioses, y dicen: «fuera de mí no hay salvación po-

sible.» Yo comprendo que es conveniente creer un poco en sí mismo, pero la exageracion es peligrosa. Grandes ó pequeños, por más esfuerzos que hagamos, todos somos hombres al fin y al cabo, y todos tenemos nuestras imperfecciones del mismo modo que tambien tenemos nuestras respectivas virtudes. M. Zola no profesa ningun respeto á la divinidad de los demas, y muestra gran aficion á demoler á grandes mazadas los ídolos que encuentra en el templo; que se ande con mucho cuidado. Si únicamente dice á cada uno de esos ídolos: «quítate de ahí para que me ponga yo,» no pasará mucho tiempo sin que otro iconoclasta, no ménos audaz y no ménos brutal, venga á su vez rompiendo á su estatua los brazos y las piernas y la arroje sobre los restos con que él ha cubierto el suelo. El «naturalismo» no está en el caso de considerarse inmortal.

Habíase anunciado con gran estrépito un nuevo libro de M. Eduardo de Goncourt, el último sobreviviente de los dos hermanos que publicaron infinidad de novelas en la época del segundo imperio, y que fueron los verdaderos iniciadores de ese movimiento naturalista, cuyo jefe es en la actualidad M. Zola. La novela ha visto la luz pública en los primeros dias de este mes, y debo declarar que desde entónces se habla de ella muchísimo ménos. Lleva el título de *Los hermanos Zemgamno*. En honor de la verdad, más bien que una novela, es la pintura de la tiernísima amistad que existió siempre entre M. Eduardo de Goncourt y su hermano Julio, doce años más jóven que él. El autor, para referir esta historia, ha imaginado dos gimnastas que se quieren entrañablemente y trabajan juntos en todos sus ejercicios. Un dia uno de los dos hermanos se rompe las dos piernas, y el otro renuncia á su profesion por no afligir á su compañero trabajando él solo. La conclusion no es completamente exacta, toda vez que Julio de Goncourt murió y su hermano no ha hecho pedazos la pluma. Pero dejemos esta crítica. Hay indudablemente en este libro algunas lindas páginas, una ó dos descripciones bastante bien hechas de bastidores y de circos; sin embargo, el conjunto es flojo: los dos héroes inspiran escaso interes; lo peor es que el estilo es trabajoso, intrincado, y á veces ininteligible á fuerza de correccion y de rarezas. El lector se fatiga, y no siempre queda satisfecho.

Lo más interesante que puedo recomendaros entre las obras que acaban de publicarse, es un tomo impreso por la librería Hachette, escrito por M. Emilio Gebhart y titulado: *Los orígenes del Renacimiento en Italia*. El autor es uno de nuestros jóvenes y brillantes

profesores y se ha consagrado con verdadera pasión desde sus primeros años al estudio de las bellas artes en Italia. Yo no creo que haya ningún francés que haya hecho más viajes á la tierra del Dante y de Rafael ni que conozca mejor todas sus hermosas ciudades. Su única ambición era la de llegar á escribir un día una historia del Renacimiento, y el volúmen que acaba de publicar puede considerarse como el prólogo de esa gran obra. La mitad del libro se halla consagrada á referir el movimiento de las letras y de las artes desde Dante y Giotto hasta mediados del siglo xv, época en que el trabajo de preparación queda terminado y comienza á florecer el Renacimiento. Llama principalmente la atención un capítulo sobre Petrarca, que me parece ser lo más exacto y lo más delicado de todo cuanto se ha escrito acerca de ese gran poeta y de ese erudito que tanto trabajo nos cuesta hoy comprender bien. La otra mitad del libro, que es la primera y la que el autor ha tratado con particular esmero, tiene por objeto averiguar las diferentes causas que provocaron en Italia el grande y magnífico impulso del Renacimiento. Las tradiciones antiguas, las influencias de la Grecia, del Oriente y hasta del Norte, la creación de una nueva lengua, hija del latín y sin embargo diferente de él, los acontecimientos históricos que después de la decadencia recíproca del Santo Imperio Germánico y del papado en su lucha secular dejaron el campo libre á las ciudades italianas y favorecieron el desarrollo de las libertades; todas estas causas han sido perfectamente analizadas por M. Gebhart. Hace ver al mismo tiempo que esa brillante flor de la civilización se hallaba destinada á vivir lo que las flores viven. Las ciudades italianas siempre en guerra unas con otras, siempre divididas interiormente por las facciones y las guerras civiles, estaban condenadas á ir alternativamente de la anarquía á la tiranía, hasta que aniquiladas por aquellas incesantes crisis se hallasen á merced de cualquier invasor, ya fuese alemán, francés ó español. Italia expió con dos siglos y medio de esclavitud y de abatimiento el brillo de sus días de gloria: vió ocupar á otros pueblos el primer puesto que ella había desempeñado ántes en el campo de la civilización: fué posible llamarla, sin una aparente injusticia, la tierra de los muertos; tuvo que aguardar la segunda mitad del siglo xix para llegar á constituir su unidad y recuperar su glorioso rango. ¿Quién dejará de simpatizar con sus nobles esfuerzos? ¿Quién no deseará que lleve á feliz término su patriótica empresa? Hoy está perfectamente demostrado que todos los proyectos de dominación universal, fraguados por una nación cualquiera, son tan insensatos como irrealizables; que, por el contrario, todos los pueblos necesitan de los esfuerzos de los otros pueblos, y que nunca llegará á haber demasiados obreros que con generosa emulación trabajen en pro de la causa del progreso.

Dejemos la literatura y hablemos algo de pintura y de escultura. El mes de Mayo nos trae siempre las exposiciones artísticas, y el gran salon de los Campos Elíseos acaba de inaugurarse con un retraso de unos quince días sobre la fecha acostumbrada. El reglamento y el jurado han sido en esta ocasión más indulgentes que nunca. Más de seis mil obras han quedado expuestas: esto es mucho para los que proponiéndose juzgar en conciencia quieren tomarse el trabajo de verlo todo. Como es natural, no se han hecho seis mil obras maestras, y el género mediano domina á todos los demás. Hay quien se queja de esto; pero también es preciso tener en cuenta los intereses de los artistas. Hay muchos que viven de su trabajo, y la exposición viene á ser para ellos el único medio de hacer ver al público sus obras, procurándose así la ocasión de darlas salida. Creo, pues, que conviene ser algo indulgente y aceptar el principio democrático que acaba de aplicarse. Lo bueno es siempre bueno, y yo os aseguro que en medio de ese amontonamiento de paisajes, de retratos, de cuadros de historia y de cuadros de género, el público sabe distinguir perfectamente los lienzos bien pintados y detenerse enfrente de ellos.

Naturalmente, no habiendo hecho sino una ó dos visitas al salon, no tengo la pretensión de decir exactamente lo que vale, aparte de que tampoco me sería posible en unas cuantas páginas hacer de él una completa reseña. Me parece más interesante que todas las anteriores. Obsérvase en él que continúa el movimiento hácia la pintura al aire libre que comenzó á iniciarse hace algunos años, y que el gusto de la observación contemporánea se desarrolla cada vez más, lo cual es un buen síntoma.

Hay dos retratos que indudablemente son de primer orden. El retrato de Víctor Hugo, por M. Leon Bonnat, y un retrato de mujer por M. Carolus Duran. La mujer está derecha, de pié, viste un magnífico traje de raso blanco guarnecido de encaje, y lleva sobre los hombros un abrigo forrado de finísimas pieles. Es, sin disputa, el mejor retrato que ha pintado hasta ahora M. Carolus Duran. Resplandece en todo él todo el brillo de su color, sin las brutalidades á que generalmente se muestra tan aficionado. La obra es delicada, distinguida y elegante. Yo opino que ese retrato no desmerecería en nada al lado de los de Van-Dick.

El retrato de Víctor Hugo es una pintura magistral. El gran poeta se halla sentado al lado de una mesa, con la mano derecha medio oculta en el chaleco; el codo izquierdo descansa sobre la mesa, y la frente se apoya en la mano abierta: piensa, medita, y parece que alguna magnífica concepción absorbe su altiva inteligencia. Otros han podido pintar y pintarán el Víctor Hugo de la intimidad, afable y risueño; M. Bonnat ha querido pintar al poeta en su robusta y grave vejez. Así es como tendrá que verlo la posteridad. Yo, por mi parte, coloco ese retrato muy por encima del de M. Thiers,

que tanto llamó la atención de los inteligentes; prescindiendo de ciertos tonos de ladrillo, en la coloración del rostro, no veo en él nada censurable. Había en la fisonomía movable de M. Thiers ciertos rasgos llenos de delicadeza y de finura que la mano naturalmente algo pesada de M. Bonnat no había logrado representar con toda exactitud. Lo que domina en las facciones de Víctor Hugo, lo mismo que en su talento, es la fuerza, y esto lo ha expresado el artista de un modo admirable.

Hay además otro retrato muy digno de ser visto: el de mademoiselle Sarah Bernhardt, la célebre actriz, ejecutado por M. Bastien Lepage. Este es un retrato muy pequeñito, es el perfil de una mujer todavía joven envuelta en un ropaje blanco, es una maravilla de gracia y de elegancia. Cuesta trabajo creer que el artista que ha pintado esta joya sea el mismo que firma á corta distancia de allí un gran lienzo lleno de fuerza, y titulado: *En otoño, la recolección de las patatas*. En una gran llanura que se extiende á lo lejos, y cubierta por un cielo ya triste, se ven varios labriegos encorvados y recogiendo las patatas amontonadas en la superficie del terreno. El autor no ha empleado allí ninguna afectación ni ha tratado siquiera de embellecer la naturaleza. La campesina que figura en primer término es una mujer robusta, sana y fuerte, como convendría que abundasen en todos los países. M. Bastien Lepage continúa desarrollando su talento y justificando todas las esperanzas que sus amigos fundaban en él. Este artista tiene apenas veintiseis ó veintisiete años, y ya es uno de nuestros maestros, uno de esos notables pintores cuyo talento es á la vez extraordinariamente original y flexible. Es hombre que estudia sin cesar y que no se doblega á las tradiciones de ninguna escuela. Mucho extrañaré que ántes de poco tiempo no llegue á figurar definitivamente en primera línea.

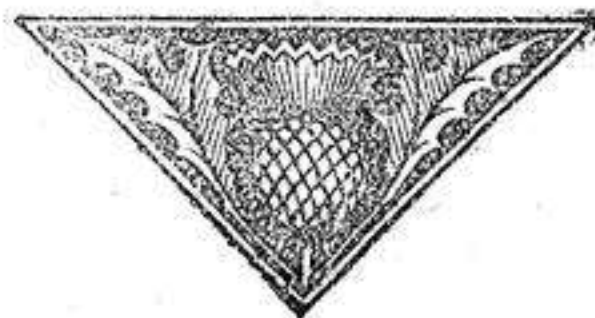
Hay otros tres grandes cuadros que llaman igualmente la atención del público y que serán, sin duda, los que habrán de disputarse la medalla de honor: un lienzo de M. Jean Paul Laurens, otro de M. Jules Lefebvre, y otro de M. Hermer. El cuadro de M. Laurens representa Bernardo poniendo en libertad á las personas emparedadas en Carcassone: es una obra seria y concienzuda. Para mi gusto deja mucho que desear en cuanto al color y al movimiento. M. Jules Lefebvre ha buscado su inspiración en la mitología y ha representado el Baño de Diana: la diosa se halla rodeada de sus ninfas: adivínase á Acteon á lo lejos. Es una vasta composición, elegante y bien dibujada: los cuerpos de las mujeres están casi todos perfectamente modelados, y resultan tal vez demasiado voluptuosos tratándose de las ninfas que forman el séquito de Diana: la parte vulnerable es el color, algo indeciso, y hasta iba á decir algo gris. Yo por mi parte doy la preferencia al cuadro de M. Hermer, titulado *Egloga*. En un tranquilo paisaje, á la hora en que la noche comienza á llegar, se hallan dos mujeres: la una á la izquierda, senta-

da sobre la hierba, toca la flauta; la otra á la derecha, puesta de pié y apoyada contra un árbol, escucha la melodía. Tiene indudablemente ciertos defectos en la composicion; pero hay en este cuadro una maravillosa impresion de belleza, de paz y de poesía. Al contemplarle, el espectador sueña á pesar suyo: al cabo de un momento, no se ve ya solamente la obra del artista, se abandona uno á un movimiento interior provocado por tan poética concepcion. Las bellas obras no son las que se limitan á dar gusto á la vista, sino las que hacen pensar y nos llevan poco á poco hácia esas regiones superiores á la realidad. La *Egloga* de M. Hermer es una de estas obras. Recuerda mucho los anteriores cuadros del mismo pintor; pero á mi juicio, el artista no había llegado nunca hasta donde se ha remontado ahora, y no creo que pueda hacer ya un trabajo más perfecto.

La escultura ofrece tambien algunas obras muy interesantes: una Clotilde de Surville, de M. Gautherin, un San Vicente de Paul, de M. Falquieres, un Dante, de M. Aubé, y un niño vestido á la moderna y de tamaño natural, admirablemente ejecutado en mármol por M. Chapin; pero la exposicion más notable es la del jóven estatuario M. Antoine Mercié. M. Mercié es de la familia de los grandes artistas. Mme. Michelet le encargó la direccion del monumento que debía erigirse en el cementerio del Padre Lachaise á la memoria de su marido. Este monumento se compone de un prolongado bajo-relieve. Michelet yace muerto sobre su lecho funerario; su hermosa cabeza, que la vida acaba de abandonar, descansa sobre una almohada. Delante de él aparece, como saliendo del sepulcro, una hermosa mujer cubierta con un velo: es la musa de la Historia. Señala con el índice el ángulo superior del plinto en que aparece escrita esta frase del gran historiador que tan perfectamente resume su genio: «La historia es una resurreccion.» La composicion es sencilla, vigorosa y conmovedora. Hay otro trabajo de M. Mercié tal vez superior á éste: la estatua de nuestro gran astrónomo Jacques Arago. De pié sobre su pedestal, el ilustre sabio, que fué al mismo tiempo un eminente profesor, está representado en actitud de hablar: á sus piés figura una esfera celeste; su mano izquierda ostenta un manuscrito; con la mano derecha levantada y tendida hácia delante, muestra el cielo á la multitud que le escucha. La cabeza es soberbia, llena de nobleza y de vida. Yo no creo que ni el mismo David de Angers haya hecho nunca una estatua tan magnífica como ésta. Yo daría cualquier cosa porque nuestros *naturalistas* (esta palabra está hoy á la órden del dia), que sólo saben sacar de la realidad lo feo y lo repugnante, se tomasen la molestia de ir á contemplar esa obra; entónces verían que un traje moderno y un asunto moderno pueden ofrecer tanta grandeza y tanta belleza como cualquier asunto antiguo: la cuestion está en tener la necesaria aptitud para obtener de la realidad que vemos todos los dias esa grandeza y esa

belleza. Yo confieso que esto es lo verdaderamente difícil y que es mucho más sencillo despertar la admiración del vulgo necio entreteniendo en copiar alguna horrible monstruosidad. Pero si el arte no fuera cosa difícil ¿en qué consistiría el mérito de ser un gran artista?

CÁRLOS BIGOT.





MISCELÁNEA.

CIENCIAS.—ARTES.—LITERATURA.

Los *espiritualistas y positivistas y su doctrina sobre las causas.*—La disputa entre el espiritualismo y el positivismo se renueva incesantemente; es uno de esos episodios de la historia de la filosofía que bajo formas múltiples y variadas se repiten á toda hora en cualquier momento. En un libro del que se ha hecho poco há la última edicion, consagrado por M. Taine á bosquejar la fisonomía de algunos ilustres pensadores de nuestro siglo, se alude á esa querella eterna, y se trata de sintetizar el aspecto que hoy ofrece en la nacion vecina en lo que toca á la cuestion de las causas. Hé aquí cómo lo hace el distinguido miembro del Instituto:

«No expongo, combato; no estoy obligado á explicar un sistema, porque me limito á señalar una direccion. Sólo me he fijado en un punto que es capitalísimo, por lo cual ha de permitirme el lector que hable de él con algun detenimiento.

Hay un género de cosas, sustancias, esencias, causas, naturalezas y fuerzas que se llaman entidades metafísicas, y que, en efecto, forman la materia de la metafísica. Todos estos nombres se reducen á uno, el de *causa*, porque todos designan un yo no sé qué desconocido é íntimo que produce y explica las propiedades y cambios de las cosas. La ciencia tiene por objeto investigar la causa de cada cosa y la causa de todas las causas, que es la del universo. Si entendeis por causa cierta cosa, tendreis cierta idea del universo y de la ciencia, y si entendeis por causa otra cosa distinta, tendreis una idea distinta de la ciencia y del universo.

Existen ahora en Francia dos escuelas filosóficas importantes que se encuentran á la vez ligeramente modificadas en Inglaterra y Ale-

mania: una que se halla en boga entre los literatos, y otra entre los hombres de ciencia; á la primera la llamamos espiritualismo, y á la segunda positivismo. Hé aquí en breves palabras su doctrina sobre las causas.

Los espiritualistas (me refiero á los que piensan) consideran las causas ó fuerzas como séres distintos diferentes de los cuerpos y las cualidades sensibles, semejantes á la fuerza interior que llamamos voluntad, por tal manera, que debajo del mundo conocido, palpable y visible, hay un mundo invisible, impalpable é incorporeal, que es origen del otro y que le sostiene.

Los positivistas consideran las causas ó fuerzas, especialmente las causas primeras, como cosas situadas fuera del alcance de la inteligencia humana, de tal suerte, que nada puede respecto de ellas afirmarse ó negarse; limitan las investigaciones de la ciencia, y la reducen al conocimiento de las leyes, es decir, de los hechos generales y sencillos, adonde puede llegarse por el de los complejos y particulares.

Los espiritualistas, por ejemplo, dicen que la causa de la vida es la fuerza vital, especie de sér incorpóreo unido á la materia para organizarla, y que la causa del universo es un sér distinto, espiritual, que existe por virtud de su propia fuerza y análogo al alma que en nosotros sentimos.

Los positivistas, por el contrario, declaran no saber cosa alguna ni sobre la causa de la vida ni sobre la del universo. Limítanse á señalar la fuerza y la intensidad de las reacciones químicas y las acciones físicas que constituyen la vida, y á agrupar las leyes experimentales que reúnen todos los hechos observados.

Los espiritualistas alejan las causas de los objetos, y los positivistas las alejan de la ciencia. Unidos en el principio y separados en las consecuencias, están de acuerdo en colocar las causas fuera del mundo observador y real para crear un mundo extraordinario, con la diferencia de que los espiritualistas creen poder conocer este mundo y los positivistas no.

Es por esto por lo que si se probara que el órden de las causas se confunde con el órden de los hechos, se refutaría á unos y á otros, y viniendo las consecuencias á desenvolver el principio, ni los positivistas tendrían necesidad de mutilar la ciencia, ni los espiritualistas el derecho de duplicar el universo.

No se ha intentado hacer aquí otra cosa; toda la dificultad en semejante obra consistía en preservarse de la ilusion óptica que nos hace tomar las causas por séres, que transforma las metáforas en sustancias y que otorga á los fantasmas consistencia y solidez. Para escapar á los efectos de esa ilusion es necesario ver cómo nace. Es necesario ver cómo nace la idea de causa y para esto escoger cinco ó seis casos de entre los que la hacen nacer, escoger los más vulgares y palpables, mejor explorados y circunscritos, advertir en cada uno

de ellos la circunstancia que la suscita, limitar y definir esa circunstancia y avanzar paso á paso por los senderos estrechos de los psicólogos y de los gramáticos. Sólo entónces se sabe con exactitud lo que es una causa. Estas pequeñas análisis producen en filosofía el mismo efecto que en astronomía las medidas precisas. Cuando se han sucedido dos décimos de segundo puede calcularse la distancia de las estrellas á la tierra. Cuando se ha determinado la idea de causa, puede renovarse la idea del Universo.

Merced á estas minuciosas descomposiciones, está demostrado que es causa de un hecho la ley ó la cualidad dominante de donde el hecho se deduce, que una fuerza activa es la necesidad lógica que une el hecho derivado á la ley primitiva; que la fuerza de su peso, en una palabra, es la necesidad lógica que une, que enlaza la caída de una piedra á la ley universal de la gravitación. De todo esto se ha deducido para combatir á los espiritualistas que no hay necesidad de inventar un nuevo mundo para explicar éste, que las causas de los hechos están en los hechos mismos, que no hay un pueblo de seres espirituales encerrados en el seno de los objetos y ocupados en producirlos, que el origen de los seres es un sistema de leyes y que toda la tarea de la ciencia está reducida á referir un conjunto de hechos aislados y accidentales á cierto axioma generador y universal.

Pero al mismo tiempo de todo aquello que ántes hemos expuesto puede deducirse también contra los positivistas, que las causas no forman un mundo misterioso é inaccesible, que pueden reducirse á leyes, tipos ó cualidades dominantes, que pueden ser observadas directamente y en sí mismas, que están contenidas en los objetos, que pueden ser separadas de ellos, que las primeras tienen la misma naturaleza que las últimas y pueden como éstas, mediante la abstracción, ser separadas de los objetos en que se manifiestan, y que el primitivo axioma se revela en cada hecho de los que produce, como la ley de la gravedad en cada caída que ocasiona.

Tal es la razón de que por encima de todas esas análisis sabalternas que se llaman ciencias, que refieren los hechos á algunos tipos ó leyes particulares, pueda existir una análisis superior llamada metafísica que refiera esas leyes y esos tipos á cierta fórmula universal. Léjos de estar en contradicción con las demás, esa análisis las completaría; no empezaría un movimiento diferente sino que continuaría el movimiento comenzado; recibiría de cada ciencia sus conclusiones finales respecto á la extensión, al cuerpo astronómico, á las leyes físicas, al cuerpo químico, al individuo vivo, al pensamiento; descompondría estas conclusiones en ideas ó elementos más simples y trabajaría para ordenarlos en serie y para investigar y separar de todos ellos la ley que los enlaza. Así descubriría que la naturaleza es un orden de formas que se corresponden las unas con las otras y componen un todo indivisible. Por último, analizando los elementos y las definiciones, trataría de demostrar que éstos no podrían re-

unirse más que en cierto orden de combinaciones, que todo otro orden ó combinacion encierra alguna contradiccion íntima, què este proceso ideal, único posible, es como el procesado observado, único real, y que el mundo descubierto por la experiencia encuentra así su razon como su imágen en el mundo reproducido por la abstraccion.

Tal es la idea de la naturaleza expuesta por Hegel á traves de miles de millares de hipótesis, y entre las tinieblas impenetrables del más bárbaro estilo y el derrumbamiento completo del movimiento natural del espíritu. Se acaba de ver que esta filosofía tiene por origen cierta nocion de las causas. Aquí he tratado de justificar y de aplicar esta nocion. Ni aquí ni fuera de aquí he procurado otra cosa.»

Congreso literario internacional de 1879.—La segunda reunion del Congreso literario internacional se verificará en Lóndres el dia 8 de Junio próximo. Un comité inglés compuesto de los más eminentes literatos de la Gran Bretaña, bajo la presidencia de Mr. Blanchard-Ferrol, ha adoptado las medidas necesarias para que este Congreso se celebre de la manera más solemne y brillante.

El programa del Congreso es el siguiente:

Primera sesion.—Nombramiento de la mesa.—Discursos de apertura por los presidentes honorarios.—Discurso del presidente de la Asociacion literaria internacional.—Lectura del informe sobre los trabajos de la Asociacion.—Discursos sobre las diversas literaturas nacionales.

Segunda sesion.—De la traduccion y de la manera de garantizar los intereses y la dignidad de los autores de la obra original.—Debate sobre esta cuestion.

Tercera sesion.—De las adaptaciones ó arreglos y de la forma de reglamentar los derechos respectivos del autor de una obra original y del que la arregla ó acomoda á las condiciones de otro país.—Debate sobre este tema.

Cuarta sesion.—Votacion de los estatutos de la Asociacion literaria internacional.—Votacion de los acuerdos del Congreso sobre las cuestiones discutidas en los dias segundo y tercero.—Manifestaciones y acuerdos del Congreso.—Señalamiento del lugar en que ha de verificarse la reunion inmediata del Congreso y de la fecha en que se reunirá.—Discurso de clausura.

El idioma oficial del Congreso será la lengua francesa. Los debates de las sesiones segunda y tercera se iniciarán dando lectura de los informes redactados acerca de cada uno de esos puntos por las comisiones ponentes respectivas.

El firman de Mahomet II.—Los conservadores ingleses, partidarios de la integridad del imperio otomano, ni se arrepienten ni se enmiendan. Ahora con Lord Salisbury declaran todavía su esperanza de que la Sublime Puerta llegará, por un sincero espíritu de sumisión á los deberes que la paz de Berlín le impone, á realizar todas las reformas exigidas en el gobierno y administración de Turquía por los pueblos cristianos de Europa. Pero no se limitan á esto. En una revista británica de escasa circulación, pero de alguna autoridad, acaba de publicarse un extenso trabajo sobre la situación de los rajahs desde la conquista otomana á nuestros días. El autor de ese trabajo es un turcófilo apasionado hasta la ceguedad. Pretende adulterar la historia afirmando que la situación de los rajahs en la península greco-eslava fué constantemente inmejorable, siempre satisfactoria y halagüeña. Para justificar su creencia apela á la historia y en primer término al célebre firman dado por Mahomet II despues que su bizarro ejército le dió con la posesión de Constantinopla la llave del mundo oriental. No hemos querido pasar adelante en el exámen de los testimonios aducidos por el escritor inglés. Nos ha bastado con ese, que evidencia su parcialidad. No es necesario para ponerla de relieve otra cosa que recordar hechos que están en la memoria de todos y consultar el texto mismo del firman que se invoca.

Mahomet II entró en Constantinopla á medio día el 29 de Mayo de 1453 por la puerta de San Romano. Dirigióse rodeado de los grandes y ministros de su corte, de los caudillos de su aguerrido ejército á la iglesia de Santa Sofia, ante cuya magnificencia arquitectónica detúvose admirado. Un muezin, desde las altas y ensangrentadas torres del santuario, llamaba ya á los fieles á la oración. Durante tres días la ciudad fué teatro de los más violentos desórdenes. El ejército y la escuadra hicieron rico é inmenso botín. El pánico fué áun mayor. Los vencidos empezaron á comprender cuál era su triste destino. Aquella indiferencia tenaz con que habían asistido á los progresos de las armas otomanas; aquellas disputas teológicas que les habían preocupado en los últimos años más que nunca; aquellas discordias en que agotaron las escasas fuerzas que les restaban, aquella complicidad tácita siempre y declarada muchas veces con que habían auxiliado la empresa de los descendientes de Ertogrul les parecieron tan criminales como en realidad eran. ¡Acíago despertar el despertar del pueblo vencido!

«Toda Grecia se sintió herida por el desastre. Los habitantes de la Marca y de las islas huían sin saber adónde. El mar estaba cubierto por las barcas en que los fugitivos trataban de salvarse y de salvar su hacienda. Las montañas, los monasterios y las islas ocupadas por los genoveses y los venecianos eran el asilo á que todos deseaban arribar. Aquello era, segun la frase de los cronistas, una dispersion como la de los hebreos despues de la conquista de Jeru-

salen». En todas las playas de Europa desembarcaron fugitivos. Sobre todo en Italia. El antiguo espíritu griego iba á contribuir, en parte, por este hecho memorable, al renacimiento que despertaba al mundo de la «larga noche» de la Edad Media. Aquellos vencidos no pudieron propagar en el ánimo de sus vencedores la altura que poseían y se buscaron refugio en Occidente.

Mahomet creyó necesario procurar que disminuyera aquella emigracion que amenazaba despoblar sus dominios. A los griegos que habían huido de Constantinopla á las otras provincias del Imperio les ordenó que regresaran á la ciudad, y á los que se habían refugiado en el extranjero les prometió que sus bienes serían respetados y libre el ejercicio de la religion cristiana. Hizo elegir un nuevo patriarca; asistió á la ceremonia de su consagracion; lo obsequió con dones cuantiosos y puso en sus manos un firman que determinaba la situacion de los helenos bajo el nuevo gobierno. Sus principales disposiciones eran estas:

1.^a Los cristianos conservarán todas sus iglesias, excepcion hecha de la de Santa Sofía.

2.^a Podrá profesar libremente su culto.

3.^a Conservarán el derecho de administrar sus intereses comunes, formando una agrupacion distinta de la nacion conquistadora.

4.^a Pagarán un tributo personal y otro por los bienes que posean.

5.^a La nacion ó comunidad griega estará mandada por el patriarca asistido de un sínodo. El patriarca tiene rango de visir y se le concede una escolta de genízaros.

6.^a Todos los litigios que se promuevan entre los rajahs de la diócesis de Constantinopla y las causas que se les formen por leves infracciones, los contratos matrimoniales y expedientes de divorcio, los testamentos y sus incidentes y las acusaciones de robo y otros delitos deberán ser conocidas por el tribunal del patriarca, que podrá condenar á la pena de prision, de galeras y de palos, debiendo cumplir y hacer cumplir sus sentencias todos los jefes militares del imperio, así como las análogas que dictase cada obispo en sus respectivas diócesis.

7.^a El sínodo formará el gran Consejo nacional de los griegos, conociendo enalzada de todos los juicios pronunciados por los obispos.

8.^a El sínodo administrará las rentas de la Iglesia y de la comunidad.

9.^a Los obispos en sus diócesis tendrán las mismas atribuciones que el patriarca en Constantinopla y gozarán de los mismos derechos de que él goce. Los *papas* (clérigos) tendrán en sus parroquias la jurisdiccion civil.

10. Las tierras que no hayan sido transformadas en *timars* continuarán en poder de los rajahs, que las poseerán como los cultiva-

dores mahometanos; pero estando sometidos al impuesto de que habla la regla 4.^a

11. Cada pueblo ó aldea elegirá varios magistrados (*primats*) encargados de distribuir y recaudar la cuota que se les haya repartido. Estos además recaudarán varios impuestos especiales y cuidarán de que se pague el diezmo, se suministren víveres á las tropas, se hagan presentes á los gobernadores, etc., etc.

Es necesario, además, tener en cuenta lo que duraron y cómo se cumplieron estas disposiciones para que se comprenda hasta qué punto fué desde el primer día del definitivo este eminente estadista inglés, puede conservarse sin el concurso de un elemento intelectual; por esto se desarrolló,—caso extraño en la historia del mundo,—una especie de tolerancia en medio de la crueldad, la tiranía y la rapiña. Se menospreció mucho de la vida cristiana y se confiaron á los obispos algunas funciones administrativas y judiciales de segundo orden.

No tienen más alcance las disposiciones del firman de Mahomet II, á que se ha atribuido mayor importancia.

La segunda parece copiada de una constitucion moderna. No representa, sin embargo, más que el desden de los turcos hácia el culto profesado por los *perros infieles*, ni fué bastante á impedir aquel horrible tributo de niños cristianos arrancados á su fe y al amor de sus madres para convertirlos en sectarios humildes del Profeta y en soldados de la milicia nueva. Hay un maquiavelismo horrible en esta conducta que ya hemos señalado en otro lugar. Respetando, siquiera fuese con el respeto de la indiferencia, á los cristianos y sus prácticas religiosas, se logró no provocar inmediatamente violentísimas represalias y apoderándose de los hijos de los rajahs para educarlos en la fe del Islam, se debilitaban moral y materialmente las poblaciones cristianas; materialmente, porque su fuerza iba á formar el núcleo resistente de los conquistadores; moralmente, porque—esta frase tambien es de Mr. Gladstone,—los padres que abandonaron los cuerpos y almas de sus hijos al tirano, hundiéronse en el abismo del embrutecimiento y adquirieron aquella disposicion de ánimo, que tanto sirve para extremar la ley de la violencia como para doblegarse ante ella (1).

La tercera disposicion del firman de Mahomet II organiza á los vencidos en agrupacion distinta, separada, independiente de la conquistadora. Principio funesto para los rajahs y para el Imperio, más funesto todavía que por su proclamacion, por la consecuencia con que ha sido respetado y mantenido. Fundiéndose, si hubieran podido llegar á fundirse y á constituir un solo cuerpo social, los vencedores y los vencidos, no hubieran permanecido éstos en la condicion

(1) *El factor helénico del problema oriental.*

desdichada en que todavía se encuentran, ni amenazaría ahora al Imperio turco un inevitable y desastroso término. Pero no era fácil que se fundieran, y ya ántes hemos dicho por qué. Esa tercera cláusula es por tanto lógica, y lógico que no la hayan modificado los acontecimientos. Su estudio, hecho en los capítulos anteriores y en este mismo, es el de la verdadera cuestión de Oriente. Lo repetimos tanto para que nuestros lectores se penetren de lo que hay en el fondo de este grave problema. De cada hecho, de cada accidente, de cada episodio brotarán pruebas que coincidan con las que van suministradas y que revelen hasta qué punto es exacta aquella ley que condena á desaparecer y perderse á los pueblos conquistadores, que, como se dijo de Aníbal, han sabido vencer, pero no aprovecharse de la victoria. Hay algo que es peor aún que gozar en Capua de los favores de la próspera suerte y de las ventajas de la gloriosa fortuna.

La agrupación de los vencidos tenía un jefe superior en el patriarca, jefes de segundo y tercer orden en los obispos y *papas*, para cada diócesis y cada parroquia; un alto cuerpo consultivo en el sínodo; corporaciones municipales en los *primats*; jurisdicción independiente para los pleitos entre cristianos, para las faltas correccionales de éstos y aún para algunos de sus delitos; tenía, por último, hasta una escolta de genízaros para su jefe supremo: ¿qué más iba á pedir? ¡Ah! ¡Cuánta crueldad y qué astucia tan horrible tiene en sus procedimientos la tiranía! Todo eso era mucho, con efecto, todo eso otorgaba cierta independencia á la comunidad cristiana; pero semejante independencia puesta á merced de un genízaro ó de un musulman, era completamente ilusoria. Los vencedores fueron siempre vencedores, y sobre todas las leyes dictadas y todas las franquicias concedidas, se mantuvo y se mantiene perpetuamente amenazadora la ley de la fuerza, que es el derecho del vencedor.

Podría el firman de Mahomet otorgar toda suerte de franquicias á los cristianos, pero ántes que ellas se atendió sin duda á que los cristianos estaban á merced de los vencedores. Estos les dispensarían cuando quisieran su *bon vouloir*, y merced á él ejercerían los derechos que se le hubieran reconocido; pero vivir así ¿es vivir?

Los litigios entre los rajahs los resolvían sus tribunales, su patriarca, sus obispos, su sínodo, pero los litigios entre rajahs y musulmanes los resolvían éstos, si ántes no los terminaba la violencia. La elocuente exclamación de Breno fué y es todavía en muchos casos, á pesar de la vigilancia de Europa, la síntesis de su dolorosísimo estado: *¡Væ victis!*

La 10.^a de las disposiciones que hemos citado consagra el más inicuo despojo. Los *timars* eran los feudos fundados para la milicia otomana con la tierra de los vencidos. A los que se les había arrebatado su propiedad por completo para convertirla en *timars* y darla á los sipahis, no se les trataba acaso tan duramente como á los que después de reducirlos á la condición de cultivadores mahometanos,

se les hacía pagar por el miserable producto de sus bienes un impuesto personal, otro territorial, diezmos, suministros, ofrendas y un gran número de exacciones y de gabelas que oportunamente enumeraremos, y que áun hoy contribuyen tanto al atraso y á la miseria de la Península ilírica, á ese estado económico de la Sublime Puerta, que es una de sus más terribles dificultades.

La historia de los *primats* recuerda la historia de las curias ó asambleas municipales organizadas en todas las ciudades del Imperio romano. Los decuriones eran con sus bienes responsables del pago de los impuestos, y fué tan desdichada la situacion de estos funcionarios, que se tuvo por gran merced el privilegio de exceptuarse del desempeño de aquellos cargos. No dice Lavallée que los *primats* tuvieran responsabilidad análoga á las de los decuriones; pero era bien poco envidiable su puesto de repartidores y recaudadores de los tributos. La disposicion 11.^a del firman de Mahomet II hace presumir que en esas magistraturas podría haberse refugiado un resto de independencia local; pero no fué así, ni ha existido jamás esa independencia en Turquía, ni quiere la Puerta que exista, como lo declaró en 1876 y 1877 su negativa á aceptar las proposiciones de la conferencia de Constantinopla y el protocolo de Lóndres, como lo confirma ahora su actitud vacilante y su resistencia á dar verdaderas garantías á Europa.

Un anuario artístico.—M. Víctor Champier ha querido en la esfera de las bellas artes hacer lo que M. Andrés Daniel en cuanto á la política, lo que M. Jiquier en ciencias, lo que M. Block con la economía y la estadística, un resúmen anual de noticias curiosas y de juicios brevísimos sobre los artistas y sus obras, las exposiciones que constantemente se abren, y los certámenes que á cada momento se verifican, y sobre los problemas de arte que la actividad de escritores y artistas pone á la órden del dia. Su libro *La année artistique* es un bello volúmen en 8.^o, de 700 páginas, muy completo en lo que se refiere á noticias y juicios sobre la vida artística de Francia durante el año de 1878, algo deficiente en lo que toca á la de los demas pueblos. El *Ateneo belga* lo censura por omisiones muy sensibles relativamente á la historia de las artes en aquella nacion durante ese período. Por lo que á España se refiere, lo son áun más, y convendría que para los anuarios sucesivos M. Champier procurara ponerse más al corriente de los asuntos en que debe ocupar su brillante crítica.

La exposicion universal de Paris ha suministrado á M. Champier materia para más de ciento cincuenta páginas de este volúmen: es el suceso artístico más importante del año anterior y merecía que se le consagrara esa atencion.

El Premio Cortina.—El colegio de Abogados de Madrid, deseando perpetuar la memoria de su último decano el respetable Sr. Cortina, ha creado un premio anual que llevará el nombre de aquel ilustre jurisconsulto. No se han generalizado tanto entre nosotros estas instituciones que no merezca por ella el colegio sinceros aplausos de nuestra parte. El primer certámen para el premio Cortina se verificará en 1880. Hé aquí las condiciones con que se anuncia:

TEMA.—*Exposicion científica de los principios que informan el derecho internacional privado de los principales Estados de Europa y América, en sus relaciones con el derecho civil de España.*

PROGRAMA.—1.º El autor de la Monografía que resulte premiada, á juicio del Jurado, obtendrá la cantidad de 2.500 pesetas en dinero y 200 ejemplares de la edicion costeada por el Colegio.

2.º El Jurado que ha de entender en el exámen y calificacion de las Monografías presentadas, lo compondrá la Junta de Gobierno de este Colegio, en union de tres individuos de dicha corporacion, designados de antemano por la misma Junta.

3.º Si ninguna de las Monografías presentadas contuviere el suficiente mérito intrínseco para obtener el premio, podrá el Jurado declarar el *accéssit* á la obra que considere digna, el cual consistirá en una mencion honorífica, la impresion de la Monografía y la entrega al autor de 200 ejemplares de ella.

4.º El autor de la Monografía á que el Colegio adjudique el premio ó *accéssit*, conservará la propiedad literaria de la misma, correspondiendo solamente al Colegio la propiedad de la primera edicion que costea.

5.º Las obras que hayan de optar á premio se señalarán con un lema y se remitirán al secretario del Colegio ántes del 12 de Abril de 1880.

6.º Cada una de las Monografías presentadas no podrá pertenecer á más de un autor.

7.º Cada autor remitirá, con su Monografía, un pliego cerrado, señalado en la cubierta con el mismo lema de la Monografía respectiva, y que en la parte interior contenga su firma y expresion de su residencia.

8.º Adjudicado el premio ó *accéssit* á la Monografía que se acuerde, se abrirá solemnemente el pliego cerrado á que corresponda, inutilizándose los demas en la Junta de gobierno en que se haga la adjudicacion.

9.º A los autores que no llenen las condiciones expresadas, que en el pliego cerrado pongan nombre distinto del suyo, contraseña que no lo contenga, ó quebranten el anónimo, no se les dará premio.

10. Todo individuo, sea ó no abogado, puede aspirar al premio ó *accéssit*, exceptuando los que forman parte del Jurado.

El premio, aunque módico, es bastante á excitar la actividad de nuestros jóvenes jurisconsultos y publicistas que pueden hallar en él recompensa equivalente á los afanes que les imponga el estudio del árduo problema señalado. La eleccion de éste merece aplauso. Los estudios de derecho internacional adquieren cada dia mayor importancia, y entre nosotros se miran con algun abandono. Allá, en el doctorado de leyes, se estudia en el mismo curso que la filosofía del derecho, sin tiempo bastante para profundizar ninguna de las dos asignaturas, el derecho internacional público y privado. Los alumnos dejan las universidades con muy escasas y superficiales nociones de esta materia. El Colegio de Abogados de Madrid ha hecho bien en estimular su estudio. Conviene que la juventud lo profese, para que en las investigaciones y desarrollo de esa rama de la ciencia no continúe España casi por completo apartada del movimiento europeo y americano, que es brillantísimo, como lo prueban los nombres de Bluntschli, Mancini, Pierantoni, Lorimer, Rolin, Jacquemyns, Asser, Calvo, Lawrence, y otros muchos al lado de los cuales nuestro país sólo coloca uno ó dos dignos de ese honroso puesto.

Las catástrofes históricas y la intervencion de la Providencia en el gobierno del mundo.—Una discusion entre dos críticos de libros de un periódico de Madrid y un diario de Barcelona, ha puesto recientemente este tema sobre el tapete. Mentira parece que despues de haberlo tratado Draper haya aún quien lo suscite en cierto sentido. Sin embargo, todavía existen escritores que á todas horas afirman,—siempre sin pruebas, porque ¿cómo hallarlas?—que la Providencia gobierna al mundo, y lo que es más inconcebible, que no debe negarse la posibilidad de las catástrofes históricas, catástrofes en que puede desaparecer una civilizacion, volviendo las sociedades á la barbarie primitiva de que salieron.

¡Las catástrofes históricas! Siempre nos ha repugnado esta frase, y siempre hemos creido que descansaban en prejuicios de todo punto falsos esos pavorosísimos anatemas que se lanzan sobre la frente de ciertas escuelas á la faz del mundo, ó esas rudas exclamaciones con que se apostrofa á la sociedad para que no siga ni se empeñe en caminos de perdicion.

Esta idea de las catástrofes en la historia se aplica al pasado, al presente y al porvenir.

No discurriríamos sobre ella si no hubiera de salir á nuestro encuentro más de una vez, porque la idea de las catástrofes históricas es una de las ideas de que más se ha abusado y se abusa al tratar las cuestiones políticas que agitan nuestro tiempo.

Nosotros oponemos á esa verdadera ficcion filosófica ó erudita

una idea jamás desmentida, jamás contrariada, la del progreso humano y social, y en nombre del progreso humano y social, que es una gran verdad, que palpita en todas las esferas de la vida, en todos los hechos de todos los pueblos, en su aparición, en su crecimiento, en su apogeo, en su ruina; negamos que existan, que hayan existido, que puedan existir esas catástrofes históricas, que suponen la completa destrucción, la total desorganización y anarquía del mundo.

Laurent ha abusado mucho de esto en su propósito de atribuir misión providencial á todos los hombres que han descollado en las páginas de la historia y á todos los pueblos cuyos hechos han contribuido á formarla.

Es muy frecuente hallar en las páginas de sus *Estudios sobre la historia de la humanidad*, juicios que revelan hasta qué punto y con qué íntima convicción profesa aquella doctrina.

Se presenta un período crítico,—los períodos críticos tienen también bastante de imaginario y de convencional,—se presenta un período crítico: ¿hay un pueblo que decae, una sociedad que se disuelve, un imperio que agoniza, una cultura que perece ahogada por inevitable corrupción?... Pues se necesita un salvador y este salvador es una doctrina ó un nuevo pueblo invasor que arroja al primero de sus dominios; se entabla la lucha entre ambos, gana el invasor una batalla, la describe el que hace su historia y añade á renglón seguido: «Los vencedores tenían conciencia de su misión; eran enviados por la Providencia; iban á regenerar la sociedad amenazada por serios, por hondos, por gravísimos peligros. Triunfaron en aquella empeñada contienda. Aquel día se decidió la suerte del mundo. Aquel día abrió una nueva era para la sociedad. Sin su triunfo ¿qué habría sido del mundo, de la cultura y de la historia?...»

Y se exornan estas frases con pomposas y aún brillantes generalidades y se ofrecen á la admiración de los crédulos como el último y definitivo corolario de la filosofía aplicada á la historia, ó como la quinta esencia de esta importantísima rama del saber humano, y se les dice: ¡Hé ahí el secreto de las antiguas edades; hé ahí la clave de este magnífico proceso, que parecía impenetrable á nuestros ojos!

En tal manera de apreciar el curso y los accidentes de esa que fué llamada por los antiguos maestra del hombre, la augusta y serena crónica de los hechos que acaecieron en otras edades, hay gran número de errores.

El primero consiste en suponer la existencia en la vida de la humanidad de períodos críticos, de transición, después de los cuales debe aparecer una época nueva que realizará todos los ideales, armonizará todas las contradicciones y unirá, levantándolas hasta una síntesis común, superior y más comprensiva todas las divergencias, todas las discordias que constituyen el fondo de la vida social.

Los que esto suponen han convenido en el hecho de que en la época actual se presentan siempre anuncios significativos y valiosos

de esa época nueva. Algun filósofo, ilustre por su talento, respetable por la nobleza de su carácter y la probidad inmaculada de sus doctrinas, ha dicho: «El tiempo del fruto está aún lejano; pero el tiempo de la flor ha llegando ya;» frase que sin duda inspira otra tan poética del autor del *Fa sostenido: Ya viene Mayo*. Y como á la mayor parte de estas generalizaciones histórico-filosóficas nunca faltan media docena de hechos que parecen comprobarlas plenamente, aún cuando bien aquilatadas revelen sólo que las produce un exámen parcial y exclusivo de la verdad, de aquí el que esa época nueva que ha de convertir de la noche á la mañana al mundo en otra feliz Arcadia, corra entre gran número de gentes doctas como cosa valedera y realizable. Y es de ver lo mismo á los de unas que á los de otras escuelas, entre los dos polos que encierran las formadas sobre todas las materias opinables que el hombre estudia, cómo se atribuyen y apropian el triunfo, jurando y perjurando que á la que habla estará encomendada la milagrosa direccion de los asuntos mundanos el dia que comience á imperar dichosamente esa era novísima.

A esta concepcion de la historia, ideada y desenvuelta léjos del mundo sensible, se opone la historia misma. No hay hecho que no esté encadenado á otro hecho, producto de cuantos le precedieron y origen de los que han de seguirle. Si la abstraccion nos presenta como tarea fácil la de separar unos reinados de otros y unos pueblos estableciendo ciclos, edades y períodos que los dividan y agrupen, la realidad de la vida nos demuestra que es loco empeño colocar un límite allí donde el natural y libre progreso de las ideas y el desarrollo natural tambien de los acontecimientos, han escrito sólo una larga serie de sucesos íntimamente tramados y enlazados, constituyendo todos una larga cadena, cuyos primeros eslabones serán siempre para el hombre tan desconocidos como los últimos. Y como no cabe dentro de lo que es lícito proyectar que esa cadena sea violentamente rota, ¿á qué apelamos á arbitrios pueriles para señalar aquí y allá las secciones que en cada época y á juicio de cada hombre se cree conveniente hacer? Si nos mueve á obrar así en el estudio de la historia el deseo de facilitar este mismo estudio, todavía es tolerable que eso se haga; pero elevados á otro orden de consideraciones, cuando tratamos de juzgar algo de lo porvenir para que á su imagen y en su provecho se regule nuestra conducta presente, ¿á qué creer y á qué contribuir á que se piense que la vida humana vaya á interrumpir su curso progresivo para dar, merced á no sabemos qué mecánico providencial, un gran salto que la aparte en lo sucesivo de esta edad de las contradicciones y la coloque de lleno, sin vacilacion alguna, en la edad de las armonías? ¿Qué magia es esa que así ha de terminar la presente crisis, ni qué crisis es la de los momentos actuales, ni qué leyes pueden determinarla, ni qué concepto tan arbitrario y tan absurdo es el que puede alimentar y sostener tales

errores, sobradamente propagados y sin el conveniente exámen recibidos?

Sucede que un escritor que toma á su cargo disertar sobre la filosofía de la historia, examina detenidamente ésta, que observa en todos sus hechos y en todo su largo curso una tendencia general progresiva, merced á la que hoy nos encontramos bajo todos aspectos infinitamente más adelantados que hace dos siglos, y en esta fecha mucho más que en la época de las Cruzadas, y en la época de las Cruzadas más que en los revueltos dias del imperio romano, y más á la vez en éstos que en el siglo de Pericles, y más, por último, en la floreciente Grecia que en aquellos tiempos de que no queda apenas recuerdo alguno en que las naciones primitivas distribuidas en pequeños grupos nómades poblaban el Asia y el Africa, cazando fieras, apacentando sus rebaños y mudando su tienda á compas de las variaciones atmosféricas. Desde estas edades remotas hasta nuestros dias, viene realizándose un progreso que cada vez se percibe con mayor claridad. En el curso de este movimiento que constantemente eleva el poder social, se advierten y señalan episodios muy característicos, tendencias muy marcadas que encierran como una fase del conjunto. El espíritu social y religioso de los pueblos de Oriente, el carácter aventurero y colonizador de la raza semítica, la filosofía y el arte de Grecia, la política de Roma, la moral, la unidad y el poder de la Iglesia, los privilegios, fueros y exenciones consagrados por el feudalismo, el afan absorbente de la monarquía, vencedor en toda Europa en los siglos xvi y xvii, la propaganda filosófica del siglo xviii, la inmortal revolucion de 1789 ó la política de las nacionalidades inaugurada á mitad del actual, y que en veinticinco años ha recorrido tanto camino en Alemania y en Italia, especialmente son entre esos episodios, entre esos rasgos, los que más pronto acuden á la memoria de todos; pero ni encierran en sí el conjunto, ni la humanidad ha pasado de unos á otros violenta y rápidamente.

Natura non facit saltum. La humanidad es en esto semejante á la naturaleza. Los gérmenes de cada una de esas grandes ideas, el anuncio de cada uno de esos períodos puede encontrarse muchísimo tiempo ántes de que se verificara. La centralizacion y la unidad del poder consagradas por la monarquía despues del año 1500 en toda Europa no eran una novedad. Roma las tuvo muchos siglos ántes. En este sentido no puede decirse que hubiera tránsito brusco de los últimos dias del feudalismo á los primeros del régimen absoluto. Hubo como siempre: evolucion constante, progreso constante, ascenso diario y continuo hácia fines determinados. Así unos años se parecen á otros y cualquier época de la historia es igual á la que la precedió ó á la que ha de seguirla. En un cuadro tan igual, tan uniforme, cuya inmensa variedad, sin embargo, es por otra parte notoria, ¿dónde podríamos, sin preocupacion de ningun género, encontrar esos períodos críticos?

La actividad de los hombres y de los pueblos gástase en plantear uno tras otro dia nuevos problemas; siempre hay algunos pendientes y algunos en resolucion. ¿Es verosímil, dado ese cambio que nunca cesa, decir: ahora estamos en crisis; ahora viene una época nueva?

No es ménos erróneo suponer la existencia de hechos y personajes providenciales. En el fondo, semejante suposicion está reducida á la de que el Universo se gobierna mediante la intervencion continúa de Dios. Draper, que ha investigado profundamente todas las cuestiones científico-religiosas, analiza esa idea con extremo cuidado (1). La supone inventada por el sacerdocio. Si es aplicable á este caso la antigua regla del *¿cui prodets?* nada tan cierto como que esa teoría sea pura creacion teocrática.

La mision de los sacerdotes es la de eternos mediadores entre el hombre que reza y la Providencia que le escucha y obra. Convenir en que la Providencia gobierna al mundo vale tanto como entregar la direccion de la sociedad al sacerdocio. Sería renovar desde sus fundamentos á su manifestacion aquella doctrina de la Edad Media sobre las dos espadas, la espiritual y la material, que ponía aquélla en manos de los Papas y esta última en manos de los reyes, pero bajo la direccion de los Papas.

Estamos demasiado léjos de los Gregorios, Inocencios y Bonifacios, para que retrocedamos de esa manera y aceptemos en pleno siglo XIX las conclusiones de Belarmino.

A la doctrina que coloca el gobierno del universo en la intervencion continua de Dios, opone Draper la que se le confía á la accion invariable de la ley. Kepler descubriendo las leyes que presiden al sistema solar; Da Vinci exponiendo los fundamentos de la filosofía de las fuerzas; Galileo descubriendo las leyes fundamentales de la dinámica; Newton aplicándolas al movimiento de los cuerpos celestes y demostrando que el sistema solar está gobernado por la necesidad matemática; Herschell extendiendo sus conclusiones al universo entero, han demostrado que esta segunda concepcion, más fundada y más racional, debe sustituir á la primera. Draper cree posible repetir una frase de Ciceron, citada por Lactancio: ¡Una ley eterna é inmutable abraza las cosas y los tiempos!

Toda la máquina de las pretendidas catástrofes históricas viene á tierra, desde el momento en que no se admiten los períodos críticos, las edades nuevas, ni la mision providencial de ciertos hombres ó el carácter providencial de ciertos hechos.

Cuando se afirma que si Europa ó la sociedad contemporánea siguen este ó el otro rumbo, puede sobrevenir una catástrofe, se

(1) *Los conflictos entre la ciencia y la religion.*—Controversia sobre el gobierno del mundo.

afirma, pues, sin justificaciones de ningun género una cosa imposible. Y es sobre manera curioso que los deistas, los providencialistas y los católicos sean los que más abusen de ese afán profético. ¿No creen ellos que la Providencia gobierna al mundo? Si le gobernara y esas catástrofes sobreviniesen, culpa de la Providencia sería y no de los hombres.

Además, ellos deben confiar que nuestra piadosísima gobernante evitará esas catástrofes, y en la especie de fatalismo que constituye el fondo de su doctrina no existe nada que explique tales temores.

O hay, por tanto, en la manifestación que de ellos se hace una contradicción inexplicable, ó se trata sólo de buscar un efecto retórico, y un efecto retórico no merece ser con mayor extensión discutido.



Madrid 30 de Mayo de 1879.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.